Cuentos Mágicos

E. J. "SATURNINO CALLEJO" S. A.

Z C 2
16

CUENTOS DE CALLEJA

00055729

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

CUENTOS DE CALLEJA

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

TALLERES OFFSET–SAN SEBASTIÁN

—Si quieres ser Reina, puedes serlo.

29.186

CALLEJA

CUENTOS MÁGICOS

Ilustraciones de
José Zamora

29.186
C
6-2
12

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

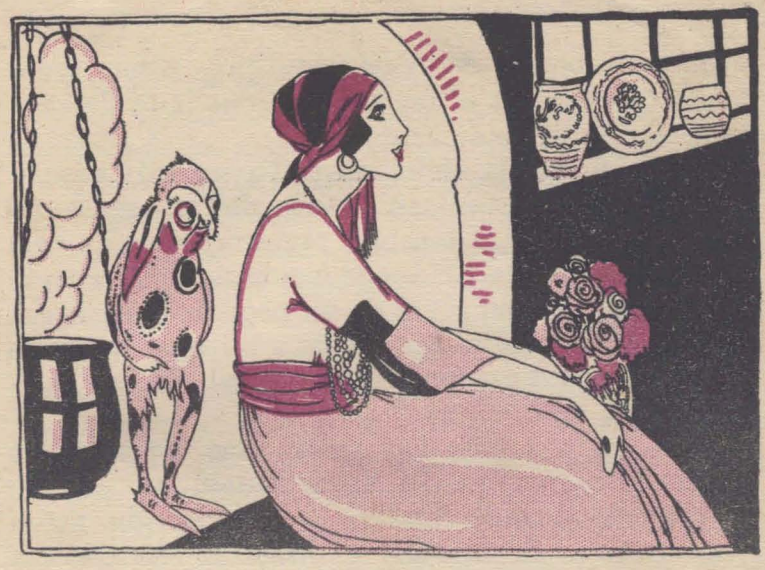
MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN SPAIN

INDICE

Los apuros de un duende 9
La más bella historia del bosque 29
Cuento de Princesas. 45
Baby y Bobbie o los niños que no creían en las Hadas. 57
Tony o el niño que no quería tomar medicinas 71
Amelia o el lenguaje de las flores. . . . 85
La sorprendente historia del niño que quiso ser libre. 101
Lo que pueden cuatro grillos. 151
En busca del miedo. 159
El destino de Catalina. 167
El hechicero y su cornamusa. 175
El palacio de nieve 191
Juan y su gato. 199
El castillo del diablo 215
El gracioso favorito. 225
Un sueño extraño. 241
La traición de Rogelín. 249
La fuga del lobo 263
El arbolillo mágico 271



LOS APUROS DE UN DUENDE

LEYENDA VALACA

I

CUANDO, por primera vez, Georgi y su esposa, la astuta Maritza, se sentaron a cenar ante la chimenea de piedra de la cabaña que habían alquilado a unos vecinos, no hubieran envidiado ni al

mismo Hospodar de Valaquia, que, como todos debéis de saber, es el rey del país donde se desarrolla la acción de este cuento.

Sin embargo, la choza no podía ser más miserable, con una sola ventana de cristales turbios, techo bajo y ahumado, y muebles pintarrajeados de azul y de amarillo, de un modo primitivo. En cuanto a la comida, se componía de un poco de leche agria, unas castañas cocidas con hinojo y un trozo de queso de cabras, tan duro como el pan de cebada que amasaban cada quince días.

Pero como a todo hay quien gane, de entre las piedras ennegrecidas del hogar surgió un duende, un pequeño duende famélico y tiznado, que fué a sentarse cerca de la mesa y dirigió a Maritza una mirada suplicante, que la mujer comprendió en seguida.

—Mira, Georgi, un duende—exclamó sin inmutarse, pues era una mujer de valor—. El pobrecillo me pide de comer.

—No te he pedido nada—dijo el duende un poco amoscado—, porque mi dignidad no me lo permite. A pesar de eso, vería sin disgusto que me ofrecieses unas castañas y un trago de vino, puesto que no tenéis nada mejor. Es un deber de cortesía, porque yo soy el duende de la casa. A menos que seáis tan groseros como Yanna y su marido, que os han alquilado esta choza sin hablaros de mí para nada.

Maritza, que, como casi todas las mujeres—y no pocos hombres—, gustaba de criticar al prójimo, se apresuró a servir al duende y a preguntarle:

—¿De modo que se portaron mal con vos? No me asombra, porque son gente de poco más o menos.

El duende, mientras pelaba una castaña con sus deditos negros y peludos, y Georgi encendía su pipa de cerezo silvestre, continuó con aire filosófico:

—Cosas de la vida. Antes, cuando los due éramos poderosos y recompensábamos las buena acciones de los mortales con sartas de rubíes y bolsas de dinares de oro, nos reverenciaban y acogían en los hogares con muestras de cariño y de veneración. No se encendía lumbre en el hogar sin arrojar antes en las brasas un puñado de resina de ámbar para que el humo no nos molestase. Por la noche, dejaban un caldero de leche para que comiésemos la nata, y en cambio nosotros vigilábamos para que no entrasen en la casa la lechuza, el murciélago o el viento que silba por la chimenea. En Año Nuevo, se nos guardaba un trozo de torta de maíz adornado con velitas amarillas, una por cada letra de nuestro nombre. A mí me encendían siete luces, porque me llamo Bichito.

—¿Y por lo visto, caballero Bichito, mi comadre Yanna no guardaba con vos esas costumbres tan agradables?—dijo Georgi.

El duende levantó al techo sus ojillos redondos y amarillos como dos ruedas de zanahoria, y su nariz, que era verde y peluda como una oruga, se arrugó con aire de tristeza.

—No me hables de esa mujerota. Lejos de agasa-

jarme, se reía de mí, y me llamaba hambrón, y sapo neurasténico, porque has de saber que desde la muerte de mis hermanos la soledad me hace prorrumpir en aullidos lamentables y me produce ataques de nervios. Y una vez me dió un golpe tan grande con el cazo, que me pasé toda la noche estornudando y con un ojo lacrimoso. El día de los Santos Jorge y Alejo no me dejó probar el pastel tradi-

cional; pero, en venganza, le escondí entre la crema un ratoncillo y, de resultas, todas sus amigas le retiraron el saludo, y cuando la veían en la iglesia, escupían tres veces, llamándola bruja.

Maritza mientras le ofrecía una taza de vino caliente con miel y orégano, le dijo:

—Tenéis sobrada razón para ofenderos, caballero Duende. ¿Pero no pensáis que tal vez Yanna no

crea en vuestro poder, porque no le habéis dado muestras de él?

La astuta mujer, con aquello, se proponía picar el amor propio de Bichito y pedirle toda clase de prodigios. En efecto, el duende, un poco irritado, exclamó:

—Creo que no hace falta más que verme para saber quién soy. Si Yanna hubiese sido amable, le

habría regalado verdaderas maravillas, aunque hubiera sido una cama como la de la Reina de Bohemia, de marfil, incrustada de plata y de ópalos, cuyas colgaduras de tisú representan la vida de Ciro, rey de Persia. Pero como dudaba de mi poder, me dediqué a asustarla con procedimientos infalibles. No sé si sabréis que yo, en una noche, hice encanecer la peluca de la alcaldesa, sólo con asomarme al oscurecer por la ventana de su alcoba, envuelto en una colcha y despidiendo luz verde de un ojo. Otra vez, disfrazado de perro de cartón sin cabeza perseguí durante tres noches al tendero de la plaza, que acabó tirándose a un pozo sin agua.

El duende tomó un sorbo de vino, y, animado por el recuerdo de sus éxitos, continuó:

—Y no digo nada de mis triunfos en el papel de «Manfredo o el Mago prodigioso», cuando jugaba a los bolos con bolas de oro (falso naturalmente) a la luz de la luna, acompañado de doce enanos verdes; o en el de «Merlín el Sabio», volando montado en un aguilucho de fuego—lo hago pocas veces, porque exige muchos gastos—; o en el de «el niño raptado por las ranas», en el que he hecho llorar a los corazones más empedernidos.

Así hubiese continuado largo tiempo—como esos actores viejos que no se divierten más que hablando de sus propios méritos—, si Maritza, que iba derecha a su asunto, no dijese:

—Todo eso es admirable, y creo que muy pocos duendes tendrán tantas facultades como vos. Pero, puesto que sois tan generoso, debiérais corresponder a mis atenciones con algún presente que me sirviese de recuerdo vuestro. Aunque no fuese más que un collar para ir a misa los domingos y que rabie la mujer del carbonero, que tiene uno de perlas falsas.

El duende, sin pensarlo más, desapareció entre las dos piedras del hogar. Georgi dijo a su esposa:

—¿Ves? Has obrado demasiado de ligero. Como le has pedido un regalo, se ha marchado furioso de tu atrevimiento, y no volverá.

—Pues si no vuelve, es un desvergonzado, y cuando le vea, no le daré con un cazo, sino que le pincharé con un tenedor en la cabeza como si fuese una patata cocida.

Pero no había acabado de hablar, cuando volvió Bichito con un collar de perlas gruesas como avellanas, que arrastraba tras él como si fuese una cosa sin importancia.

—Aquí tienes el collar que me pides—exclamó—. Creo que no podrás quejarte.

La bella Maritza no volvía de su asombro, y se apresuró a rodear su cuello con la espléndida joya, mirándose en el trozo de espejo que poseía. Georgi creía soñar, y empezaba a mirar con respeto a Bichito, que aprovechó el éxito para devorar un trozo de queso, mientras pensaba:

—Es una suerte para esta buena gente que la

condesa de Rosenkranz salga esta noche para Viena. Así no notará la falta del collar hasta que esté muy lejos de la aldea, y nos quitamos de complicaciones enojosas.

II

DESPUES de poseer el collar, Maritza pensó que aquel traje remendado no estaba en armonía con él, y pidió un vestido de seda verde y plata, con pieles grises. El pobre Bichito, para que su honor

de duende no padeciese, se dispuso a buscarlo y, después de tardar bastante, volvió con un traje, en mediano uso, de peluche corinto con azabaches y lazos de raso canario.

—Pero esto no es lo que yo he pedido—dijo la bella aldeana.

—Es la última moda en París—contestó el duen-

de—. Además, como eres morena, te sentará muy bien.

Maritza, con aquel elogio, quedó muy convencida, mientras el duende pensaba:

—Yo no tengo la culpa de que a la señora del médico de Praga le gusten los colores chillones. El que hace lo que puede, no está obligado a más...

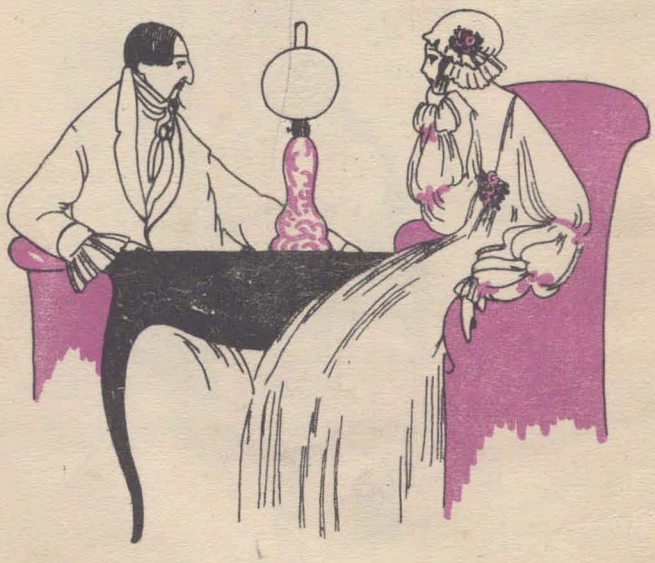
Poco a poco, el mobiliario de la choza se fué enri-

queciendo. Maritza tuvo un sillón de terciopelo granate, una cama con colcha de encajes, un espejo con marco dorado; y Georgi salía los domingos con casaca y sombrero de tres picos, causando la estupefacción del vecindario.

Todo aquello era traído por el duende de la guardarropía del teatro, que se había declarado en quiebra.

Una noche, Georgi propuso a su esposa:

—Es necesario pedirle al duende dinero, en vez



de regalos. Con él podremos comprar de todo a nuestro gusto (porque el de Bichito es detestable) y llevar una vida maravillosa.

—Me parece muy bien—dijo la mujer—. ¿Y cuánto le pediremos?

—Pídele un millón de florines—exclamó el marido—; luego veremos.

Y cuando Bichito volvió, a la hora de la cena, trayendo los encargos—un quinqué con pantalla rosa,

unos guantes de seda lila y una falda bajera escocesa—, Maritza le dijo, con su más amable sonrisa:

—Querido Bichito, he pensado que, para evitaros tantos paseos, que acabarían por dar al traste con vuestra preciosa salud, nos traigáis una bolsa con un millón de florines. Así no necesitaréis molestaros tan a menudo, y yo podré tomar una cocinera que os haga platos finos y os cuide como merecéis.

Al pobre duende se le arrugó la nariz, y casi estuvo por negarse en redondo, pero la muy ladina añadió, viéndole vacilante:

—Ya sé que eso es una insignificancia para vos, pero por lo mismo os será más fácil complacerme.

Aquella noche no volvió Bichito, y Maritza dijo a su marido:

—¿Lo ves? Ahora sí que se ha ofendido de veras,

y no volverá. Tú tienes la culpa, por abusar de su amabilidad.

Pero al amanecer llegó el duende muy cansado, y llevando un saco en el que se amontonaban monedas de oro, de plata, billetes de todas clases, y hasta alfileres de corbata, sortijas y brazaletes.

—Aquí tenéis el millón pedido—dijo el duende, muy satisfecho.

Y unos días después, mientras los esposos estaban en la ciudad, escogiendo muebles para alhajar uno de los pisos que habían tomado en una especie de palacio cerca del río, el duende, sentado bajo los rosales del jardín, leía en el periódico:

«Una banda de malhechores desconocidos se dedica a desvalijar al vecindario. Es incalculable el número

de robos que se registran desde hace unos días. Hora es ya de que las autoridades tomen cartas en el asunto...»

III

NADIE que hubiese conocido en su pobreza a la astuta Maritza y a su marido Georgi, los hubiera adivinado al verlos convertidos en los más elegantes de la ciudad, mirando por encima del hombro a los que, antes más ricos que ellos, no acertaban a explicarse aquella súbita fortuna.

Maritza no podía contar los trajes que se agolpaban en sus armarios de ébano con cerraduras de oro, ni las joyas encerradas en lujosos cofrecillos, y cuando se vestía para ir a la Opera o al baile,

su esplendorosa belleza hacía palidecer las cien lámparas de su tocador. En cuanto a Georgi, tenía caballos árabes y ukranianos, veloces como galgos, más hermosos que los del Hospodar, y sus cacerías eran famosas en toda la comarca.

Lo único que les mortificaba—¡quién lo diría!—era la inofensiva presencia del amable Bichito, cuyo solo defecto era tener una figura estrafalaria.

—No es que no le esté agradecida—pensaba Maritza, para disculparse ante ella misma—. Pero como la gente es tan mala, no dejan de hacerme preguntas irónicas que me molestan. La otra tarde me preguntó la señora del general si era mi hijo, y en

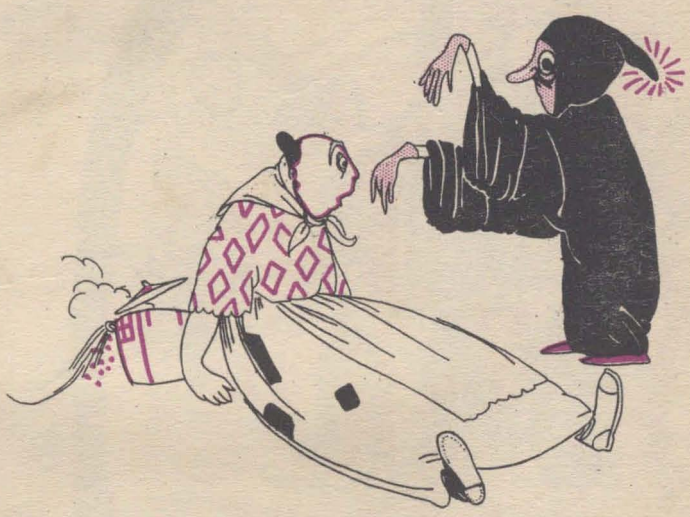
cuanto a las niñas del boticario, estoy segura de que nos han sacado un mote. ¡Si pudiésemos convencerle de que se marchara de viaje!...

Pero la dichosa ambición no le permitió proponérselo, porque, después de todo, el pobre Bichito era muy útil y no dejaba de hacer todos los servicios que se le pedían. Su mismo marido, temeroso de

perder el bienestar que le era tan querido, se opuso terminantemente a que se le molestase de ninguna manera.

Pero el duende tampoco era feliz.

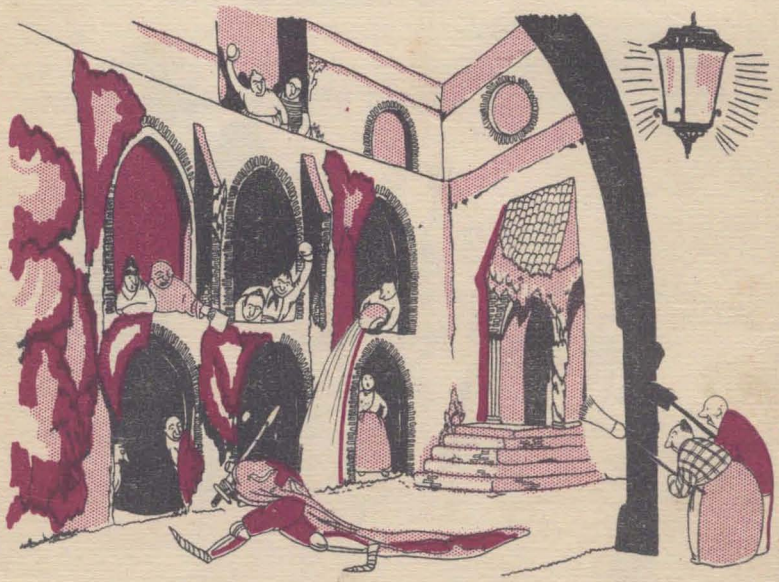
Como llevaba tantos años de ayunos y de soledad, no tenía fuerzas para aprovecharse del lujo que le rodeaba. Los manjares más exquisitos y los vinos más caros le dejaban indiferente, y en su lecho, con seis colchones de pluma y sus cobertores de



seda china, no podía conciliar el sueño. La fuerza de la costumbre le obligó, por fin, una noche de luna, a salir por los corredores, arrastrando una pesada cadena y envuelto en una sábana blanca, mientras cantaba el romance de los hijos de Artús. Pero sólo consiguió que, al subir las escaleras, se abriese la puerta del segundo piso y surgiese la señora del boticario, con una taza de tisana en la mano, diciéndole:

—Caballero, si está usted enfermo, tome esta taza de tisana del doctor Samuel; no hay nada mejor para los dolores de vientre.

El duende, al ver tan mal interpretados sus deseos, lanzó un suspiro estentóreo y se marchó a su habitación a continuar las tradiciones de los duendes, aunque, en la mesa, Maritza hizo una delicada alusión a los que bebían demasiado y luego tenían



pesadillas; por la noche, Bichito se puso un capuchón negro y una careta verde y se dedicó a desempeñar el difícil papel de «Fierabrás Tragabuches», una de sus mejores creaciones.

Sólo consiguió asustar a la cocinera del piso principal, que dejó quemarse el asado, y al día siguiente, Maritza miró al duende con malos ojos.

A la noche, el duende, muy vejado en su amor

propio por el poco éxito obtenido, se decidió a emplear todos los medios.

Se puso una armadura muy vieja, la misma con que, cuando vivía, fué a un torneo en tiempos de la reina Ana, consiguiendo sus felicitaciones. Se envolvió en un largo manto blanco, y, cogiendo una espada mohosa, se decidió a presentarse en el papel de

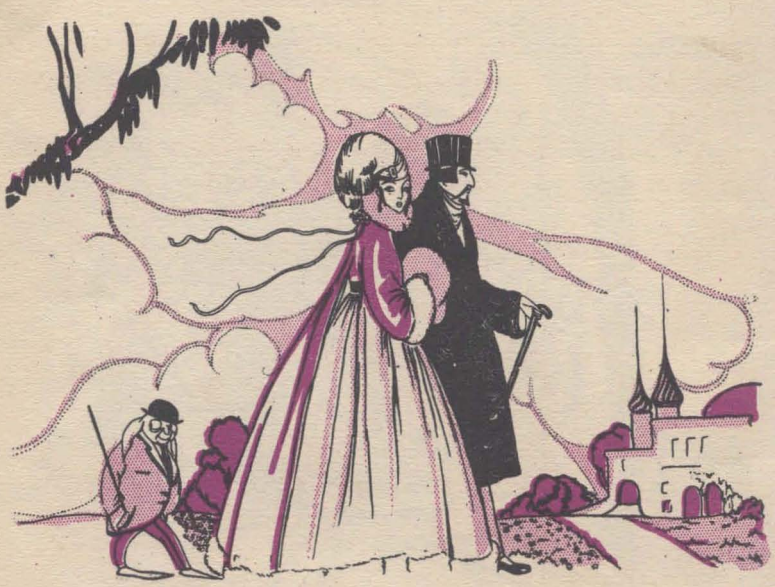
«Waldefrido el Invencible», que era siempre su triunfo definitivo.

Es imposible contar el escándalo que hubo aquella noche entre los moradores del palacio. Como ya estaban todos prevenidos, cayó sobre el desventurado fantasma una lluvia de hortalizas, de agua sucia y de objetos en desuso, y una col le arrancó la careta,

de modo que se volvió todo mohino y golpeado a sus habitaciones.

Al día siguiente, Maritza y su marido recibieron una amonestación del alcalde de barrio, y decidieron tomar una determinación.

—No podemos, sin embargo, ofender a Bichito— dijo prudentemente Georgi—. Sería capaz de tomar represalias. Lo mejor es mudarnos de casa sin decirle



nada. Avisaré a los carros que vengan mientras él se dedica a sus fechorías, y cuando vuelva, la casa estará vacía y nosotros muy lejos El pobre, con la edad, se vuelve ridículo e insoportable, y la gente acabará por criticarnos.

Y en efecto, así lo hicieron. Por la noche, mientras Bichito, con uno de sus disfraces, se paseaba por los tejados a la luz de la luna, se efectuó la mu-

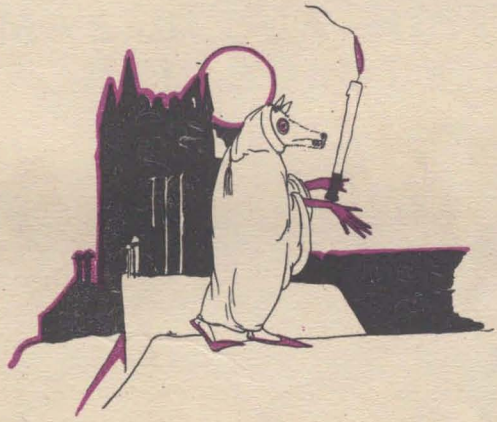
danza sigilosamente, y los esposos respiraron satisfechos.

—Ya estamos libres de él—dijo Maritza—. Pero al abrir un armario para buscar sus guantes, salió de él Bichito, fresco y reposado, que les dijo con algo de sorna:

—¿Con que nos hemos mudado de casa?

Marido y mujer se miraron consternados, comprendiendo que era inútil y ruin quererse deshacer en la fortuna del que les había ayudado en la desgracia, y que, aunque no queramos, el remordimiento y el agradecimiento nos siguen siempre, como duendes familiares.

Y hasta el fin de su vida, tolerando sus manías, vivieron felices en compañía de Bichito.



LA MAS BELLA HISTORIA DEL BOSQUE

ERA en la hora en que los pájaros acuestan a sus pequeñuelos, y su gorjeo es como una última oración, y en que la madre Ardilla, y la madre Corneja, y la madre Rana—y todas las que pueblan el

bosque sobre cuyas hojas doradas danza el otoño con chapines rojos—, después de dar de comer a sus hijitos, velan su sueño durmiendo con un solo ojo. La incansable Araña tejía su tela en que el rocío y los rayos lunares son fugitivas pedrerías, y los duendes se columpiaban en sus tenues hilos, mientras los topos y los erizos recogían provisiones para el invierno próximo. Y la luna gris y rosa subió entre los álamos de plata. Con silencioso vuelo, llegó papá Cuervo, llevando en su pico un extraño envoltorio. La señora del Cuervo bajó de su nido y le increpó amargamente:

—Parece mentira que hayas tardado tanto, sabiendo que te esperábamos para cenar. Ya he acostado a los pequeños, que sólo han cenado unos gusanillos que me dió mi comadre la Lechuza. ¿Te parece bonita semejante conducta?

El señor Cuervo respondió, con aire satisfecho de sí mismo:

—Cierto que he tardado, pero las tiendas estaban cerradas, y no quise volver sin provisiones; pero cuando veas lo que te traigo, te alegrarás.

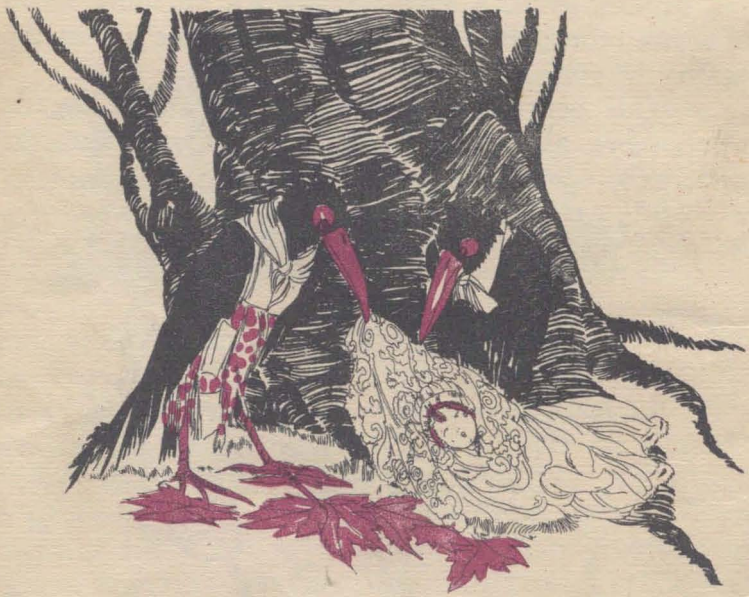
—¡Con tal de que no te hayan engañado en el peso!—dijo la esposa, abriendo el envoltorio. Pero al ver lo que era, lanzó tan agudo grito de espanto, que todos los moradores de la selva—mirlos, cornejas, lirones, ardillas, todos, hasta los duendes, hasta la araña infatigable—acudieron, asustados y a medio vestir, en curioso tropel.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso hay fuego? ¿Ha llegado un hombre al bosque? ¿Acaso destruyen nuestras viviendas?—preguntaba cada cual en su lenguaje.

—¡Algo peor!—clamó airada la señora Cuervo—. Mi marido, aconsejado por un espíritu maligno, ha

traído para nuestra comida—¡asco me da decirlo!—una cría de Hombre, ¡con perdón sea dicho!

Todos rodearon al recién nacido, con temor y asombro. Dormidito en sus pañales, sobre la hierba estrellada de margaritas, no parecía echar de menos su cuna. La señora Araña, muy entendida, declaró que aquellas telas que le envolvían, eran maravillosamente sutiles, aunque poco prácticas, porque no



servían para cazar moscas; pero esto lo dijo con cierta envidia profesional. El Cuervo trató de disculparse:

—Verán ustedes... Todo estaba cerrado, y al pasar por una casa cuyas ventanas estaban abiertas e iluminadas, vi una especie de nido brillante, rodeado de seres humanos que aullaban en su idioma: —¡Qué cosa tan rica!—¡Es deliciosa!—¡Parece de dulce!—¡Dan ganas de comérsela!—Pensé que sería

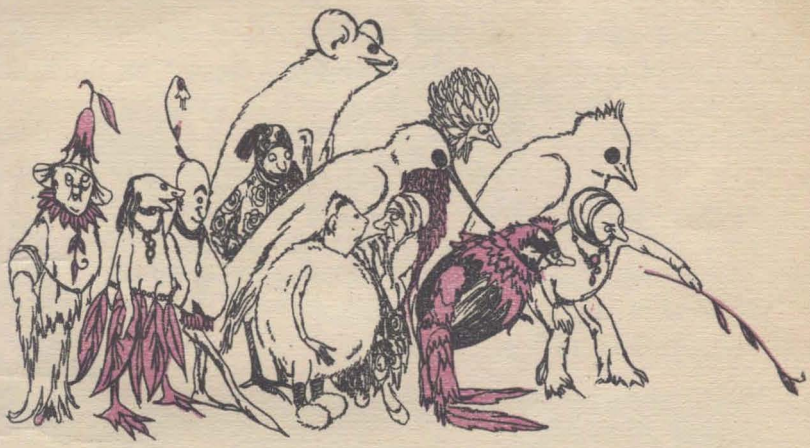
algo magnífico de comer, y cuando todos dormían, la robé y la traje aquí.

Comadre Urraca, muy informada de todo, graznó:

—¡Desdichado! ¡Has robado nada menos que a la hija recién nacida del Rey! ¡Lo mejor que haces es devolverla, para evitarnos historias con la policía!

—¡El caso es que no sabré volver a Palacio!—dijo el Cuervo—; además, pesa mucho...

—Decidamos—exclamó un Zorro, que odiaba a



los humanos porque dejó la cola en un cepo—. Estas crías, cuando crecen son malísimas, y nos destruirá a todos. Mejor es matarla cuanto antes, y repartirla para su comida a los animales pobres...

Y añadió disimuladamente:

—Yo estoy muy mal de fondos, este mes...

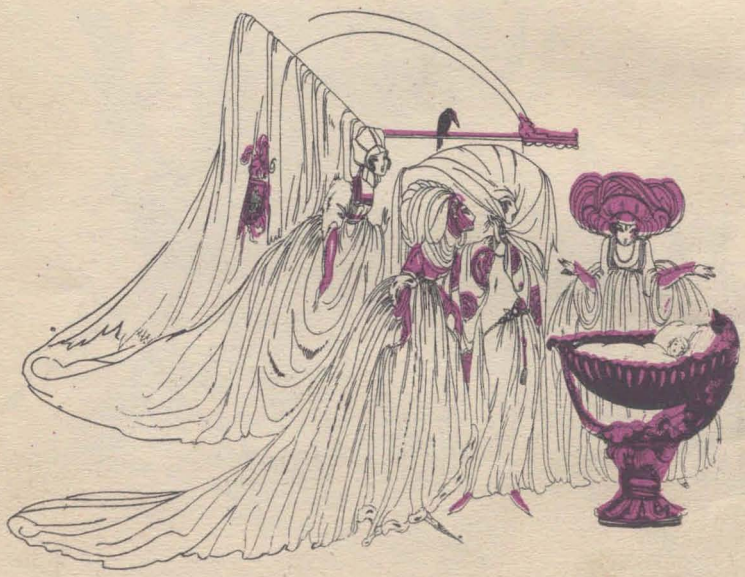
—¡No le matéis! ¡Duerme tan bien!—dijeron los Lirones; y la Rana, enternecida, lloraba sobre el hombro del Sapo.

—Mejor es que se críe con nosotros—dijo un duende—. Así crecerá y nos amará, y cuando sea mayor nos defenderá de sus hermanos.

—Va a morirse de hambre—dijo el Cuervo.

Pero el duende dijo que él conocía a una cabra que le criaría gustosa.

La Ardilla, que era muy frívola en sus juicios, se rió:

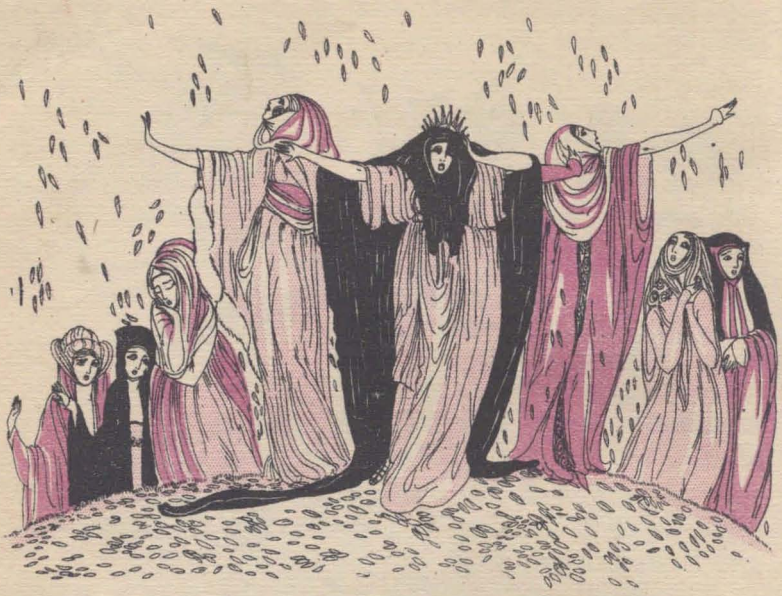


—¡Es como si quisieran alimentar con peces a mis hijos!—. Pero otro duende muy sabio dijo que los Hombres no se parecían en nada a las Ardillas.

El viejo Cuervo estaba satisfecho y se daba cierta importancia, pero su esposa declaró que aquello debía ser una trapisonda, y que con todo eso se había quedado sin comer y con el estómago revuelto para mucho tiempo. Y todos se fueron a dormir.

El Cuervo no pudo subir a la criatura a su nido, y la dejó en un montón de Hojas secas que dormían, esperando que la Primavera las pintase de verde y las volviese a colgar de las ramas, y las recomendó que la ocultasen.

Ya era la media noche cuando llegaron la Reina y las doncellas, llorando bajo sus largos velos de oro. Buscaban a la Princesita recién nacida, pero no la hallaron porque las Hojas secas no se movieron, y regresaron desoladas al palacio. Pero el Viento cas-



tigó a las Hojas secas a morir errantes y lejos unas de otras, por no haber tenido piedad de una madre. Y sopló, empujándolas cruelmente. Desde entonces las Hojas secas mueren vagabundas, y en Primavera nacen hojas nuevas.

II

PASARON muchas lunas, y la Princesita era el alma de la Selva. Pintaba de suaves colores las flores nuevas y las perfumaba, ayudaba a los pajaritos a romper sus cascarones, y enseñaba a reir al

manantial. Hilaba con la Araña, y danzaba con el Viento, y era la maestra del Ruiseñor y del Mirlo, que en vano copiaban su risa. Sus juguetes eran los rayos del sol, las mariposas, el agua del río. Iba vestida de flores y frutas, y la seguía su fiel nodriza la Cabra. Los duendes temían que un hombre la arrebatase, enamorado de su belleza, pero los animalitos

la vigilaban, y nadie logró verla nunca. Cuando dejó de ser una niña, el Rey de los Gnomos pidió su mano, y la ofreció regalos espléndidos. Pero ella rió y le dijo que sólo podía amarle como a un abuelito muy viejo. Y el pobre Rey volvió al centro de la tierra, prometiendo velar por ella eternamente.

A pesar de lo ventajoso de aquella boda, Papá

Cuervo se alegró mucho de su decisión, porque le daba mucha pena el pensar que su hija adoptiva se fuese a vivir al país de los Topos. Y lo mismo pensaron los duendes, que eran grandes amigos de la Princesita, sobre todo Telaraña, Polilla y Grano de Pimienta, tres de los más viejos y malignos, que en varias ocasiones salvaron a Primavera de ser raptada.

Así, por ejemplo, cuando una tarde de viento y de borrasca, llegó el Rey Invierno—un malvado anciano que nunca había aparecido por el bosque—a apoderarse de la Princesa, Polilla, ayudado de su innumerable familia, devoró las pieles de oso blanco que le cubrían, y le obligó a retirarse, medio desnudo y tiritando como un mendigo. Otra vez, un trovador desarrapado la vió dormida en un almen-

dro en flor y la dedicó una horrible sonata en el laúd; pero Grano de Pimienta, introduciéndose en su nariz, le hizo estornudar tantas veces, que se alejó, maldiciendo para siempre de las selvas y de las sonatas a la luz de la luna.

Por su parte, el buen Telaraña, tejiendo en torno de la Princesita una espesa red plateada, la libró de ser vista por el sultán de Bokhara, que atrave-

saba el bosque, en busca de la más bella princesa del mundo, seguido de cien camellos amarillos, de cien elefantes negros y de cien cebras rayadas, portadores de tesoros nunca soñados.

Una tarde en que se oían las trompas de caza, y los habitantes de la Selva estaban ocultos, llegó la Cabra nodriza atravesada de una flecha y murió a los pies de la Princesa, que retorció sus manos

desesperada. Tras ella vino un cazador de aspecto malvado, que le dijo que el animal le pertenecía. La Princesa le maldijo cruelmente, pero el doncel se encogió de hombros y la empujó brutalmente. Y la salvaje Princesa, creyendo que quería hacerla daño, le mordió una mano:

—¡Bruja inmunda, me has envenenado!—gritó el cazador, y la cogió por los cabellos; pero al ver su belleza, pensó en vendérsela al Rey. Y ella, al

mirarle se enamoró de él, y olvidó su rencor. Y no notó que mientras la hablaba dulcemente, ataba sus manos con fuertes cordeles. Pero la Urraca dió la voz de alarma, y en seguida llegaron todos los súbditos de la Princesa, y con garras, dientes y picos despedazaron al malvado y le arrancaron el corazón, que era de hierro. Y entonces la Princesa

gritó de horror y les acusó de haberla atado las manos para que no pudiese defenderlo. Y huyó de la Selva, no se sabe dónde. Quedó la Selva triste; morían las flores y el arroyo lloraba de tedio; y los pájaron huyeron todos.

Por fin el Rey de los Gnomos halló a la Princesita entre rocas y al borde del mar salobre como

sus lágrimas. Y la llevó en un ataúd de cristal, porque estaba como muerta. Y en vano vinieron doctores ni mágicos, pues nadie la daba la vida.

Entonces el Rey de los Gnomos consultó al Espíritu del Fuego, que dijo que la Princesa volvería a

la vida si por ella se sacrificaban siete criaturas, atravesando sus corazones con estiletes de diamantes. Y siete hadas murieron al pie del féretro de cristal.

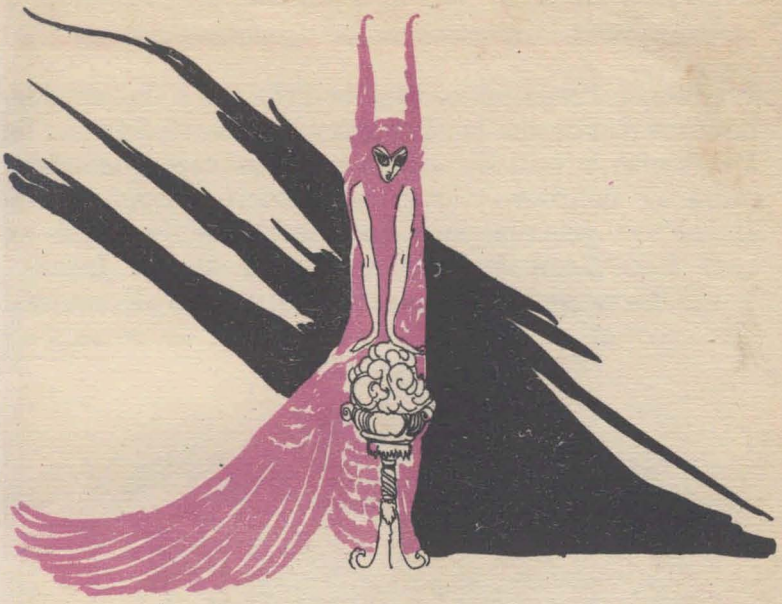
Y entonces resucitó la Princesa, y su primer grito fué llamar al cruel cazador. El Rey de los Gnomos

comprendió que no podía olvidarle, y mandó traer su cadáver, y le resucitó, después de ponerle en lugar del corazón una rosa espinosa, para que las punzadas de las espinas le recordasen que el amor de la Princesa le había devuelto la vida, y que su amor fuese como el aroma de la rosa.

Y la Princesa Primavera se casó con él, y vivieron en la Selva. Y volvió a ser la madrina de los pájaros y de las rosas, y la maestra del arroyo y del Ruiseñor, y la danzarina con la música salvaje del viento y de la mar.

Y el buen Rey de los Gnomos sonreía melancó-

lico, como un abuelito muy viejo, cada vez que la Princesa le presentaba un nuevo príncipe o una nueva princesita, todos con una rosa roja sobre el corazón, como símbolos del Dolor y del Amor humanos.



CUENTO DE PRINCESAS

COMO aquella noche había nacido una Princesita que era como una estrella sobre la nieve, el Rey mandó celebrar grandes fiestas, y regocijóse todo el pueblo viendo cabalgatas y desfiles ma-

ravillosos. Llegaron a ver a la Princesa todos los más famosos reyes de la Tierra, y hasta el Sultán de Babilonia, y uno de un país tan salvaje que nadie sabía su nombre, y otro tan poderoso que detuvo al Sol una semana para que alumbrase su gloria, el cual Rey dicen que descendía del mismo Josué... Y las flores de los jardines reales morían de envidia

ante el esplendor de los mantos y de las vestiduras.

Ante las puertas de zafiros del palacio se agolpaba la muchedumbre curiosa, y las damas de la Reina desgranaban sus collares de ámbar y de perlas negras y diamantes claros en señal de júbilo, y reían bajo sus velos verdes recamados de oro, mientras acariciaban a los grandes pavos reales orgullosos.

El Rey, que era muy piadoso, dió orden de que a todos sus vasallos pobres les fuesen distribuídas jarras de hidromiel y cestos de frutas y de panes, y esto durante los siete días consecutivos. Y todos bendecían su nombre. Pero el último día, la Reina, que bajaba por la gran escalera de mármol negro, arrastrando la majestad de su traje tejido de rayos de luna, y de sus collares de ópalos, se desmayó de

repugnancia en los brazos de sus damas, al ver a tres mendigas que esperaban la hora del reparto, una de ellas ciega, la otra paralítica y la tercera manca, y con el único brazo roído por un cáncer, sujetando a un niño recién nacido.

Cuando la Reina volvió en sí, dió orden de que arrojasen de allí a las pobres, y una de ellas, que era un Hada disfrazada, la maldijo diciendo:

—Tu hija te será arrebatada, y no volverás nunca a verla.

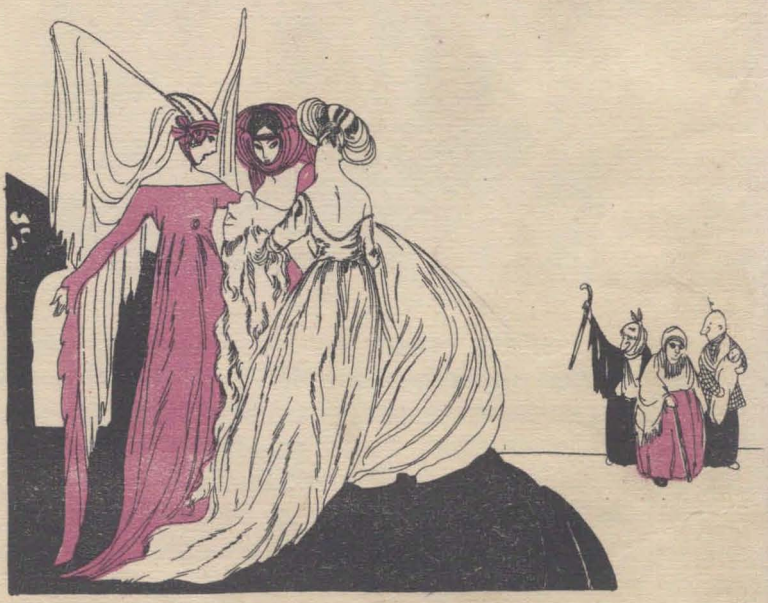
Pero un Hada, a quien el Rey había dado por su mano el hidromiel, dijo a su vez:

—Pero no morirá hasta que te encuentre; y, cuando llegue a cumplir quince años, no envejecerá más.

En efecto, cuando las doncellas fueron a ver si dormía aún la Princesita, encontraron vacía la cuna de oro, y, llenas de terror ante el castigo que las esperaba, se arrojaron al mar desde la torre más alta. En cuanto a la Reina, creyó volverse loca de dolor, y recorría las galerías del palacio gritando como el viento en la tormenta. Pero pasaron días y días sin encontrar el paradero de la Princesita, a pesar de que el Rey prometió dar su reino al que lograse hallarla viva.

Y así pasaron quince mil años.

La Princesa—nadie sabía que lo era—vivía en



compañía del Hada, a quien todos tenían por una vieja un poco estrafalaria, que hablaba de cosas raras y se vestía de un modo que recordaba las estampas de los cuentos. Decían que Doña Aurora —que así la llamaban—estaba algo loca; pero que Aurorita, su nieta, era deliciosamente linda y buena.

Era alegre como una golondrina, y cuando por las mañanas se asomaba al balcón, todo florido de campanillas y de jazmines, parecía la misma aurora, sonrosada y aún soñolienta.

Doña Aurora traficaba en antigüedades y en cuadros, y daba sus mercancías por lo que querían

ofrecerla. Así fué que la tan famosa lámpara de Aladino fué a parar a manos de un prestidigitador de circo, y que una solterona se llevó al Pájaro Azul disecado. Los zapatitos de Cenicienta y los trajes de Piel de Asno fueron comprados por una comedianta arruinada, y las famosas botas de cien leguas fueron adquiridas por un pocero, a quien despidieron de su empleo por los extraños saltos que daba. Pero a Doña Aurora le importaba poco el dinero, y a Aurorita le bastaban sus flores y sus pájaros para ser feliz.

Un día volvió Doña Aurora toda sofocada. Se había puesto, para ir a misa, un traje en el que se veían bordados todos los animales del mundo, y por el cual la habían felicitado mucho hacía doce mil años en el bautizo de una hija de Matusalén,

y unos zapatos de piel de armiño; y un golfillo indecoroso la había dado un golpe con un ladrillo en la mismísima nuca, mientras otro la gritaba que si era el anuncio de la Casa de Fieras. Y concluyó declarando que en aquel pueblucho no podía una señora vestirse como era debido.

Desde aquel día no volvieron a salir a la calle. La vieja Hada, de un humor insoportable, se pasaba el día gruñendo o haciendo sortilegios para averiguar cuándo volvía a nacer (pues todo el mundo sabe que las hadas recobran su juventud cada cierto tiempo). Pero sin duda faltaba mucho aún, pues cada día estaba más vieja y achacosa.

Aurorita, privada de salir, se aburría. En vano, para divertirse, se ponía los trajes de baile de la Cenicienta—ya un poco pasados de moda— y las

joyas de Baldrubudur, Princesa de la China; y se entretenía con el árbol que canta y el pájaro que habla. Los bellos trajes estaban apolillados, y las joyas eran pesadísimas y de dudoso gusto; y en cuanto al árbol y al pájaro, sólo balbuceaban frases en un idioma desconocido para ella, y un día, la hija de la portera la humilló con un magnífico gra-

mófono, que aturdía a la vecindad y maravilló no poco a la vieja Hada.

Pero lo que más la entusiasmaba de todos los tesoros que almacenaba la vieja Hada en sus inmensos salones, no eran los muebles portentosos, ni los cuadros en donde se veían reinas bellísimas y reyes de aspecto feroz. Era un tapiz, un maravilloso tapiz,

en donde, bajo unos árboles de seda y de oro, al lado de una fuente en cuyo surtidor hilos de perlas figuraban el agua, había una dama de una hermosura sin igual, vestida de plata y oro, con un lirio en la mano. Aurorita la miraba, asombrada de su parecido con ella, y la vieja, cuando la hallaba contemplándola, se reía extrañamente. Pero la niña se sentía atraída por la desconocida, y más cuando

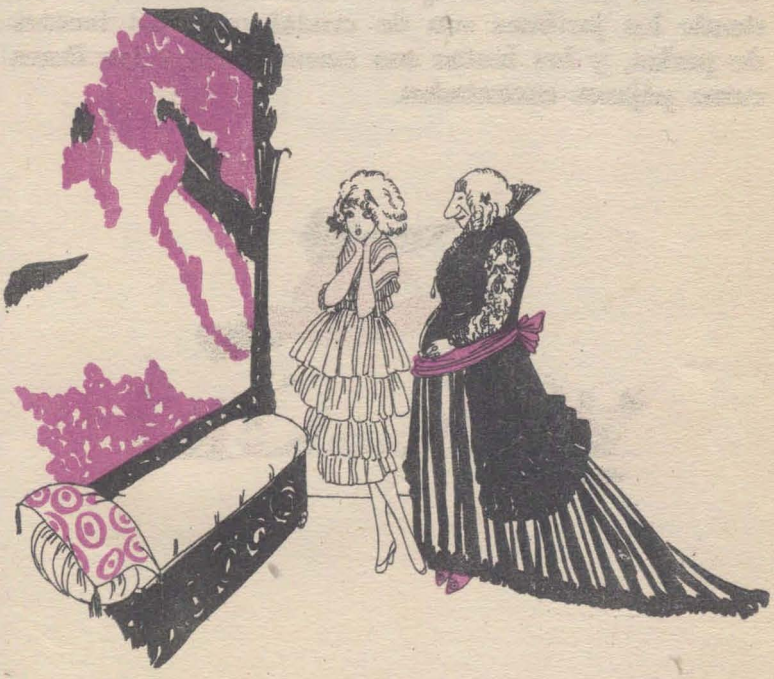
al quitar un día el polvo del tapiz, halló un letrero que decía: «Yo soy la Reina Aurora de las Islas de Oro, que no puedo morir hasta hallar a mi hija.» ¡Cosa tan rara! Se me parece hasta en el nombre... ¡Si fuese mi madre!—pensó—y la besó en la boca.

Entonces se oyó un estruendo formidable, y las tinieblas rodearon a Aurora, que se desmayó de terror. Y cuando abrió los ojos, se halló en un jar-

dín todo de cristal rosa, bajo un cielo de plata, al lado de la fuente de perlas. Y hacia ella llegó el sonido de las arpas y de los violines que precedían a su madre, más bella que la luna en primavera. Se besaron tiernamente, y cogidas como dos hermanas, pues la Reina parecía tan joven como su hija, entraron en el palacio maravilloso, en donde las esperaba la corte, con tan espléndidos ropajes, que hacían palidecer la luz del sol. Ante la niña desfilaron esclavos negros y blancos llevando cofres llenos de pedrerías, telas suntuosas y cestas de frutas que parecían flores, y de flores que eran como pájaros; doncellas llevando guirnaldas de flores y ánforas de perfumes; enanos con incensarios de oro y abanicos de plata; juglares que hacían extraños sortilegios y danzarinas envueltas en velos bordados de plumas de pavo real.

Poco después, la claridad se perdió, y el jardín se fué desvaneciendo lentamente como una niebla. Sobrecogida de espanto, Aurorita vió borrarse los rostros de la gente y sintió apagarse las voces. Ya no podía ver a su madre sino vagamente. Llena de inquietud, gritó:

—¡Madre! ¡No te vayas, no me dejes sola con



la horrible mujer que me custodia! ¿Por qué te vas tan pronto? ¿Ya te has cansado de tu hija? ¡Respóndeme, respóndeme! ¡No te vayas!

Y la Reina, ya semejante a una nube, respondió con voz débil:

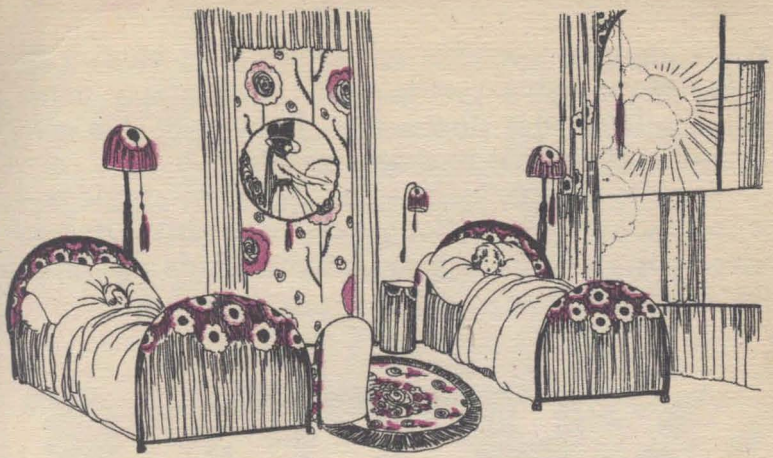
—Llega el fin de mi encantamiento, puesto que te he hallado. Dentro de un instante seré vieja y pobre. ¿Quieres seguir conmigo?

—Sí, puesto que eres mi madre—dijo Aurorita.

Entonces apareció el Hada maligna, en un reflejo de hoguera, y dijo:

—El amor de tu hija te perdona. Vive con ella eternamente...

Y la Reina y su hija, y su corte, subieron por un rayo de luz azulada hasta la Luna, en donde aun viven en la más completa felicidad; en la Luna, donde los jardines son de cristal rosa, las fuentes de perlas, y las frutas son como flores y las flores como pájaros encantados.

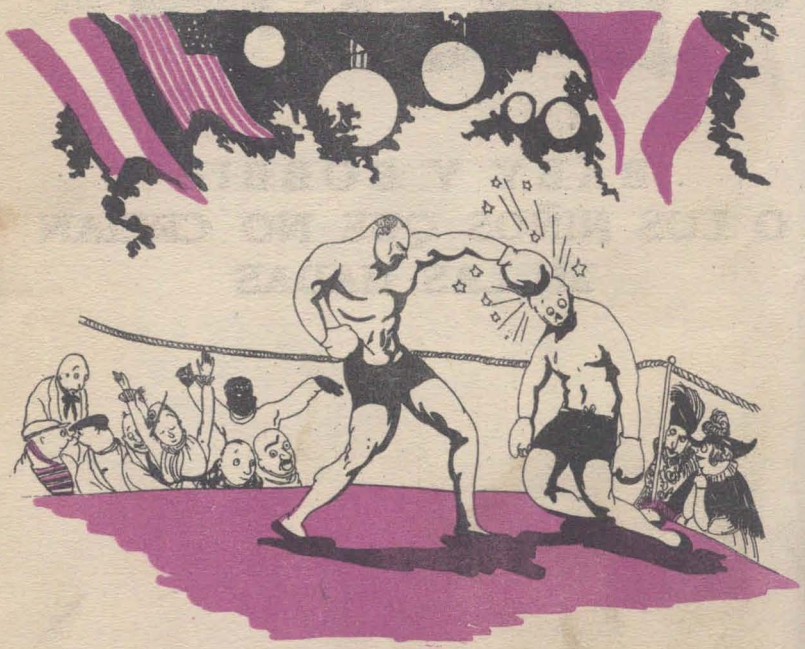


BABY Y BOBBIE O LOS NIÑOS QUE NO CREIAN EN LAS HADAS

COMO sus padres eran dos personas a la moderna —papá había sido «as» de aviadores en tiempo de la guerra contra Alemania, y campeón de «boxe» en Norteamérica, y por fin, rey del bicarbonato

y del algodón hidrófilo, mientras mamá había sido enfermera o había cazado renos en Alaska y había lanzado las modas tibetanas—, Baby y Bobbie eran dos niños de lo más moderno posible.

Cuando nació Baby, sus primeros vagidos—colocada ante el teléfono por su nodriza—fueron oídos por su padre a 2.000 kilómetros de distancia.

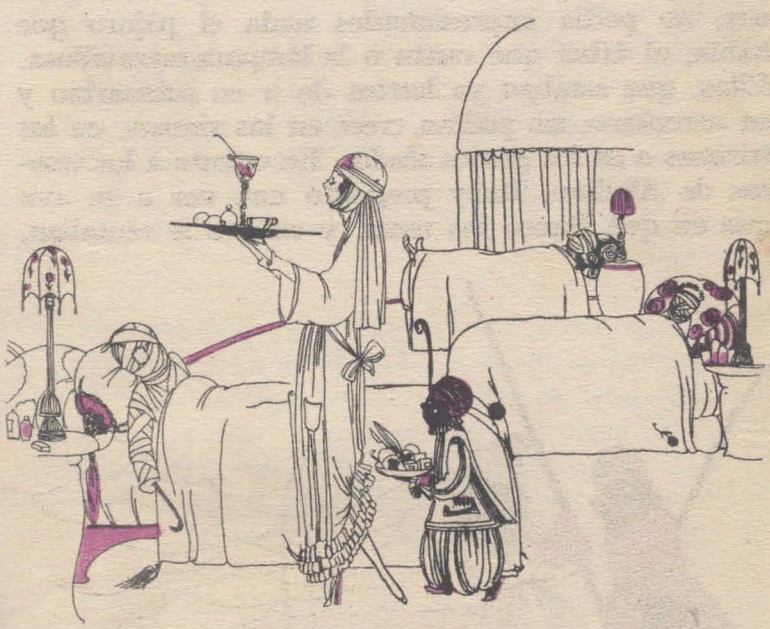


Pero al año siguiente, cuando Bobbie vino al mundo, su primer grito fué escrupulosamente recogido por un gramófono, mientras los fotógrafos de varias revistas consumían magnesio para reproducir al niño Bobbie en tan interesante operación.

Fueron creciendo entre todos los adelantos de la civilización moderna. Tuvieron una nodriza auto-

mática, que, mediante un *thermos*, daba la leche a la temperatura deseada; cuna-automóvil, en la que iban a pasear todos los días. Un fonógrafo maravillosamente graduado les enseñó a hablar poco a poco doce idiomas a un tiempo, y si no se les entendía bien era por la falta de cultura de sus interlocutores.

Aprendieron Geografía en su cinematógrafo pro-



pio. De vez en cuando recibían un radiograma cariñosísimo de sus papás desde Melburne, Tobolsk o las Islas Tonga.

Baby tenía en la cabecera de su cama la radiografía de su papá de cuando se cayó del biplano, rompiéndose todo lo posible, y Bobbie la colección completa de «Fémina», en donde se veía sucesivamente a su mamá, vestida de pieles como un tro-

glodita, o de gasas como una ninfa, o de danzarina etrusca en una fiesta de Caridad, o de piloto-aviador, de modo que aunque en doce años les habían visto tres veces, podían decir en rigor que conocían muy bien a los autores de sus días.

Naturalmente que, para Bobbie y Baby, todo eso de las hadas, gnomos y demás antiguallas eran palabras sin ningún sentido. A ellos, familiarizados con los Rayos X y con toda clase de brujerías modernas, no podía impresionarles nada el pájaro que habla, el árbol que canta o la lámpara maravillosa. Ellos, que estaban ya hartos de ir en submarino y en aeroplano, no podían creer en las sirenas, en los tritones o en los genios alados. En cuanto a los tesoros de Aladino, Baby preguntó una vez a su aya que en qué Banco los tenía, y cuánto le rentaban,

mientras trataba de averiguar, de paso, quién era el modisto de Caperucita Roja y de la Cenicienta.

Así las cosas, una noche, cuando ya estaban acostados, les sucedió una cosa muy extraña. Bobbie, sintió un leve cosquilleo en la punta de la nariz y despertó, muy asombrado al ver, sentado sobre el teléfono, a un diminuto hombrecillo verde, con la nariz fosforescente y una barba de color de llama.

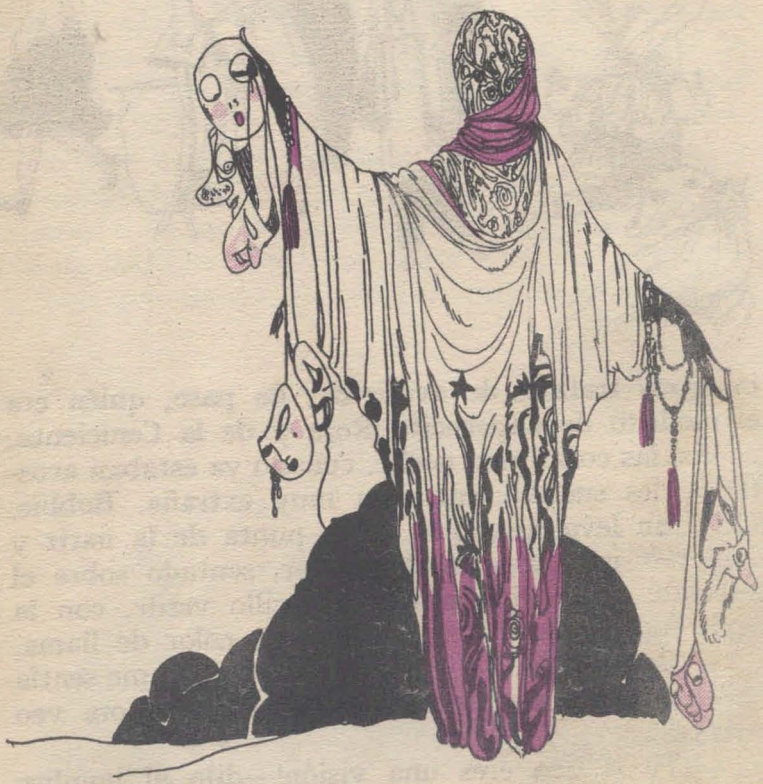
—¡Bah!—pensó—. Ya le dije a *miss* que me sentía indispuesto y que me diese magnesia... Ahora veo visiones...

—¡Tú sí que eres una visión!—dijo el hombre verde, cuya nariz emitió una luz roja, en vez de la azul de antes—. Y lo que tienes es el estómago sucio, lo mismo que tu hermana.

—Me parece que me va usted a estropear el teléfono—dijo Bobbie sin alterarse—. ¿No estaría usted mejor en una butaca?

La nariz del desconocido arrojó una claridad morada.

—Parece usted un disco de estación—dijo Bobbie—; me resulta un invento divertido eso de la nariz luminosa, pero poco práctico.



Baby se despertó al oír la conversación; y al ver al visitante nocturno se echó a reir.

—¿De qué te ríes?—dijo el duende, cuya nariz volvió a ser azul de llama.

—Tiene usted un sombrero horroroso, y además el verde no es moda. ¿Por qué no se hace usted una gabardina gris?

—Eres una necia—dijo el duende—. Los duendes tenemos nuestro traje propio.

—¡Ah!, si es cuestión de uniforme, no digo nada —respondió Baby—. ¿Y se puede saber qué hace

usted aquí a estas horas? No es ni siquiera nuestro día de recibir.

—He venido a demostraros que estáis en un error al no creer en lo sobrenatural. Os invito a venir conmigo al reino de la fantasía.

—Eso parece el título de un «cine» nuevo—dijo Bobbie—. En fin, ¿quiere usted que pida mi auto?

—No hace falta—dijo el duende—. Llegamos antes con mi sistema.

Y sin saber cómo, los tres se hallaron en un espacio lleno de niebla, atravesado por raros haces de luz cambiante.

—No me gusta nada salir con tanta niebla—dijo Baby—; debí coger mis pieles.

Poco a poco, una luz multicolor iba acentuando los contornos de las cosas. Una multitud fantástica e inmóvil se destacó, con brillo de pedrerías mara-

villosas. Baby y Bobbie aplaudieron entusiasmados.

—¡Qué bonito!

El duende, triunfante, comenzó a explicarles:

—Ya veis como todo era cierto... Todos los seres imaginarios viven... He aquí a la Cenicienta y al Príncipe Azul, a Piel de Asno, a la Princesa Badrulbuduru, a Rayo de Luna y a Luz de Sol, a Zobeida y a Sherezada...

—¡Qué guapas!—dijo Bobbie—. ¿Son actrices?

El duende arrojó una llama naranja por su nariz, y prosiguió:

—He aquí el Pájaro Azul, y el Ave Rok, y el Gato con botas... Más lejos está el árbol que canta y la fuente de aguas de oro... ¡y el pájaro que habla!

—¡Bah! Un loro como el de tía Virtudes, sólo que mucho más viejo—dijo Baby.

El duende la miró con ira. Pero en vano siguió su inventario. Baby y Bobbie se reían de todo, y encontraban ridículos los trajes de Morgana y de Melusina, la carroza de la Reina Argina, y las joyas

de Dinarzada les parecieron falsas. Se rieron en sus barbas de Merlín, y Baby dió un pisotón en la cola a un gato sagrado, que maulló como el de cualquier portera.

Entonces el duende les dijo:

—Tanto peor para vosotros... Cuando seáis viejos

no tendréis el consuelo de los recuerdos infantiles. Como no habréis sido nunca niños, vuestra vejez será seca y árida, y en vuestros cerebros estrechos no entrará nunca el rayo de sol de lo Maravilloso. Os compadezco... Vuestros hijos serán aún más incrédulos que vosotros, y ese será vuestro castigo...

—¿De veras seremos tan desgraciados?—dijo

Baby, un poco inquieta—. Pero ¿cómo vamos a creer en lo que sabemos que no existe?

—Pues creyendo, a pesar de todo, no porque sea verdadero, sino porque es bello. ¿Acaso creéis que la Belleza no es una verdad?—dijo el duende—. Si despojáis a la vida de toda Belleza, no por eso será más verdadera, sino más insoportablemente vana. Yo os digo que es preciso creer en todo, aun-

que se sepa que no es cierto, con tal que sea hermoso. Si no, seréis eternamente desgraciados, cuando ya la ciencia no os baste para ser felices.

—¡No, no!—dijeron los niños—. Desde ahora creeremos en todo.

—En realidad—dijo el duende, que tenía cul-

tura—, no sé quién dijo que una mentira que se cuenta es más cierta que una verdad que se calla. Esto no quiere decir que digáis mentiras, por lo menos demasiadas...

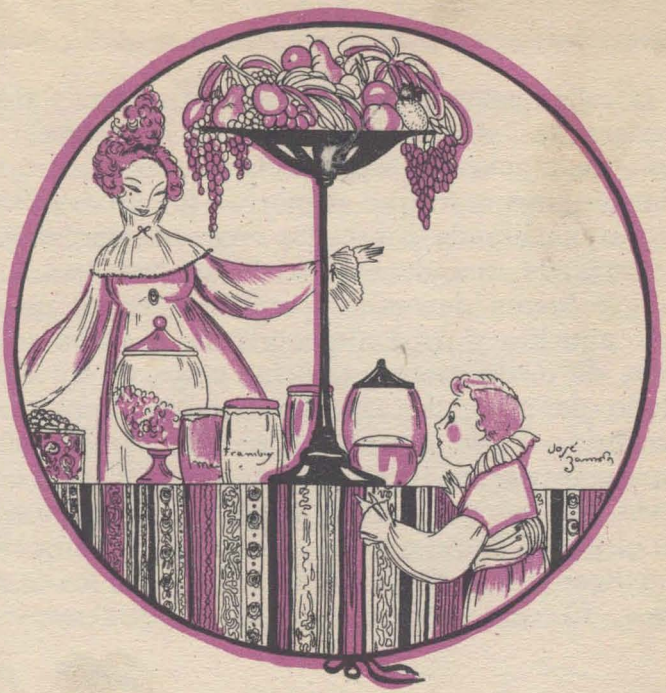
La niebla se hizo espesa de nuevo, y Baby y Bobbie despertaron en sus camas.

—¡Baby, he soñado unas cosas más bonitas!...

—Igual que yo, Bobbie. ¡Lástima que no sean verdad!

—¡Pero si lo son, puesto que las hemos soñado, Baby!

Y por la tarde, en su biblioteca, alternaron los cuentos de hadas con los libros de Ciencia; la Ciencia, el hada moderna que estuvo a punto de transformar en piedras sus corazones y sus cerebros.



TONY O EL NINO QUE NO QUERIA TOMAR MEDICINAS

NO se sabe por qué causa—la Historia no lo dice—, Tony, el día en que cumplía seis años, tuvo su primera enfermedad que pudiésemos calificar de seria. El caso es que, cuando llegó mamá

de la calle, encontró a la doncella, a la *nurse* y al ama consternadas, sin poder averiguar la dolencia del nene. Opiniones tan autorizadas como las del ama y la miss aseguran que el motivo fué una descomunal batalla librada contra los «marrons glacés», en la que más de una docena perdieron sus corazas de plata y fueron devorados por Tony. Otros autores, como abuelito y papá, descubrieron, después de una noche de meditaciones, que fué culpa de un avieso helado de piña, de aspecto inocente. Pero mamá descubrió, al día siguiente, que fué por frecuentar demasiado ciertos turrones y mazapanes, que, como recién llegados del pueblo, se portaron groseramente con el pobre Tony, que los amaba con ternura. Pero el maligno Tony, en su camita, se reía de los comentarios. El solo sabía la verdad. Estaba malo por

culpa de los «marrons glacés», de los helados, de los turrones y mazapanes, amén de innumerables almendras, pasteles y bombones que le tenían convertido el estómago en un campo de Agramante.

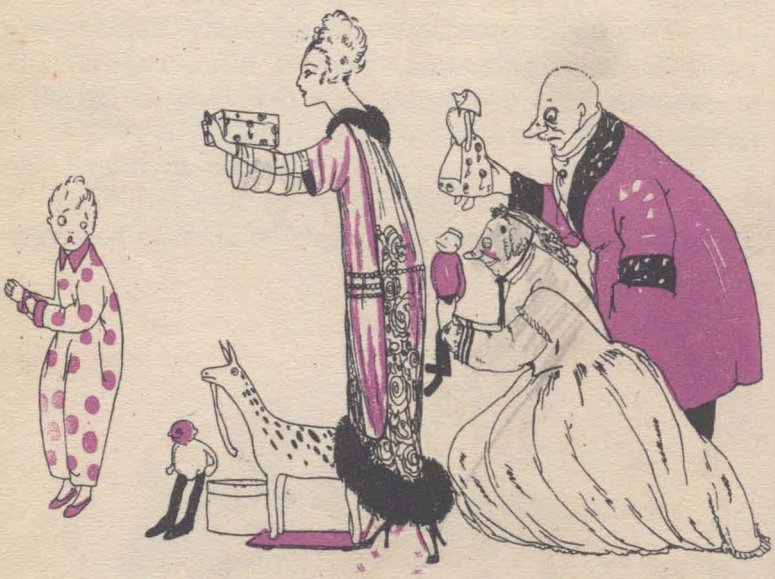
En la alcoba tibia y solitaria resonaron con cautela unos pasos, y el batir de una cucharilla sobre cristal; y entró mamá, que traía en una bandeja una copa llena de horrible aceite de ricino, a cuyo aspecto se erizaron los bucles de Tony:

—Tómalo de una vez, sin respirar. Verás cómo no lo notas—dijo mamá. Pero el niño, cuando ella se marchó, arrojó el contenido del vaso en un sitio que no era su estómago.

Naturalmente, al otro día, cuando su mamá vió aquello, volvió de nuevo con el amargo cáliz, y Tony armó un regular escándalo, luchando con ven-

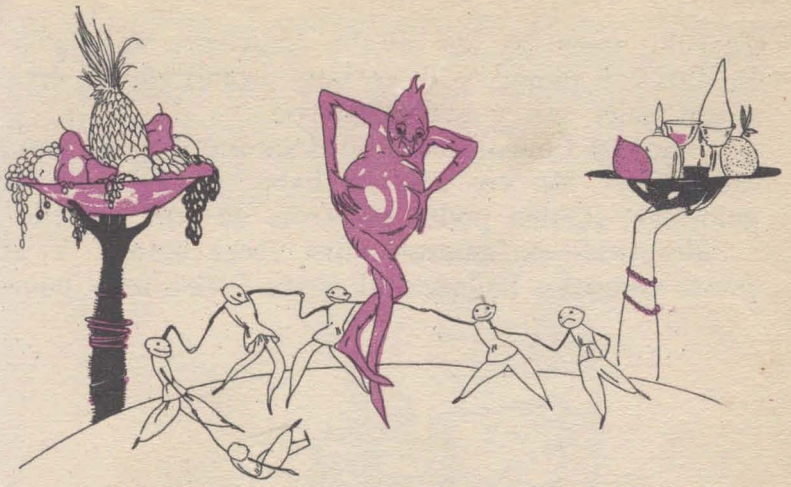
taja contra las fuerzas aliadas de papá, mamá y abuelito y contra los mimos de abuelita, despreciando amenazas y rehusando regalos portentosos. Por fin, fatigados, se retiraron, y mamá, al marcharse, dijo con tono profético:

—Eres un niño muy malo. Tony... Peor para ti; si tienes el estómago sucio, te puede dar un cólico,



fiebre, sarampión, ¡sabe Dios! Y tendrás que tomar cosas mucho peores...

Tony sacó una lengua de a cuarta, que, si estaba sucia, era sobre todo de chocolate, y se dedicó después, con todo reposo, a devorar bombones que tenía ocultos bajo la almohada. Cuando, de pronto, vió al lado de su cama una mesa, en la que no había reparado, y sobre cuyo blanco mantel, como en la



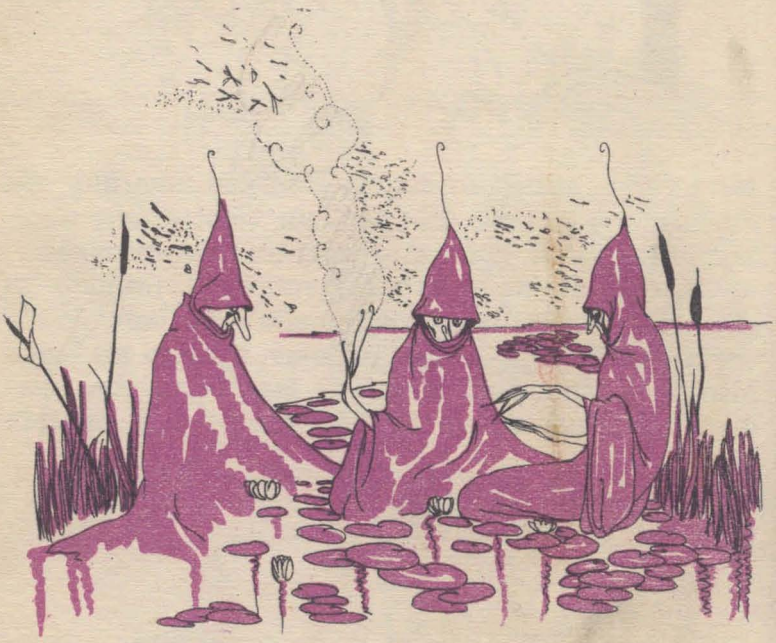
pista de un circo, un extraño hombre amarillo, con los ojos fuera de las órbitas y un vientre muy abultado, se retorcía con extravagantes contorsiones.

A ambos lados de la mesa surgieron, primero un gigantesco brazo negro, sujetando una bandeja de cristal llena de frutas maravillosas, y luego un brazo blanco, llevando una fuente de laca negra con helados y refrescos de un aroma exquisito. El hombre

amarillo, mientras los miraba codicioso, se alejaba de ellos con temor, y Tony muy asombrado, le preguntó quién era y qué le ocurría.

—Soy el Cólico—exclamó dolorosamente el atormentado—. Me veo así por haber abusado de las golosinas. ¿Quién podrá salvarme de este martirio?

Nosotros—exclamaron unas voces tenues. Y al punto rodearon bailando al pobre Cólico unos hom-



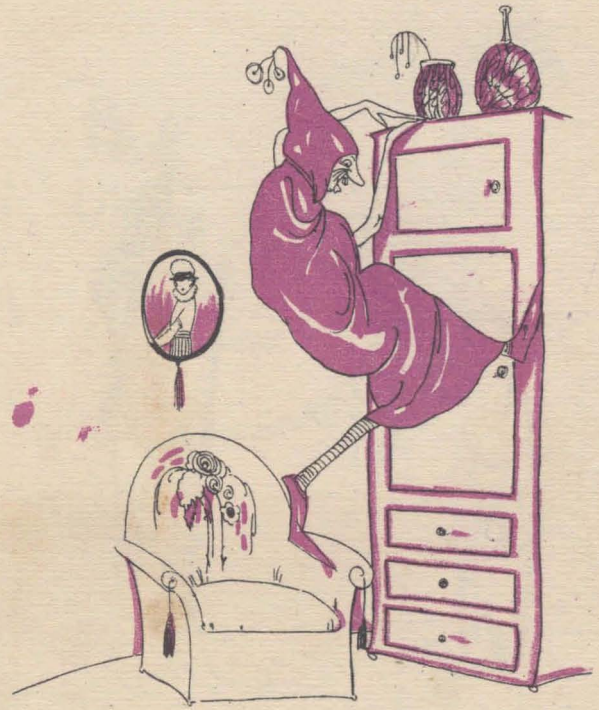
brecillos diminutos—. Nosotros, los Calomelanos.

Y girando velozmente, lograron que el Cólico se desvaneciese, y todo desapareció.

A los pies de la cama de Tony, una vieja, con capuchón verde y rostro flaco, tiritaba y se arropaba con el edredón. El niño, un poco asustado, le preguntó quién era.

—Se ha marchado el Cólico, pero ahora te quedo

yo—dijo la dama castañeteando los dientes—. Yo soy la Fiebre. Pero no te asustes. No soy maligna, como mis hermanas que deliran o se retuercen al borde de los pantanos, diciendo palabras sin sentido. Yo tan sólo soy una Fiebre tonta... ¿No me ves? Subo y bajo, subo y bajo...



Y empezó a subir y bajar por los muebles y por las paredes, con una agilidad extraña en una mujer tan vieja, hasta que desapareció.

Aun no había vuelto de su asombro Tony, cuando sintió dos martillazos en la cabeza. Se volvió, y halló a un ser de enorme cabezota, llena de alfileres, que

un duende subido en sus hombros le iba clavando con un pequeño mazo. El hombre dijo con voz doliente:

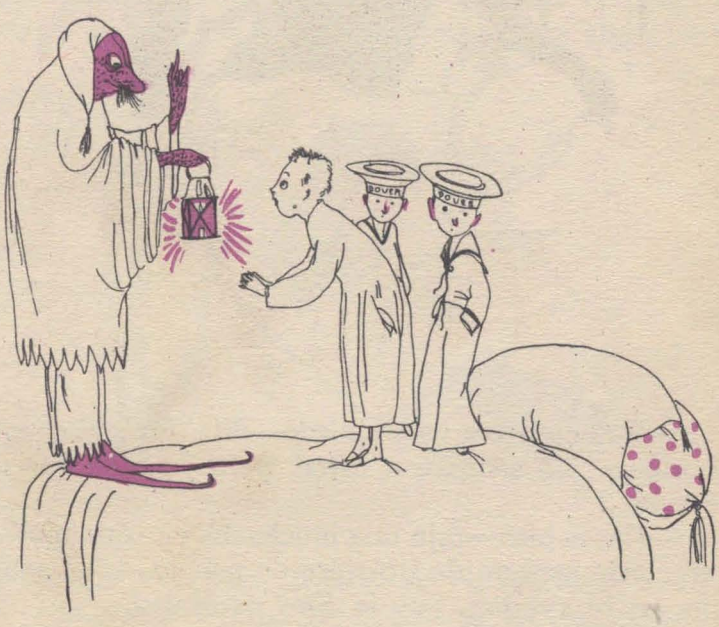
—¿Ves? Se te ha ido la Fiebre, pero te quedo yo, la Jaqueca. Y me quedaré contigo un buen rato.

—No será verdad—dijo una dama, vestida de blanco y deslumbrante como la escarcha, que surgió de un cofrecillo rojo con extraños signos negros—. Si Tony me quiere, te vencerá. Yo soy el hada Antipirina.

Sólo a su nombre, la Jaqueca vaciló, y dijo luego:

—Prefiero marcharme, porque eres malísima y no puedo nada contra ti...

Y Tony quedó de nuevo solo. En vista de eso, aprovechó para sacar los brazos fuera de la ropa. Estornudó tres veces, y, como si fuese un conjuro, entró en el cuarto un viejo con zapatillas, bata, gorro



de dormir y muchos pañuelos en los bolsillos. Iba envuelto en una bufanda, y tosía, lloraba, estornudaba y se sonaba, sin descansar.

—Te has empeñado en que venga y heme aquí—exclamó—. Soy el Constipado. Fuera se queda mi hermano el Catarro y mi cuñada la Pulmonía; pero si quieres, entrarán...

—No le tengo a usted miedo—dijo intrépidamente el niño—. Le conozco a usted, pero ya sabe que no le temo...

—Haces bien—dijo una muchacha en traje malva, con cierto aspecto de titiritera de pueblo—. Ya sabes que yo te ayudo... Soy la Flor de Malva...

—Y yo, la Adormidera—dijo otra con aspecto vagamente chinesco, con su gorro de laca verde y sus túnicas de seda rizada, rosa, malva y púrpura.

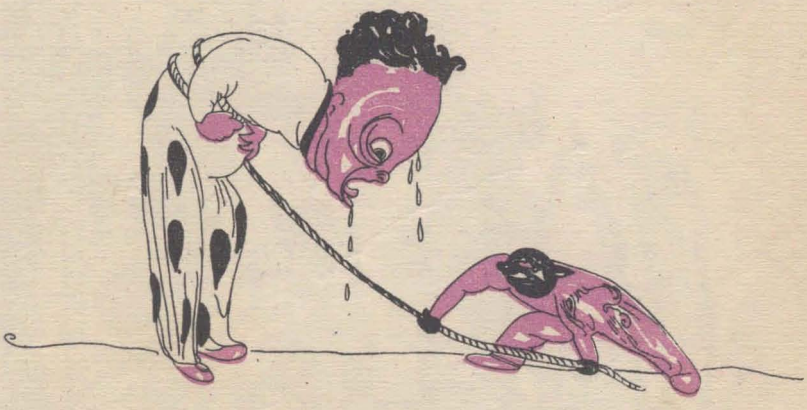
—Pues no sé por qué son amigas tuyas, Tony—dijo el Constipado—. La Flor de Malva es una cursi, y la Adormidera es peligrosa... Me han dicho—añadió en son de chisme—que tiene fumadero de opio...

Pero a pesar de esto, el Constipado se fué como

había venido. Y en su lugar llegó un fantasma, todo rojo y lleno de manchas, con un farolito encarnado en la mano. Tony se indignó.

—Me parece un abuso que venga usted, cuando le cuidé tan bien el año pasado, a pesar de lo que me hizo sufrir, señor de Sarampión. Haga usted el favor de retirarse...

—Perdona, Tony; es que me he equivocado de piso, y además, por lo mismo que me trataste a cuerpo de rey, venía a ver si necesitabas algo. Pero



puesto que eres tan grosero, no me volverás a ver.

—Además—dijeron los polvos de Dover, saliendo de su caja en trajes de marinos ingleses—, ya te acordarás de que te hicimos sudar un rato...

—En todas partes os encuentro—dijo el Sarampión, y se alejó con un humor tan espantoso que cualquiera le hubiese confundido con su hermana la Viruela loca.

Pero en esto, sintió Tony un tremendo dolor en el vientre... Sobre él danzaba alegremente el Cólico, mucho más amarillo que antes.

—No te quejarás de mí. Vuelvo a verte, y ahora los Calomelanos no pueden conmigo. He progresado y ahora soy mucho más agudo. ¡Verás qué gracia te hago y cómo te retuerces!

Efectivamente. El pobre Tony parecía una anguila en la sartén. Sudaba por cada pelo una gota, daba gritos roncos y pugnaba por libertarse del infame Cólico, que le atormentaba sabiamente.

En la alcoba pululaban ahora visiones espan-

tables... La Enteritis, amarilla y horrenda; la Náusea, doblada sobre sí misma y con los cabellos erizados, y muchas otras cuyos nombres son tan atroces que no pueden decirse... Todas ellas rodeaban a Tony, asustándole, y acabando la endemoniada obra del Cólico. Pero por fin, Tony, vencido, llamó en su ayuda nuevas fuerzas:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tráeme el ricino o lo que quieras! ¡No puedo más!

Y entró de nuevo la pacientísima y solícita mamá, llevando la copa, amarga como el Sacrificio y como el Deber, pero que contenía la salud en su fondo.

Y así acabó la horrible pesadilla de Tony, que juró desde entonces considerar a las Medicinas como unas buenas amigas—menos agradables que las Golosinas, siempre peligrosamente atrayentes—, pero en el fondo, llenas de bondad, y no desprovistas de cierto encanto, a pesar de todo.

AMELIA O EL LENGUAJE DE LAS FLORES

AMELIA adoraba las flores, y muy a menudo decía que le era más soportable no comer que no tener flores en su habitación, aunque esto de no comer no se refería, por supuesto, a los bom-

bones, pasteles y demás golosinas que eran también una de las debilidades de la niña.

El amor de Amelia hacia las flores no consistía, como pudiera creerse, en cultivarlas, regarlas y ponerlas al sol. Eso era demasiado vulgar para la sensible Amelia, que por nada del mundo hubiese manchado sus manos con la negruzca tierra ni mucho menos aún con el prosaico abono. En cambio, adoraba cortarlas de sus tallos, y colocarlas artísticamente en un jarrón de porcelana, o bien, para poder

admirarlas más tiempo, las colocaba con delicadeza entre las páginas de vitela de un herbario, entre dos hojas de papel secante.

Tampoco iba nunca al baile sin una guirnalda de orquídeas o de camelias en su negra cabellera, y sin un ramo de flores en la cintura. También sabía hacer vinagrillo de rosas, poniendo pétalos en infusión en un frasco de alcohol, bombones de violeta cristalizada, que, según Amelia, era el alimento de las ninfas, y, en cuanto tenía una duda, las hojas

de una margarita la sacaban pronto de su incertidumbre.

Aquella mañana de primavera en que se desarrolla mi historia, Amelia, rosada como la Aurora, en su crinolina rosa, entró en su alcoba, llevando en sus brazos un enorme ramo de lirios, de rosas de Bengala, y de amarillos claveles persas, todavía

húmedos de rocío. Los distribuyó en los floreros de porcelana chinesca que adornaban su cómoda y las consolas, pero un grupo de cardos morados y azules, ocultos entre las demás flores, pincharon cruelmente los dedos de la amable Amelia, que lanzó un grito y pensó en desmayarse, y luego, abriendo el balcón, arrojó al jardín los espinosos rebeldes.

—¡Ah, qué dolor tan cruel!—exclamó la niña, oliendo un frasco de agua de melisa, fabricada por ella, para fortalecerse.

No había acabado de hablar, cuando entraron en la habitación cuatro gigantescos guerreros con armaduras de bronce erizadas de pinchos y en cuyos cascos unas plumas azules y moradas le hicieron pensar en los cuatro hijos de Aymon cuyas proezas había leído en el *Almanaque Pintoresco*. Pero no eran paladines ni mucho menos, porque sin pronunciar palabra, cogieron a la niña por las muñecas, y la llevaron consigo, sin dejarla coger su pamela de paja de Italia, ni siquiera su manteleta de tafetán «junquillo».

Aquella vez sí que se desmayó Amelia, y cuando volvió en sí, se halló en una situación realmente desusada, pues estaba colocada dentro de un inmenso

vaso de cristal negro, y metida en agua hasta la rodilla, como una flor cuya corola fuese de seda rosa, y cuyo corazón fuese el propio corazoncito asustado de la niña.

Amelia gritó, y se retorció los brazos, desesperada. Entonces una dama con inmenso traje de terciopelo rosa, y cabellera verde, peinada a la antigua usanza francesa, se acercó a ella, y murmuró con dulce voz:

—Acércate, Azucena... Mira qué flor tan extraña... ¡Una flor que habla!

—Majestad—dijo la aludida cuyo traje de terciopelo blanco estaba recamado de oro—, esta pobre florecilla silvestre no sabe el honor que tiene en ser

contemplada por Su Majestad Rosa de Francia.

Amelia se quedó asombrada al oír el extraño diálogo, y muy vejada al oirse tratar de «pobre florecilla silvestre». Pero la Reina y su dama se alejaron majestuosamente.

—Heme de nuevo sola con mis pensamientos—dijo la niña tratando de salir de su florero. Pero una multitud de traviesos pajecillos, vestidos de tercio-

pelo violeta, y otros de raso amarillo, la rodearon saltando y gritando:

—¡Con tus Pensamientos! Eso quisieras, que fuéramos tuyos, para atormentarnos, como hasta ahora has hecho.

—¿Yo?—exclamó Amelia—. Al contrario, siempre me habéis gustado muchísimo. Tengo mi libro de misa lleno de pensamientos secos, que parecen recién cortados.

—¿Y te parece a ti—dijo un Pensamiento, de un morado tan oscuro que parecía de terciopelo negro—, te parece a ti que hemos nacido para morir aplastados entre las hojas de un libro, aunque sea de misa? Cuando Dios nos ha puesto en el jardín, es para que gocemos del sol y del aire de la primavera. ¿Te gustaría que os metiesen a ti y a tu familia debajo de un montón de piedras, para que os admirasen luego de aplastados y de convertidos en momias?

—¿O que te estrujasen para hacer perfume contigo?—dijo la Violeta, que estaba reclinada entre almohadones de terciopelo verde oscuro, que casi la ocultaban.

—¿O que te vendiesen, arrancada violentamente de tu lecho, para adornar un jarrón?—exclamó el Nardo, que quemaba perfumes orientales en una copa de alabastro, envuelto en su túnica blanca.

Amelia, sin saber qué responder a tan justas quejas, lloraba silenciosamente. Un grupo de Amapolas, descaradas como buenas campesinas, se burlaron de ella:

—¡Mira, su nariz es tan roja como nuestros vestidos! ¡En verdad que el rocío no favorece a las flores humanas!

Poco a poco, la enorme sala—que era una especie de invernadero de cristales verdes, azules y violeta, sostenida por inmensas palmeras de oro con frutos

luminosos, y en cuyo centro había una fuente de coral con un surtidor que cambiaba de colores—se fué llenando de flores animadas, cuyos perfumes hacían la atmósfera totalmente irrespirable para un ser humano. Amelia, toda sofocada, trataba en vano de salir de su florero. Tenía los pies helados por el largo tiempo que habían permanecido en agua, y estornudó varias veces, produciendo gran regocijo entre las flores.

Pero los Pensamientos volvieron otra vez a su idea.

—¡Es necesario someterla a tormento! ¡Que aprenda por sí misma lo que nos hace sufrir a todas! ¿Qué os parece que hagamos con ella?

—Atravesarla con un alfiler, como hizo ayer con mi hermana para prendérsela en el pecho—dijo una Camelia, roja de ira.

—O mejor echarla en una caldera de almíbar hirviendo, ya que su golosina nos condenaba a tan

horrible suplicio—dijeron varias flores de Acacia, de cuyo aspecto candoroso nadie hubiese podido esperar tanta crueldad.

—No hagáis tanto ruido—dijeron los guerreros Cardos, ásperamente—. Ya sabéis que la reina Rosa gusta del silencio, del que ella era emblema en la antigüedad. Deliberad en voz baja, o tendremos que castigaros.

—Parece mentira que seáis de nuestro pueblo—dijeron las Amapolas, que eran las más escandalosas. Y les sacaron la lengua en señal de desprecio.

—Lo mejor—dijeron los Pensamientos, que eran muy testarudos—es atormentarla como ella, cuando no era nuestra cautiva, acostumbraba a atormentarnos. Ahora vamos a hacerte lo que tú nos haces a nosotros...

Y sacando a la desdichada Amelia del florero, quisieron sepultarla entre las hojas de un libro de misa gigantesco.

—Así podremos admirarte siempre, disecada entre dos algodones—decían los muy traviesos.

Pero la niña gritaba tanto, que, temerosos de un regaño, huyeron, después de colocarla de nuevo en el agua, pues se oían pasos que se acercaban.

Eran la reina Rosa de Francia, que volvía acom-

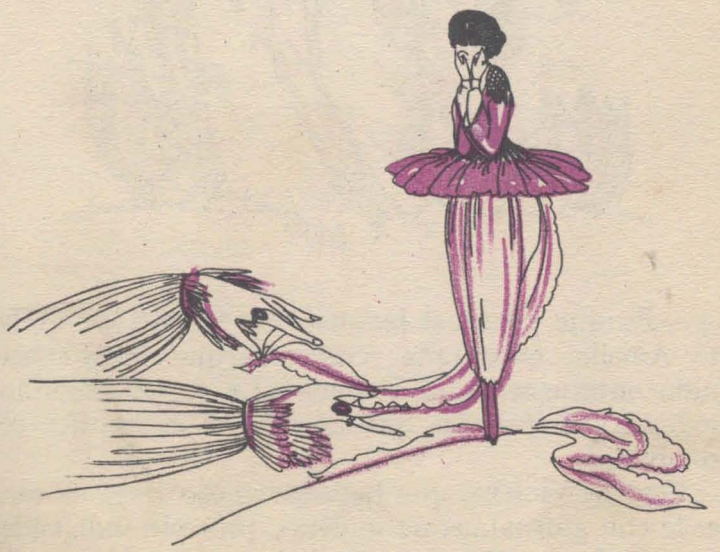
pañada de un mancebo con turbante amarillo y vestido, a la oriental, de terciopelo naranja sobre una túnica de seda gris. Miró a las flores, silenciosas e hipócritas, y luego:

—Ved, mi querido Clavel de Persia—exclamó—. Aquí tenéis una flor de especie muy rara, a quien dedicar vuestros madrigales...

—Os chanceáis, Majestad—dijo el Clavel de Persia—. Yo no dedico mis poesías a cantar una flor artificial.

—No es artificial—protestó riéndose la Reina—. Está sólo un poco marchita... Pero eso se evita cortándola un poco de tallo... Azucena, traedme unas tijeras.

La pobre Amelia se desmayó de nuevo, sobre todo al escuchar que estaba marchita. Pero cuando oyó el ruido de las tijeras enormes, volvió en sí, y suplicó a la Reina:



—¡Tened piedad de mí! ¡Yo siempre he amado mucho las flores, y no he podido vivir nunca sin ellas!

La Reina se echó a reir, y dijo, dirigiéndose a la Rosa de Bengala, su prima, vestida de púrpura con diadema de esmeraldas:

—¡Os aseguro que nunca he visto una flor tan extraña! Habla igual que nosotras...

—Es que yo sé el lenguaje de las flores—exclamó Amelia, encantada, creyendo que había conseguido enternecer a la Reina—. La violeta significa modestia; el tulipán, presunción; el myosotis, «no me olvides».

Pero la Violeta, que lucía pomposo traje de raso verde con guirnaldas de violetas, protestó indignada:

—¡Qué cúmulo de falsedades! Estoy harta de

oirme llamar modesta, cuando mi perfume es un continuo llamamiento para que me admiren, sobre mi lecho de terciopelo verde oscuro.

—¡Yo presumido!—dijo el Tulipán—. En todo caso con razón, pues en Holanda he sido rey durante largo tiempo. Esta flor es una necia pedantuela.

—Por lo que se refiere a mí—dijo el Myosotis—,

estoy cansado de que los enamorados ridículos me adopten como emblema.

En cuanto a la Margarita, se entretuvo en arrancar uno por uno los volantes del traje de Amelia, para saber su porvenir.

Amelia estaba aterrada al ver la cólera de las flores, y la Rosa de Francia dijo:

—Ese no es el lenguaje de las flores. Hay otro

que has debido tratar de entender, mucho más elocuente. Cuando una flor se dobla hacia el suelo, es que tiene sed... Cuando palidece, es que desea la caricia del sol... Cuando se balancea en su tallo, es que es feliz, no que ansíe morir cortada sobre tu traje... Y cuando, como tú ahora, se mustian, es que va a terminar pronto su existencia...

Y todas las flores se rieron mucho. Amelia suplicó:

—¡Por favor, señora Reina! Perdonadme y no volveré a hacerlo más.

—Lo mejor es—dijo el Lirio—que tratemos de ver si exhala algún perfume destilándola en un alambique.

Y sacándola del jarrón, la arrastraron hacia un inmenso aparato cuya complicación no anunciaba nada bueno. Entonces la infeliz Amelia perdió definitivamente el sentido, y cuando despertó, se halló sobre la alfombra de su alcoba, con la cabeza sobre las rodillas de su mamá, que decía muy asustada:

—¡Pero a quién se le ocurre dormirse en una

habitación cerrada con flores! ¡Un día se morirá por amarlas demasiado!

—No—dijo Amelia—; no volveré a cortar una en mi vida.

Y desde aquel día, su jardín fué el mejor cuidado de la ciudad, y cuando regaba los macizos, Amelia creía ver sonreir a la rosa de labios rojos, y que las mil caritas de gato de los pensamientos la miraban irónicamente, como duendes traviesos que la recordaban su horrible pesadilla, en la que la niña aprendió, de un modo indeleble, el verdadero lenguaje de las flores.

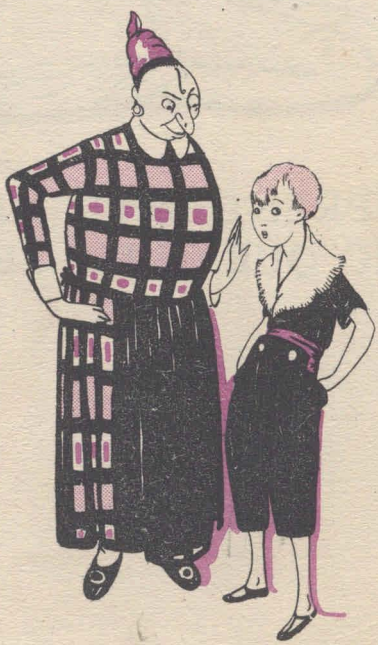
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA SORPRENDENTE HISTORIA DEL NIÑO QUE QUISO SER LIBRE

I

SI hubieseis tenido la suerte de conocer a Chanito—en sociedad Salustiano Vallealegre, de seis años, rubio, gordo y endiablado, con propensión a devorar todo comestible o golosina al alcance de

su mano, y a romperlo todo con su deplorable manía de investigación—, si hubieseis tenido la suerte de conocerle, vuelvo a decir, según costumbre en todo escritor que se respeta, no hubieseis podido menos de admirarle, en aquella mañana lluviosa de primavera, regando cuidadosamente, con el jarro de plata del comedor, las flores de seda, terciopelo, celuloide y hule, respectivamente, de los cuatro sombreros



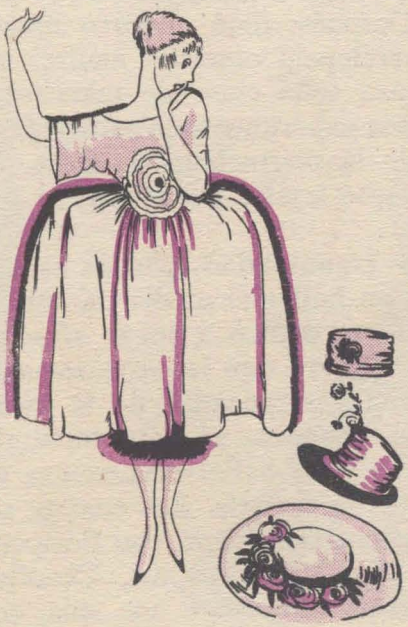
de primavera que pensaba estrenar su madre, para deslumbrar con ellos al mundo.

Con la satisfacción del que cumple un deber que le es grato, Chanito regaba, canturreando por lo bajo, con todo el aspecto de un jardinero ducho en su oficio. Y el extraño jardín, creado por la fantasía espeluznante de madame Rigoberta, la sombrerera, lejos de agradecer el riego, parecía agostarse;

las flores se desmayaban en sus tallos de alambre, y hasta las amapolas de seda que nacían inesperadamente en una pamela de paja amarilla, al lado de un lazo de terciopelo verde-rana melancólica, se desteñían de un modo lamentable.

Chanito observó todo esto, y pensó:

—Se conoce que tienen demasiadas hojas. Va a ser necesario podarlas un poco.



Y cogiendo una podadera, se disponía a continuar su tarea jardineril, cuando entró en la sala, inesperada y providencialmente, el ama seca de Chanito, que al ver aquel jardín improvisado, levantó los brazos al cielo, y se dejó caer sobre el piano, del cual arrancó con el choque un trueno lúgubre, precursor de la tormenta que se cernía sobre el inocente Chanito.

—¡Dios mío!—gritó el ama, cuando pudo hablar—. Pero nene, ¿estás dejado de la mano de Dios? ¿Qué dirán tu papá y tu mamá cuando vean lo que has hecho? ¡No lo quiero pensar! No vas a poder tesentar en quince días, lo menos... ¡Jesús, Jesús! ¡A mí me va a dar algo! ¿Y cómo lo vamos a arreglar?

Chanito, silencioso y burlón, se regodeaba con el estupor del ama, mientras daba la última mano a su riego. Después, dejó el jarro mojado sobre un diván de terciopelo amarillo azufre, un color indicadísimo para toda clase de manchas, y en el que Chanito había experimentado sucesivamente, el poder colorante de la mermelada de fresa, de los polvos de dientes que usaba su mamá, y del carbón de encina.

Lleno de tranquilidad, porque sabía que su ama no tardaría en hallar el medio de evitarle los azotes tan temidos, se dedicó a jugar al «guá»—un juego poco elegante, pero que le entusiasmaba—, con tres bolas de cristal arrancadas de la araña veneciana del gabinete, mientras el ama torturaba su imaginación galaica para hallar una excusa verosímil a la humedad que convertía los cuatro sombreros en cuatro bizcochos borrachos, con floripondios.

—Pero ¿por qué eres así, Chanito?—gimió la nodriza, derrumbada sobre una silla, con el aspecto de una persona abrumada por todas las calamidades.

Chanito se dignó interrumpir un momento interesante del juego, para responder:

—Ayer dijo papá en la mesa que todo hombre debe ser libre, y tener un oficio. Yo quiero ser jardinero, como tu marido, y quiero ser libre...

—¿Y tú sabes qué es eso de ser libre?—dijo el ama, asustada de la sabiduría del nene.

—Pues ser libre. es hacer siempre todo lo que

le dé a uno la gana—dijo Chanito, lleno de convicción.

—Lo malo es—dijo el ama, lanzándose, a pesar suyo, a una discusión filosófica—, lo malo es que como tu papá es más libre que tú, te dará unos buenos azotes, si le da la gana... En fin, si me prometes no volver a ser malo, pondré los sombreros cerca de la ventana abierta, y diremos que ha sido la lluvia quien los ha mojado.

—Eso—dijo Salustiano—, y veremos a ver cómo se las arregla papá para dar de azotes a la lluvia.

Y después de preparar la mentira salvadora del modo más verosímil posible, el ama y Chanito huyeron hacia la «leonera».

A los pocos minutos, se hubiera jurado que la susodicha «leonera», con leones y todo, se había trasladado al salón. Se oían los gritos agudos de la mamá de Chanito, las voces graves del papá, y los

chillidos ratoniles de tía Clorinda. Todo lo cual produjo intenso regocijo al infame nene, y un terror milenario a la nodriza, que gemía, con la cabeza dentro de un saco de viaje.

—¡Estas criadas!—chillaba la mamá—. ¡Todas son lo mismo! ¡Ahora han discurrido dejar abiertas las ventanas, con esta lluvia, para que se estropeen mis sombreros! Esto debe ser cosa de las de Torreznillo, las vecinas de abajo, que habrán sobornado a la servidumbre para que no pueda yo lucir como es debido.

—A mí—dijo la agria tía Clorinda, que era más molesta que una peluca en verano—, esto me huele a cosa de Chanito, y por si acaso, le daría unos cuantos cachetes bien dados...

Se oyó la voz del papá, que tenía debilidad por su perverso retoño:

—Pero Clorinda, no seas injusta... Chanito no ha entrado para nada en la sala. Toda la mañana le he oído jugar en su cuarto. La culpa es de la lluvia, y sobre todo, de quien haya dejado las ventanas abiertas.

—Es que ese niño—dijo la tía—es malísimo, y no hace más que lo que le da la gana. Yo le metería en un colegio. Está demasiado libre, y si sigue así, será un beduíno, un bolchevique... ¡Miedo me da pensarlo! Este niño puede llegar a ser un Lenín, un oprobio de la sociedad. Y la culpa es tuya, Gundemaro. En la mesa siempre estás hablando de que el hombre debe ser libre, y el niño, que es listísimo, porque en eso es mi vivo retrato, lo oye, y lo interpreta a su modo...

—Tomas las cosas demasiado a pecho, Clorinda—dijo el padre— Chanito es un chico como todos, revoltoso, insolente, pero nada más. En cuanto a lo de ser libre, cuando llegue el caso, yo

le explicaré en qué consiste. Por ahora, es demasiado pequeño.

—¿Qué te parece, ama?—dijo el nene—. Papá me da la razón; pero mamá y tía no se convencen. Pues por lo pronto, esta noche pienso cortar las crines de un cepillo dentro de la cama de tía, y pintarla de verde la peluca, para que aprenda a vivir...

Y después de esta incongruencia, y aprovechando que ya no llovía, Chanito se lanzó al jardín.

Una vez en él, se dedicó a varias ocupaciones deportivas, como la caza de la gallina con revólver de «fulminantes», el «golf» a través de los macizos, con un pisapapeles y el bastón bueno de papá, y las regatas en el estanque usando como balandros los chanclos de toda la familia. Pero después, cansado de idear diabluras, se sentó debajo de un almendro en flor, y se dedicó a reflexionar sobre lo que había oído decir a su padre.

El resultado de su meditación fué que Chanito se levantó, y dirigiéndose al despacho paterno, se propuso hacer una «interview» a Don Gundemaro sobre la libertad individual. De modo que, acomodándose sin hacer ruido en un sillón, sin que su padre se diese cuenta de su llegada, exclamó:

—Oye, papá...

—¿Qué te pasa, Chanito?—dijo don Gundemaro, contemplando con visible complacencia a su travieso vástago, y dejando su lectura.

—Quiero preguntarte una cosa...—dijo el nene—. ¿A qué edad puede uno hacer todo lo que le dé la gana?

Como siempre que a una persona mayor se le hace una pregunta de semejante calibre, don Gundemaro se fué por la tangente, y respondió:

—Mira, nene. No seas impertinente. Esas cosas no se preguntan.

—¿Tú no haces siempre lo que te da la gana?—insistió el irrespetuoso nene.

Don Gundemaro levantó los ojos al cielo, con una expresión digna de un mártir arrojado a las fieras:

—¡Ni muchísimo menos! Antes que mi opinión está la de mi jefe de negociado, la de tu madre, la del casero...

Y se enjugó una lágrima con la esponja de mojar los sellos, lo que le produjo un encogimiento del párpado superior, bastante jocoso.

—Entonces—prosiguió Chanito—, ¿cuándo puede hacer uno todo lo que quiere?

—Nunca—dijo el padre—. Nadie, ni nada, es perfectamente libre en este mundo.

—Pues yo quiero ser libre, como el aire, como el agua, como el fuego—dijo Salustiano, dejándose caer al suelo—. A esos nadie puede mandarlos, ¿verdad?

El padre, ya cansado de tanta pregunta, cortó la discusión:

—Mira, Chanito... Eso pregúntaselo a ellos mismos, y con lo que te contesten vienes a decírmelo. Y mientras tanto, me dejas en paz, si no quieres que te dé un capón.

—Bueno—dijo Chanito—. Pues eso haré, y veremos a ver si no llego a conseguir lo que quiero...

Y se marchó en busca de su ama, para desarrollar el atrevido plan que acababa de discurrir.

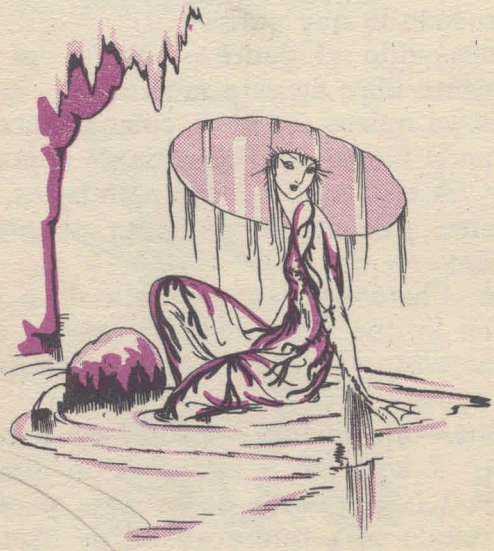
II

La nodriza submarina.

SI continuáseis teniendo la suerte de conocer al intrépido Chanito, hubieseis podido admirarle desplegando todas sus dotes de seducción para convencer a su ama de que debían emprender una ex-

cursión por el fondo del mar, para preguntar su opinión a la Princesa de las Aguas, y empezar así la serie de sus proezas.

—¿Pero no comprendes que nos vamos a ahogar? —gemía la nodriza, sentada sobre las rocas de la playa, con la misma cara de perplejidad de una merluza fuera del agua, y ataviada con un impermeable, unas gafas de automóvil y unas botas de montar.



—Ama, eres más tonta y más absurda que una partida de bolos entre mancos de los dos brazos... Comprenderás que, con todo lo que te he puesto, no es fácil que te mojes. Y en cuanto a ahogarte, he inventado un aparato estupendo.

Y exhibió orgulloso un larguísimo tubo de goma, con unos corchos a la punta. El ama abrió unos ojos del tamaño de platos de postre, y el nene siguió:

—Te metes este tubo en la boca, y como los corchos lo mantienen flotante, respiras el aire de la superficie. Las narices y los oídos te los tapas con un poco de cera, para que no te entre agua. De modo que ya ves que la cosa no tiene malicia. En cuanto a mí, no necesito preparativos, porque no puedo ahogarme.

—¿Cómo es eso?—dijo la nodriza, estupefacta.

—Primero, porque tengo un secreto, que si lo dijera, ya no sería secreto—dijo Chanito—. Y luego que si me ahogase en el primer capítulo del cuento, no podría contar mis aventuras, y la historia terminaría trágicamente, cosa prohibida en los Cuentos de Calleja... De modo que no lo pienses más, y dame la mano, no sea que me pierda por los paseos submarinos.

Y cogiéndola de la mano fuertemente, echó a correr hacia delante, arrastrando al ama mar adentro.

III

El Palacio de las Medusas.

DESPUES de una larga caminata bajo el agua, en una claridad verdosa, iluminada a veces vivamente por los destellos de los grandes peces de ojos redondos y aletas espinosas, Chanito y su ama se internaron por un túnel oscurísimo, en el que pululaban enormes cangrejos, pulpos viscosos y extrañas bestias submarinas. Los viajeros iban todo lo de prisa compatible con la presión del agua, y por fin, después de horas y horas de aquella caminata de pesadilla, vieron a lo lejos una luz, azulada primero, después violeta, luego verdosa, como las piedras del broche que tía Clorinda se ponía los domingos.

Fueron hacia ella, y desembocaron, después de subir una interminable escalera de caracol, en una maravillosa terraza, *sobre el mar*.

—¡Uf!—suspiró la nodriza, dejando caer el tubo de goma—. Creí que no íbamos a llegar nunca... Resulta más cómodo el Metro. Y además, he perdido el paraguas.

—Eso no tiene importancia—dijo Chanito—. Lo esencial es que demos con el paradero de la Princesa de las Aguas...

Una triple carcajada cristalina, como el rumor de los surtidores del jardín, respondió a Chanito.

El nene y su ama se volvieron, asombrados, y vieron, en un charco de agua azulada, a tres extrañas criaturas.

Casi invisibles, de puro transparentes, y flexibles como algas, con cabelleras verde mar, y enormes sombreros de un rosa casi malva, que parecían inmensas flores de un solo pétalo, jugueteaban en el agua con collares de perlas irisadas y raras conchas de nácar erizadas de cuernos. Eran tres medusas, que, sin amedrentarse ante el aspecto heroico del ama y de su nene, se reían de ellos tranquilamente.

—¿Has visto gente más rara, Cunegunda?—dijo la mayor de ellas, acariciando contra su regazo a una sardina, con un lacito rosa al cuello, como si fuese un perrito faldero—. Este mocoso pregunta por la Princesa de las Aguas, como si sólo se encontrase en el fondo del mar. Y para eso se han dado ese paseo, con la humedad que hace...

—No me hables, Pingoberta—dijo la otra, secando sus cabellos al sol—. En esta época de submarinos y de trucos, no sabe una nunca las cosas raras que ha de ver. No está una tranquila ni en su casa. El otro día, un empresario de circo, que me vió

cuando me bañaba en la playa Encantada, me ofreció doscientas pesetas al mes, y un beneficio figurado, por exhibirme en su barraca.

—El caso es—dijo Sindulfa, la más joven—que aquí, la señora y el niño, no tenían necesidad de molestarse para ver a la Princesa de las Aguas, que, seguramente, hubiese acudido a su casa en cuanto se lo hubiesen indicado.

—Tiene razón ese bicho—dijo el ama—. ¡Mira que no habérsenos ocurrido antes de lanzarnos en estas aventuras! Todo lo que voy a salir ganando es ponerme peor del reuma que tengo en la pierna derecha.

—Pues yo no siento haber venido—dijo Chanito—, y lo único que siento es no haberme traído mi Kodak para sacar unas cuantas fotos y que viesen mis amigos que no son ellos solos los que viajan.

La mayor de las medusas, irguiéndose sobre su cola transparente, exclamó:

—Oigo ruido... Creo que viene ya la Princesa de las Aguas, porque empieza a subir la marea.

—¿Oyes?—dijo la nodriza—. Va a ser cosa de subirnos en una roca, no sea que nos demos el segundo baño.

Y así lo hicieron, muy a tiempo, porque el oleaje, rugiente y espumoso, invadía la gruta azul, que con el reflejo de las aguas se volvía resplandeciente. Se oía el ronco sonido de los caracoles marinos, en los que soplaban extraños seres de ojos de pez y cabelleras azules, y los vuelos de los pájaros marinos parecían agitar en el aire banderolas triunfales.

Chanito estaba maravillado, y el ama, tan absorta, que no notaba la descarada invasión de los cangrejos, que, tomándola sin duda por una roca, ascendían por su impermeable.

Crecía el resplandor y el rumor de las aguas, en las que se agitaban innumerables medusas fos-

forescentes, peces de oro, de plata y de coral rosa, y raras plantas submarinas, anémonas de mar, holoturias, estrellas, llevadas en guirnaldas por las verdes olas, que danzaban en corro alrededor de la Princesa de las Aguas, que, en su forma marina, apareció ante sus visitantes deslumbrados.

La Princesa era de una belleza tan extraordinaria, que nada puede dar idea exacta de ella; sus ojos reflejaban el sol, y toda ella parecía centellear como un torrente a la luz de la luna. Llevaba un casco hecho de un caracol de rosa, adornado de enormes perlas, y su traje estaba hecho de aletas de peces japoneses, de un delicado matiz naranja y rosa con reflejos de plata. Al ver a Chanito y su nodriza, se encolerizó mucho, y su bello rostro se crispó de terror. Hizo un movimiento como para huir, pero luego reflexionó que el miedo era indigno de una Princesa tan poderosa, y volviéndose a su primer ministro, que era—como suele ocurrir a menudo—una especie de serpentón con una cara muy desagradable, y las peores intenciones del mundo, le dijo:

—¿Quiénes son esos dos humanos, que tienen el atrevimiento de venir a mi palacio? Te ordeno que los devores, sin perder momento.

Ya iba a obedecer el monstruo, que se acercaba con una rapidez vertiginosa al pobre Chanito, sin dejarse intimidar por los insultos del ama, cuando una de las medusas, compadecida, dijo a la Princesa:

—Señora, permitidme que os diga que este niño, y el monstruo desconocido que le acompaña, no vienen aquí con malas intenciones, sino con el propósito de haceros una «interview»... Tal vez traigan luego su retrato los periódicos, como hacen con los reyes de la tierra.

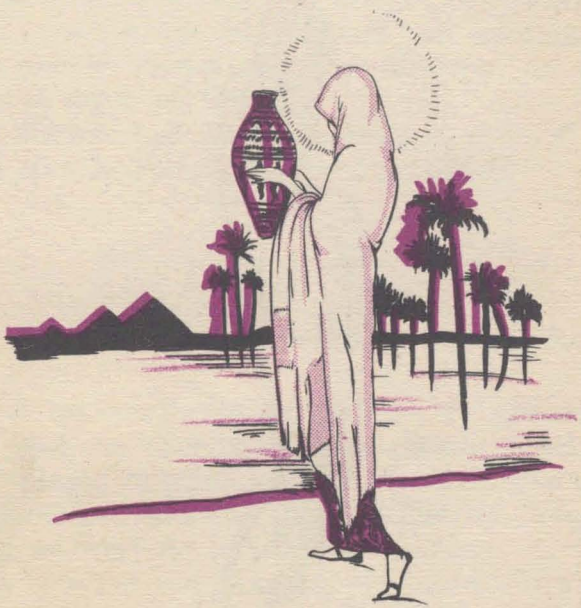
La Princesa se tranquilizó como por encanto, e hizo una seña a su primer ministro, que volvió a su lado gruñendo:

—El caso es—dijo la Princesa, sonriendo llena de amabilidad, y desplegando con coquetería su espléndido abanico de aletas de ciprino—que me han

pillado ustedes sin vestir... Pero en fin, ya que se han molestado... Siéntense ustedes, y pregunten lo que quieran.

La medusa murmuró al oído de las otras dos:

—¿Pues no dice que no se ha vestido, y lleva el traje de gala que ha copiado de aquella revista francesa que se dejó olvidada una bañista en la playa? Por cierto, que es un arreglito del año pasado.



Chanito, lleno de satisfacción al ver que la Dama de las Aguas se dignaba escucharle, se sentó sobre las rodillas de su ama, y dijo:

—Señora Princesa... Yo soy un niño que quiere ser libre, y mi papá dice que no me deja serlo porque no hay nadie, ni nada, que lo sea. Yo le he contestado que nadie manda sobre el agua, el fuego, el aire y la tierra... Y él me ha dicho que se lo pre-

gunte a ustedes mismos, y le lleve la contestación. Por eso he venido en busca de usted.

La bella Princesa, muy complacida de la pregunta, porque la permitía decir en público ciertas cosas que ella creía de utilidad, sonrió.

—Pero para eso no hacía falta que te hubieses molestado en hacer un viaje tan peligroso, aunque

veo que venías muy bien custodiado por ese hermoso tiburón.

—Es mi nodriza Teodulfa—dijo Chanito.

—Pues ella podía haberte dicho que con sólo abrir un grifo de un lavabo, hubiese acudido en seguida.

—O no—dijo la nodriza, para vengarse de lo de

tiburón— Porque cuando más falta hace, no viene usted, o viene tan sucia que no hay quien pueda verla...

—Cállate, ama—dijo Chanito—. Nadie te ha preguntado nada. La señora Princesa no tiene la culpa de que los caminos estén en mal estado...

—¡Ya la daría yo a usted viajar con un traje blanco y plata por dentro de un tubo lleno de barro!—dijo la Princesa—. En fin, tengo poco tiempo que perder, porque mis ocupaciones son enormes... De modo que si quieres saber mi historia, así podrás juzgar si soy o no libre.

Y, con voz tan suave y armoniosa como el rumor de las olas, la Princesa empezó su relato:

IV

Historia de la Princesa de las Aguas.

EN los comienzos del mundo, yo era tan libre, que me aburría de estar echada al sol, en las playas vírgenes, jugando con mi cabellera, o deslizándome por las rocas, entre las hierbas. Porque uno de los secretos de la felicidad consiste en que los demás puedan admirarnos, y hasta envidiarnos. Pero entonces yo no tenía más visitas que los ictiosaurios, los plesiosaurios y los mamuts.

—¿Y eso, qué es?—dijo el ama, sorprendida.

—Unos animalotes bastante feos y muy molestos que no hacían más que pelearse y ensuciar mis vestiduras. Animales antediluvianos.

—¡Ah, sí!—dijo Chanito—. De la época de los trajes de tía Clorinda, según dice mamá...

—Yo era inútil y libre—respondió la Princesa, siguiendo su relato—, y me aburría durante largos

siglos. Hasta que un día de verano, en el que yo dormitaba entre las espadañas, llegaron ante mí el primer hombre y la primera mujer...

—¿Adán y Eva?—preguntó Chanito, muy satisfecho de mostrar sus conocimientos históricos—. ¿Y cómo eran?

—Al principio me parecieron dos monstruos—dijo la Princesa—; tan negros estaban de sudor y de polvo, cubiertos de pieles de animales salvajes, y apoyados en enormes troncos de árboles. Al verme, se arrojaron al suelo, y me adoraron en silencio. Luego, bebieron largamente, como bestias sedientas... Con su voz dulce, Eva suspiró: «¡Qué hermosa es el agua! ¡Bendita sea!» Desde entonces, me han dicho las gentes mil frases amables, y hasta me han dedicado libros, poemas y cuadros, no siempre buenos... Pero puedo jurarte que nunca un elogio me ha conmovido tanto, como no sea cuando la Virgen María, huyendo con el divino Niño hacia el país de las Esfinges, me halló en su camino en el desierto, y me bendijo, con su voz más dulce que la mía...

Calló un momento el Agua, conmovida por el recuerdo glorioso, y luego prosiguió:

—Cuando Adán y Eva hubieron bebido, sintieron la necesidad de bañarse. Yo les serví como una esclava sumisa, contenta de ser útil por la primera vez en mi vida, devolviéndoles la juventud, la belleza y la fuerza. Y desde entonces, fuí la fiel servidora de los hombres, accediendo a todos sus deseos. Llevé en mis brazos sus barcos, desde los primitivos, que eran un leño hueco, hasta los modernos submarinos. Les conduje a lejanos países, de donde trajeron tesoros y materias preciosas. Les ayudé en mil industrias, que sin mí no podrían existir.

Llevaba un casco hecho de un caracol de rosa...

Tomando un tono más confidencial, la Princesa añadió:

—No te ocultaré que, a veces, mi trabajo es rudo, desagradable, oscuro... Pero luego, los resultados me recompensan del esfuerzo. ¡Estoy tan contenta cuando veo que, gracias a mí, los campos se fertilizan, los árboles ofrecen frutas maravillosas, y las flores perfuman el aire! Gracias a mí, los hombres son dueños del vasto mundo, en vez de permanecer en manadas salvajes en el país que les vió nacer. Por mí tenéis la luz eléctrica, el vapor, los dos prodigiosos inventos de tu siglo, por los que el hombre se acerca al nivel de lo Inconquistable...

Viendo que Chanito, un poco aburrido ya del largo discurso, se dedicaba a sacar la lengua al primer ministro, y que la nodriza se había dedicado a la recolección de percebes, recordando su tierna infancia, la Princesa concluyó:

—En fin, querido niño, puedo decirte que ahora, llegada ya a la cumbre de la celebridad, y dueña de los destinos del mundo, me siento orgullosa de haber conquistado este sitio por mi trabajo, en vez de malgastar el tiempo inútilmente jugueteando al sol, o corriendo por las peñas como una loca, hasta terminar evaporada en niebla, o en nubes tempestuosas y dañinas... Puedes creerme: *la verdadera libertad está en el trabajo consciente y remunerador.*

Y habiendo emitido esta grave idea, sin duda alguna tomada de algún artículo de periódico, la Dama de las Aguas se levantó, dando por terminada la entrevista, y añadiendo:

—Puedes decir también, cuando publiques mis confidencias, que lo único que me molesta es la manía de las gentes de compararme con toda clase

de cosas disparatadas. Ni rujo como los leones, ni me retuerzo como las bayaderas, ni me visto de encajes sutiles, ni soy pérfida, ni nada de eso... Tengo, a Dios gracias, la pretensión de ser bastante original. Puedes también decir que me gusta mucho

que los niños jueguen conmigo. Y vete ya, porque tengo muchísimas cosas urgentes que hacer.

Y después de regalar a Chanito un puñado de perlas, gruesas como avellanas, la Princesa se alejó, seguida de su corte.

La gruta quedó silenciosa, en el esplendor del sol del mediodía. Hacía calor, y el nene propuso a su nodriza:

—Oye, ama; puesto que hace demasiado sol para volver a casa, podíamos aprovechar el tiempo e ir a ver a la Princesa de la Tierra... Ya ves que nuestro primer intento ha salido muy bien.

El ama protestó:

—¡De ninguna manera! Ahora mismo nos volvemos a casa. ¡Bonito se pondría tu papá si llega la hora de almorzar y no estás en la mesa! Bastante tiempo hemos perdido charlando con esa señora vestida de salmonete...

—Ama, no seas pesada—dijo Chanito—. Vamos al fondo de la tierra. Lo que no sé es por dónde entraremos, porque como estás tan gorda...

Y buscó en torno suyo, por las paredes de la gruta, alguna hendidura por la que pudiesen emprender su excursión subterránea. Pero las paredes, lisas y verdes, no ofrecían el menor resquicio. Y ante la puerta de la gruta se extendía la inmensa playa dorada, sin el menor asomo de pozo ni de caverna. Chanito vaciló un momento ante la idea de andar kilómetros y kilómetros bajo el sol agobiante, y sus ojos inquietos miraban a todas partes en busca de una solución, cuando de pronto vió a un ratoncillo blanco, que, silencioso y furtivo, se deslizaba entre las rocas.

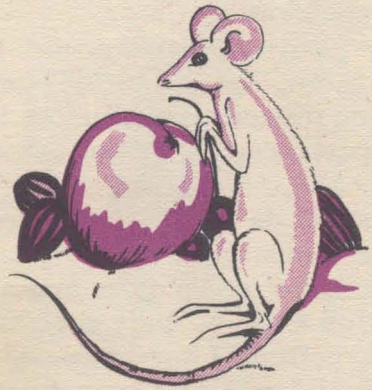
—¡Ya está!—dijo el niño—. Ese ratón nos conducirá adonde queremos ir... Sígueme, ama.

Y sin hacer caso de sus lamentaciones, se lanzó detrás del ratoncillo, que corría como una flecha.

V

El ratón, los diamantes y el grano de trigo.

COMO si el ratón blanco fuese un entrenador de esos que se usan en las carreras de motocicletas—, y en general, en toda clase de carreras deportivas—, atravesó la playa en sentido diagonal, y fué a internarse en un bosque de pinos, que se extendía junto a la playa. Corría y corría, y ya Chanito empezaba a cansarse—no hablemos del ama, que parecía una cuba del riego con impermeable—, cuando



el ratón, extenuado, se detuvo, hincándose de rodillas, y dijo con voz humana:

—¡Por Dios, no me mates! Me doy por vencido, y si no me haces mal alguno, te llevaré a la cámara de los tesoros, para que elijas el que más te plazca.

—No he pensado nunca en hacerte daño—dijo cortésmente Chanito—. Yo nunca he hecho daño a los animales, y menos a ti, que sabes hablar tan bien... Te hemos seguido, únicamente porque quiero ir al centro de la tierra, y supuse que tú sabrías el camino.

—¿Y para qué quieres ir al centro de la tierra?—dijo el ratón.

—Para hablar con la Princesa—dijo el niño.

En esto llegó el ama, jadeante y sudorosa, y al ver al ratón, comenzó a lanzar chillidos de foca, y a subirse por las piedras, con las faldas recogidas y los ojos fuera de las órbitas.

—¿Qué le pasa a esa señora?—dijo el ratoncito—. Me parece ridícula la manía de las mujeres de asustarse de nosotros, que somos pequeños e inofensivos. Es un miedo tonto.

Pero el ama seguía gritando:

—¡Jesús, qué asco de ratones! ¡Si lo llego a saber, me traigo a «Belmonte»!...

—Por lo visto, me ha tomado por un Miura—pensó el ratón, ignorante de que «Belmonte» era el gato de Chanito, y dándose ante sí mismo no poca importancia. Y luego, en voz alta, exclamó:

—¿Qué es eso de asco? Sepa usted, señora, que soy el primer ministro de la Princesa de la Tierra.

—Estas criadas no acaban nunca de distinguir a la gente—dijo Chanito, muy diplomático, para no ofender a un personaje tan poderoso—. Dispénsela usted, y haga el favor de acompañarnos a ver a Su Alteza.

—Te llevaré—dijo el ratón—si en la cámara de los tesoros eres capaz de decirme cuál es el tesoro más grande de la Tierra.

—Eso debe ser cosa muy fácil—dijo el chico—. Vamos en seguida.

—Si te parece, dejaremos aquí a tu nodriza—dijo el ratón, que era rencoroso—. Bajo tierra viven muchos ratones, topos, gusanos y otros bichos, que podrían asustarse al verla.

—No—dijo Chanito— Papá ha prohibido que yo

salga sin mi ama. De modo que dinos por dónde podremos pasar.

Entonces el ratón les condujo a la entrada de una caverna, muy bien disimulada con zarzas y ramas secas, y cogiendo en su hocico un trozo de madera podrida, que alumbraba en la oscuridad, les guió por un subterráneo larguísimo y oscuro, en el que olía a setas, a ratones y a humedad, como en la cueva de casa de Chanito. Y después de muchas

vueltas y revueltas, llegaron a una cámara redonda, iluminada por un farol verdoso como un gusano de luz, y en la que se veían amontonados, sacos, cestos y cofres de todos los tamaños.

De las paredes pendían guirnaldas de frutos secos, y de pimientos arrugados, y en los ángulos, se amontonaban las manzanas, las patatas, el trigo, la cebada, la avena, y, en fin, toda clase de cereales, de legumbres y de semillas.

El ama levantó los brazos al cielo:

—¡Si ya lo decía yo! Estos diablos de ratones todo lo roban, y acabarán con todas las cosechas. ¡Si no debían dejar el rabo de uno!

El ratón alzó los hombres, despreciativamente, y dirigióse al niño:

—Ya estamos en el tesoro de la Princesa de la Tierra. Aquí verás todo lo que ella produce, vegetales y minerales. Míralo todo, abre los cofres, los sacos y los cestos, reflexiona bien, y dime luego cuál es el más preciado de los tesoros.

El niño y su nodriza empezaron la tarea. Y desdeñando las humildes riquezas vegetales, que parecían valer tan poco, fueron derechos a las arcas en donde se amontonaba el fuego pálido, ardiente o misterioso de los diamantes, los rubíes, las esmeraldas, los ópalos, los zafiros...

—¡Qué riqueza!—gritaba el ama, adornándose con un maravilloso hilo de brillantes, que la sentaba como un miriñaque a una vaca—. Con esto ya no tengo que trabajar más. Nene, coge todo lo que puedas, para llevárselo a tu mamá...

Y daba saltos de júbilo, cubierta de pedrerías que hacían un efecto muy raro sobre su impermeable.

Pero Chanito era demasiado joven para apreciar la seducción de lo que, para él, eran sólo cristales de colores, buenos todo lo más, para jugar a las bolas, y seguía curioseándolo todo, sin decidirse. Y así, llegó delante de un montón de trigo, tan dorado y tan limpio, que parecía de oro.

—¿Qué es esto tan bonito?—dijo el nene, cogiendo un puñado, y divirtiéndose en dejarlo deslizarse entre sus dedos.

—Es trigo—dijo el ratón blanco, disimulando una sonrisa maliciosa—. Pero déjalo. Eso no vale nada.

—Pues yo quiero un puñadito para sembrarlo en

mi jardín, y cuando salga jugar a los segadores con mis primos.

—¿De veras lo quieres?—dijo el primer ministro—. Pues bien; sin querer, has acertado con el mayor tesoro de la Tierra.

—¿No le da a usted vergüenza engañar así a un chiquillo?—dijo el ama, furiosa—. Esto lo dice usted para que no se lleve sus riquezas, que sabe Dios de dónde habrán venido... ¡Ay, como estuviese por aquí mi primo Sinforiano, que es guardia!

—Cállate, ama. Cuando el señor Ratón lo dice, verdad será—dijo el nene—. Pero le agradecería que me explicase por qué el trigo es la mayor riqueza.

—La misma Princesa te lo explicará—dijo el ministro ratonil—. Aquí llega, con su corte.

Y entró, en efecto, precedida de una fila de duendes, de gnomos, de ratones, de topos, de erizos, y de otros bichos, la Princesa de la Tierra, con espléndidas vestiduras forradas de pieles, y tan bella por lo menos como la Princesa de las Aguas, con su cabellera de color de trigo, y su rostro sonrosado como una manzana.

Al ver al niño y a su nodriza, se sobresaltó, e hizo ademán de huir; pero el ratón blanco la explicó de lo que se trataba, y la Princesa, tranquilizada, se sentó en un banco de madera, rodeada de todos sus súbditos.

—Puesto que eres un niño tan inteligente, y has sabido adivinar el enigma que te proponía mi primer ministro—dijo la Princesa—, voy a complacerte y a contarte mi historia, por si puede serte útil:

VI

Historia de la Princesa de la Tierra.

SOY más joven que mi hermana el Agua—dijo la Princesa, con disculpable coquetería—, aunque no lo parezca, porque ella es más alegre que yo, y se viste casi siempre de colores claros que favorecen... Pero ella existía ya, en forma de nebulosa y de vapor, cuando yo surgí de la Nada, coronada de extrañas flores que inútilmente buscarías ahora. Entonces era libre, querido niño, y puedo decirte que nunca he valido tan poco, ni me han mirado menos. Indiferentes a mí, las tribus salvajes recorrían llanuras y montañas, cazando animales feroces y aves de enormes alas de murciélago. Y ya se atrevían también a arrojarse en los brazos de mi hermana el Agua, y a aceptar sus regalos de peces y de conchas. Pero yo permanecía inmóvil, muda e indiferente. A veces, sacudida por extrañas cóleras, me retorcía rugiente, destrozando mis vestiduras, y sepultando entre sus pliegues tribus, rebaños y chozas...

—Eso se llaman terremotos—dijo la nodriza—. En mi pueblo hubo uno terrible; la tierra se abrió, y se tragó a tres verduleras y un guardia municipal, y hubo que sacarlos en cubos. Y luego contaban que allá dentro se veían unos diablos feísimos, con cuernos colorados...

Chanito, para hacerla callar, la pellizcó, disimuladamente, y la Princesa continuó:

—En aquel tiempo, yo no estaba cultivada, como ahora. Apenas sabía producir frutos amargos, o agrios, hierbas venenosas y flores que tenían aspecto de reptiles, o de llagas malignas. Pero, poco a poco, la paciencia de los hombres me fué conquistando,

y suavizando mi carácter rudo... y consentí en revelarles mis secretos, las riquezas que ocultaba celosamente dentro de grandes cofres de roca viva, los metales oscuros, pero útiles, y las semillas que habían de nutrirlos. Y, por último, el trigo, que es el mayor tesoro que tengo, porque él es el pan, el pan que da a la humanidad el alimento del cuerpo y del alma.

—¡Bah!—dijo el ama—. En mi pueblo hacen un pan de maíz, que le llaman borona...

—Ya lo sé—dijo la Tierra, algo molesta por las interrupciones del ama—. Y los chinos no comen pan, sino arroz, y en muchos sitios no saben lo que es el trigo... Pero estoy hablando en sentido general, y además, el arroz y el maíz, también son tesoros revelados por mí. Y en todo caso, no va usted a comparar la producción de trigo con...

—¡Pero no va usted a ponerse a discutir con el ama, señora Princesa!—dijo Chanito—. En primer

lugar, que no entiende de nada, y luego, en casa la tienen prohibido meterse en las conversaciones de las visitas.

—En fin—dijo la Tierra—. Para abreviar, te diré que, poco a poco, fuí entregando todas mis riquezas, al ver que los hombres me amaban y me veneraban como a su propia madre, cuidándome, y luchando por mí. Y puedo decirte que estoy orgullosa de haber conquistado para siempre un amor tan puro a cambio de trabajo y de bondad.

—¿Y de veras no siente usted haber perdido su libertad?—dijo Chanito.

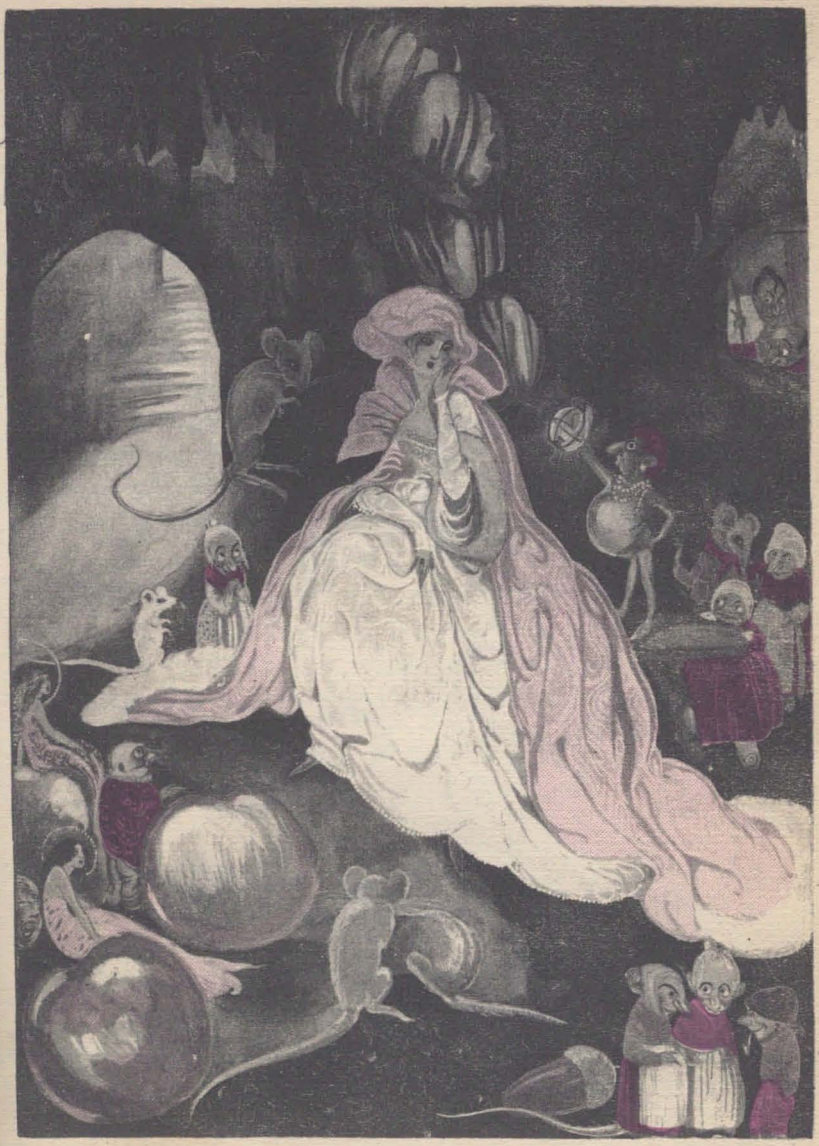
—Nunca me he sentido tan libre como ahora—dijo la Princesa—. No tengo tiempo de explicarte mejor mi vida. Pero cuando vuelvas a casa de tu padre, vete a su biblioteca, y coge la Geografía, la Agricultura, la Historia, la Geología, y allí podrás conocerme y amarme como es tu deber... Y antes de dejarte, te diré una cosa que no debes olvidar nunca: *la libertad de los hombres depende únicamente de la libertad de la Tierra.*

Y después de besar en la frente a Chanito, la Princesa se alejó, seguida de su corte.

—Supongo que estarás satisfecho—dijo el ratón blanco al niño—. Has conseguido, gracias a tu talento natural, lo que pocos niños de tu edad consiguen... Y ahora, para que puedas continuar tu aventura, te conduciré de nuevo al pinar, y desde allí sigues el camino que quieras.

Y volviendo a desandar el laberinto de galerías, el primer ministro llevó al ama y al niño al pinar, ya invadido por la sombra azul del anochecer.

—Antes de despedirme de usted—dijo Chanito—, quisiera pedirle un favor. Y en cambio de él, cuando vaya usted por mi casa, encerraré al gato, y le obsequiaré a usted con cortezas de tocino y pedacitos de



Y entró, en efecto, precedida de una fila de duendes...

queso. Dígame usted, dónde podría hablar con la Princesa del Fuego.

El ratón blanco respondió:

—Nada más sencillo. No tienes más que andar un poco. En la linde del pinar encontrarás los restos de una hoguera que han abandonado unos carboneros. Arroja en ella estas astillas y este puñado de avellanas y de bellotas. La Princesa del Fuego, a quien gustan mucho, acudirá en seguida y podrás hablar con ella. Pero ten mucho cuidado, querido niño. Aunque parece bondadosa y alegre, es muy traidora, y amiga de hacer daño. No se puede uno fiar de ella. Puedo decirte que por acercarme a ella demasiado una noche de invierno que me invitó a sentarme junto a ella, me chamusqué los bigotes y la cola.

El niño dió las gracias al ratón por sus amables consejos, y después de coger las avellanas y las bellotas, se despidió tiernamente del primer ministro, abrazándole y besándole, a pesar de los gritos horrorizados de la nodriza.

VII

Las avellanas en la hoguera.

AL cabo de algún tiempo de andar entre los pinos, encontraron el rescoldo que les indicara el ratón, y, como empezaba a hacer frío, se sentaron junto a él, tendiendo sus manos sobre las cenizas, aún ardientes. El ama bostezó, y propuso:

Podíamos comernos las avellanas, en vez de quemarlas. No veo la diversión de charlar con estas mujeres, que no hacen sino decir discursos, como

los que lee tu papá en la mesa... Yo tengo un hambre horrorosa.

—Ama, no seas trivial—dijo Chanito—. Ya comeremos en casa. Yo necesito saber si hay algo en el mundo que sea perfectamente libre, para que papá me deje hacer lo que me dé la gana. Y yo creo que el fuego lo es, porque no creo que nadie haya logrado domarle.

Y diciendo así, arrojó las avellanas en el rescoldo.

¡Oh, maravilla de las maravillas! Apenas tocaron las cenizas ardientes, las bellotas y las avellanas saltaron, chascaron y empezaron a bailar y a dar cabriolas, de la manera más alegre del mundo. Y como si hubiese sido un conjuro, de entre las brasas salieron infinidad de pequeños seres, de extrañas formas y vestimenta, que cogiéndose de las manos, empezaron a bailar alegremente, en torno de la hoguera que parecía reanimarse. Chanito

y el ama estaban atónitos, viendo la extraña danza de los duendes y de las bellotas y avellanas, que habían adquirido aspecto humano, y se reían de ver aquellos seres, con picos de pájaro, con cabezas de rana, o de oruga, vestidos de rojo, de escarlata, de púrpura, y que bailaban y bailaban sin cesar.

—Pero ninguno de ellos es la Princesa del Fuego— dijo Chanito, desconsolado.

Pero en esto recordó que no había quemado las astillas, y las arrojó en el rescoldo.

La danza fantástica prosiguió de un modo aún más delirante, y hasta las hojas secas tomaron parte en ella, y de pronto, en un remolino altísimo de llamas y de chispas, apareció la Princesa del Fuego, vestida de oro, de luz y de nubes grises de humo, y tan deslumbradoramente bella, que para verla, era necesario ponerse las manos ante los ojos.

La Princesa bailó también, retorciéndose como una serpiente de oro, y envolviéndose en sus velos grises y azules. Todo el pinar estaba iluminado intensamente, y en verdad, era un espectáculo inolvidable. Pero de pronto, un duende, vestido de rojo y con pies de sapo, divisó en la sombra a Chanito y su nodriza, y dió un grito de alarma, que hizo cesar la danza:

—¡Estamos perdidos! Alguien de la raza de los hombres nos acecha en la oscuridad...

Fué preciso que el ama, cogiendo en brazos al niño, lo arrebatase lejos del círculo encantado, porque la perversa Princesa, en un giro, extendió la cola de llamas de su vestido, para abrasarlos, consiguiendo sólo chamuscar la punta de la nariz del ama, que comenzó a lanzar tales rugidos, que hubiérais creído que el pinar estaba poblado de leones hambrientos.

—¡Bribona, incendiaria!—chillaba—. ¡Ya verás, cuando te coja en la cocina de casa cómo te voy a dar con el gancho! ¡Ya verás qué jarro de agua te voy a echar, por haberme quemado las narices!

La Princesa se rió, y la arrojó un carbón encendido; Chanito, viendo que las cosas llevaban mal camino, cogió un brazado de ramas, y lo arrojó a la hoguera, como ofrenda a la Princesa del Fuego, que se volvió aún más bella y deslumbradora; y agradecida, comenzó de nuevo a bailar y cantar. Por fin, apaciguada, y envuelta en sus velos grises de humo, interrogó al niño:

—¿Qué es lo que quieres, y qué haces a estas horas, por el pinar encantado?

El niño explicó a la Princesa del Fuego su pretensión, y como las Princesas del Agua y de la Tierra se habían mostrado amables, la del Fuego no quiso ser menos que sus hermanas, y, diciendo al niño que se sentase, comenzó:

VIII

Historia de la Princesa del Fuego.

MI historia es tan parecida a la de mis hermanas, que se diría la misma. Cuando los hombres, ya dueños del Agua y de la Tierra, estaban aún en estado primitivo, yo era libre aún, y era para ellos un objeto de terror y de adoración, cuando me veían danzar en la cumbre de los volcanes, o recorrer las nubes tempestuosas, o bajar a la tierra en forma de aerolito. Sólo me divertía en el mal, y en la destrucción. Y me maldecían, ignorantes y temerosos Hasta que un día me compadecí de verlos, ateridos

y flacos, devorando cruda la caza y la pesca, y tiritando de frío durante los largos inviernos, refugiados entre las pieles y las hojas secas. Y un día, mientras un cazador frotaba pacientemente dos maderos secos para aguzarlos y convertirlos en flechas, surgí bruscamente, deslumbrando sus ojos. Asustado, me arrojó al suelo, sobre un montón de hojas secas, que empezaron a arder alegremente, con una llama clara que calentó el aire húmedo de la caverna. Y el Hombre, poco a poco, se acercó a mí, y tendió sus manos, en la actitud de la súplica y de la adoración. Y desde entonces, ya no me dejaron marchar, y me cuidaron vigilantes, alimentándome y llevándome consigo en sus andanzas nómadas. En torno mío, las mujeres, los niños y los ancianos dormían o trabajaban en sus labores primitivas. Y yo, que era la destrucción y la muerte, fuí el símbolo y la fundación de la familia, del hogar, que es ahora la suprema aspiración del Hombre, y su libertad... *Porque hasta que los hombres no han tenido un hogar, no han sido verdaderamente libres.* Después he sido también la compañera de sus estudios y de sus descubrimientos. Y yo, que era antes el símbolo de la Muerte, soy ahora el símbolo de la Vida y de la Civilización.

Calló la Princesa. La hoguera, poco a poco, fué extinguiéndose, y las tinieblas invadieron el pinar. Y cuando Chanito fué a dar las gracias a la Princesa, por la enseñanza de sus palabras, a pesar del disgusto que tenía al ver que también el Fuego se ufanaba de su trabajo y de su domesticidad, la Dama del Fuego había desaparecido, y sólo había en su lugar un puñado de cenizas.

—¿Ves?—dijo la nodriza—. Hemos dejado apagar el fuego, y ahora hace frío. Debemos volver a casa.

... apareció la Princesa del Fuego, vestida de oro...

—No—dijo Chanito—. Quiero ver a la Princesa del Aire. ¡Esa sí que no nace más que lo que la da la gana! Si el aire es libre, yo también lo seré.

—Me están dando ganas de cogerte y arrearte dos azotes—dijo el ama—. Eres demasiado testarudo, y la culpa es mía, por darte todos los gustos.

—Mira, ama; tú cállate o duerme, si quieres, Yo no renuncio a mi idea, porque a ti se te antoje—dijo el niño.

Y echó a correr por el pinar, para entrar en calor, y huir de la cólera de su nodriza.

Corriendo, corriendo, llegó a una plazoleta rodea-

da de álamos plateados, e iluminada por la luna. En el centro se erguía una extraña flor color de coral, de cuyo cáliz arrancaba un hilo de araña, que iba a parar a una red en la que una araña, vigilante, prendía gotas de rocío y reflejos de luna, tejiendo una tela maravillosa.

—¿Para qué será este hilo de araña?—se preguntó Chanito, con su eterno afán de investigación.

—¿No lo sabe usted?—dijo una voz tenue—. Se conoce que es usted muy ignorante... Esta noche, como todas las noches, la Princesa del Aire viene a bailar aquí.

El niño miró en torno suyo, y vió a una lagartija, elegantemente ataviada con una gola de brocado de oro, y larga cola verde y plateada.

—Supongo que estará usted invitado a la fiesta—continuó, mirándole de un modo algo impertinente.

—Sí; pero he olvidado en casa mi invitación—dijo el niño.

Pero la lagartija, frívola de por sí, no le hizo

más caso, y se dedicó a dar saltos y cabriolas sobre la hierba verde.

Comenzaban a llegar invitados a la fiesta. Una muchedumbre de silfos, vestidos de hojas de rosa y coronados de escarcha, con alas de mariposa y con alas de escarabajos verdes. Hadas, azules como los jacintos, plateadas como la luna, o vestidas de niebla, de gotas de lluvia, de luz de aurora... Todos

se iban sentando entre las altas hierbas, a la claridad verdosa de los gusanos de luz, prendidos como farolillos en las ramas de los escaramujos en flor. Sobre una pequeña colina, entre las flores de azafrán color de malva que formaban un tapiz oriental, y bajo una enorme seta que era a modo de kiosco de música, se hallaba la orquesta: un duende tañedor de platillos, un ratón que tocaba una cornamusa, y un mochuelo que redoblaba un tamboril.

El grillo, que era el director, dió la señal con la batuta, y los músicos comenzaron un vals, tan tenue y ligero, que parecía el sonido del viento de primavera entre las ramas de un jazminero en flor. Y, como si sólo esperase esta señal para aparecer, llegó volando la Princesa del Aire, y con una ligereza extremada, posó en la flor de coral la afilada punta de su babucha florida, y empezó a bailar de una manera encantadora.

No es posible describir la suave belleza de aquella Princesa, apenas entrevista en los giros de su danza; su falda era como una flor pomposa y de colores delicados, y su sombrero, hecho de rayos de estrella, estaba lleno de mariposas. Su cabellera perfumada flotaba graciosamente, y llevaba en su mano un pequeño sapo verde, que, como todo el mundo sabe, sólo se alimenta del aire.

Chanito hubiese querido interrogarla, como era su costumbre; pero no se atrevía a interrumpir la fiesta, y además, tenía miedo de que la Princesa, asustada, remontase el vuelo, y desapareciese. Así que, dirigiéndose a un camaleón que estaba a su lado, procuró entrar en conversación con él.

—Tiene usted un traje precioso—dijo, para halagarle—. Es admirable cómo cambia de color, y estoy por decir que nadie, en la reunión, está tan bien ves-

tido como usted. Ya se ve que es usted persona de gusto, y no le ocultaré que me honraría mucho con la amistad de una persona como usted, que debe ser muy amigo de la Princesa del Aire.

—Menos lo de persona, que no me parece agradable, todo lo demás es muy justo y demuestra que es usted inteligente—dijo el camaleón, que, para deslumbrar a Chanito, cambió el color de su traje, desde

el amarillo ranúnculo al azul más intenso—. ¿Qué le parece a usted la fiesta?

—Sorprendente—dijo Chanito—. Pero yo he venido a ver si puedo saber la historia de la Princesa. Supongo que usted la sabrá al dedillo.

—¡Ya lo creo!—dijo el camaleón, sonrosado de contento al oirse elogiar—. Nadie la sabe como yo. Entonces—añadió—, ¿usted es uno de esos seres que llaman periodistas?

—Eso es—mintió descaradamente el niño—. Todo esto saldrá luego en los periódicos. Lo que siento es no haber traído fotógrafo.

—Entonces—dijo el bicho—escuche usted la

IX

Historia de la Princesa del Aire.

NUESTRA Princesa—dijo el camaleón—es en realidad la más antigua de las cuatro hijas de la Nada, pero es la última que han logrado conquistar los hombres. Tiene cuatro hermanos, que son los vientos, que la obedecen ciegamente. Tú los debes conocer. El viento del Norte, hosco y desapacible, que vive en las altas montañas cubiertas de nieve, y se complace en el mal y la destrucción. El del Sur, blando y benigno, que empuja suavemente las naves sobre el mar. El Oeste, amigo de la lluvia, y el del Este, voluble y caprichoso.

—Les conozco—dijo Chanito—. Pero no los quiero, porque me hacen rabiar, robándome el sombrero, y más de dos cometas...

—No me choca. A veces son algo burlones—dijo el camaleón.

Y siguió su relato:

—A pesar de que todo lo creado vive gracias a la bondad de nuestra Princesa, los hombres se han ocupado muy poco de ella, por lo mismo que era la más benigna, y empañando en cambio su pureza con toda clase de diabólicas invenciones. Libre, e inútil para todo lo que no fuese dar vida a los seres, vagaba por el mundo, distribuyendo la labor de sus hermanos, que, más violentos que ella, destruían ciudades y selvas, echaban los navíos a pique y

encrespaban las olas del mar. Pero al fin, los hombres sedientos de nuevos espacios, ansiaron imitar el vuelo de las aves, y lo consiguieron en parte. Primero en globos que parecían pequeños planetas errantes; luego en aeroplanos, que parecen raros insectos de vuelo inseguro, invadieron los dominios de la Princesa, que, contenta al ver que la utilizaban para algo más noble que mover las aspas de los molinos, y empujar las velas de los barcos, les ayudó, llevándolos en su vuelo, por encima de las montañas; ya ves, querido niño, que el aire también trabaja, y es útil a la Humanidad en la medida de sus fuerzas. Los únicos que conservan su libertad son los vientos, y todo el mundo se queja de ellos; solamente cuando quieren trabajar es cuando oyen frases agradables. No los imites, por lo tanto, y recuerda que si el aire es libre, es tal vez el que tiene, de todos los elementos, mayor responsabilidad, llevando incesantemente la vida al organismo de todo lo creado, que sin su oscuro e incesante trabajo no existiría. Y tampoco olvides — dijo el bicho servicial — cuando escribas esto, decir que «el señor Camaleón lucía un precioso traje tornasol, en el que alternaban elegantemente los colores más vivos, que en vano tratan de imitar las envidiosas flores»... O cualquier otro elogio de buen gusto, aunque ofenda mi natural modestia. Y ahora, adiós, porque oigo ya mi carroza que se acerca. La fiesta se acaba...

Cuando Chanito volvió los ojos, para admirar por última vez a la Princesa de los Aires, ésta ya había remontado su vuelo. La plazoleta estaba desierta, y la luna brillaba en lo alto del cielo de color de perla rosa. Y el niño, dejándose caer al lado de la extraña flor de coral, se durmió, tan apaciblemente, como si estuviese en su cama.

... vagaba por el mundo distribuyendo la labor de sus hermanos...

X

Desenlace inesperado y pedagógico.

LA nodriza lanzó un berrido de júbilo, al descubrir a Chanito, dormido bajo el almendro en flor.

—¡Pero si está aquí! ¡Ay, qué diantre de chico! ¡Lo que me ha hecho buscarle por toda la casa! Chanito, nene. Que ya están tus papás en la mesa, y se enfría la sopa.

Chanito se frotó los ojos:

—¿Dónde has estado, ama? No sabes qué fiesta tan bonita te has perdido. Había un camaleón muy simpático, y la Princesa del Aire bailó muy bien...

La nodriza se echó a reir:

—¿Pero qué paparruchas inventas, condenado? Anda, anda, que si no te va a reñir tía Clorinda, que está de mal humor porque no encuentra su dentadura postiza, y dice que se la debes de haber escondido.

Y entraron en el comedor, en donde ya estaban todos a la mesa.

Chanito se sentó, muy formalmente, y se comió su sopa sin hablar una palabra, con gran asombro de toda su familia.

—¿Estás malo, nene?—interrogó la mamá, solícita, tocándole la frente.

—¡Sabe Dios qué diablura estará pensando!—dijo tía Clorinda, entre sus encías de amuebladas—. Cuando los chicos se callan, es mala señal...

—¿Te ha ocurrido algo, Chanito?—dijo el papá, dejando su periódico.

Chanito se limpió la boca con la servilleta—¡oh, asombro!—y respondió:

—Papá... He sabido que todo en este mundo

trabaja, para ser digno de ser libre... ¡Yo quiero trabajar, como el aire, el agua, la tierra y el fuego!

Todos se quedaron con tanta boca abierta, y tía Clorinda exclamó, agria:

—¡Jesús, qué niño tan sabihondo! Siempre me han molestado mucho los chicos resabidos... La culpa es tuya, Gundemaro, por hablar delante de él como si fuese una persona mayor. Si fuera mío, lo mandaría al colegio.

—Me es igual—dijo el chico, lleno de indiferencia olímpica—. Comprende, tía, que después de haber bajado al fondo del mar y de la tierra, de haber hablado con la Princesa del Fuego, y de ver bailar a la del Aire, nada puede ya intimidarme ni sorprenderme... Y si no, que se lo digan al ama, que ha venido conmigo.

—¡Ay, eso no!—protestó el ama—. A mí no me metas en líos... Yo no sé nada de eso.

—No; si este niño acabará mal—auguró tía Clorinda—. Al colegio, al colegio.

Chanito la sacó una lengua de a palmo, y continuó comiendo, con el alma tranquila del que está seguro de lo que sabe, y dijo al oído de su ama:

—Tía se cree que ella es la única que lo sabe todo. Pues ya verás qué cara va a poner, cuando vea los tesoros que traigo. Las perlas de la Princesa del Agua, el trigo de la de la Tierra, las avellanas de la del Fuego, y una plumita que le arranqué a un hada del cortejo de la Princesa del Aire.

Y rebuscó en sus bolsillos, de los que sacó unas cuentas de un collar, trigo, dos avellanas, y una plumita de gorrión, que alineó cuidadosamente sobre la servilleta de su tía, que montó en cólera:

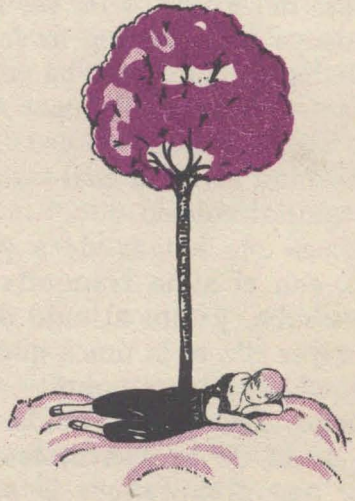
—¿Quieres tirar esas porquerías? ¡Qué niño tan sucio y tan molesto!

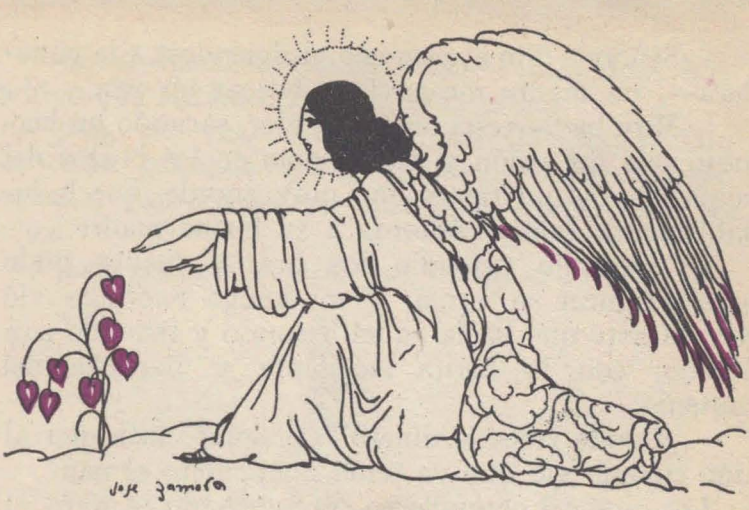
Y de un manotazo arrojó los talismanes al suelo.

Chanito se encogió de hombros.

—Puedes tirarlo, si quieres... Pero yo sé lo que sé, y desde ahora voy a ser un niño modelo.

Y, metiéndose en el bolsillo las manzanas del postre, echó a correr hacia el jardín, en donde se oyeron a poco los cacareos de las gallinas, perseguidas, y los gritos del ama, mientras los padres, en consejo, discutían el colegio en donde Chanito perfeccionaría los conocimientos adquiridos en su fantástica excursión de la que—bueno será decirlo—nadie creía ni una sola palabra.





LO QUE PUEDEN CUATRO GRILLOS

MI amigo Santiago acababa de entrar en la tahona para cambiar una moneda, cuando vió que llegaba un chicuelo de seis años, pobremente vestido, pálido, con todas las huellas del hambre pintadas en el semblante.

—Señora—dijo el pequeño, dirigiéndose a la panadera—, mi madre me envía a buscar un pan...

—Muy bien—respondió la mujer, sacando un hermoso pan del cajón y colocándolo en los brazos del pequeño—. Aquí tienes uno muy grande, que indudablemente dejará contenta a tu buena madre.

El chiquillo extendió los brazos cuanto pudo para asegurar su carga, y mi amigo Santiago vió el contraste que hacía aquel hermoso y redondo pan dorado, con la carita macilenta y flacucha del pequeño.

—¿Dónde traes el dinero?—preguntó la mujer al niño cuando vió que ya tenía bien sujeto el pan.

Los ojos del chiquillo se entristecieron. Apretó su carga más aún, y dijo:

—No traigo dinero, señora; pero mi madre vendrá mañana mismo a hablar con usted.

—Muy bien, muy bien—respondió la panadera—. Vete de prisa para que no te canses antes de tiempo.

El niño se apresuró a salir; pero cuando llegaba ya a la puerta, se detuvo pensativo, como si escuchara alguna cosa.

—¿Qué te pasa?—le preguntó la mujer—. ¿Deseas que te cambie ese pan por otro?

—No, señora; voy muy contento con éste.

Pero como el niño se detuviese aún, la panadera salió por la trampilla del mostrador y se acercó al chiquitín para ver qué era lo que le impedía retirarse.

—¿Qué es lo que canta allí?—preguntó el pequeño, señalando al portillo que conducía a los sótanos donde amasaban el pan y lo cocían—. ¿Es algún pajarito, o es el pan que canta mientras se cuece, como las manzanas?

—¡Vamos, hijito!—dijeron a un tiempo mi amigo Santiago y la panadera—. Nosotros no advertimos canto alguno...

—Sí, sí—persistió el chiquillo—. Son unos animalitos que hacen: cric, cric, cric, cric...

—¡Ah, sí!—exclamó de pronto la mujer dándose una palmada en la frente—. Tienes razón, pequeño; esos animalejos que oyes cantar, son los grillos.

—¡Los grillos!—repitió con júbilo el nene.

—Sí, hijo mío, los grillos, que están gozosos ahí abajo, porque acaba de encenderse el horno y se alegran con la vista del fuego. Son una plaga que aturde.

—¡Cómo!—dijo el niño admirado—. ¡Pero si dicen que traen la buena suerte!...

La panadera y Santiago cambiaron una mirada, sonriendo; y el niño agregó en seguida:

—¡Si usted quisiera, señora, darme uno de esos grillitos!... ¡Qué contento me pondría!

—¿Que si quiero?—exclamó la panadera—. ¡Pero cómo no he de querer! Lo que siento es no poder dártelos todos. De buena lata nos librarías. Mas, dinos, querido, ¿qué es lo que quieres hacer con un

animalejo de esos? Cuéntanos.

—¡Oh, señora! Deme usted aunque sea uno solo, así, pequeñito, el más feo de todos...

—Pero explica, chiquillo, ¿para qué deseas tener un grillo? ¿Quieres decirlo?

—Señora—dijo el niño con su vocecita débil—; los grillos traen la buena suerte. Tal vez si hu-

biera alguno en casa, mi madre no lloraría tanto como llora.

Santiago y la panadera volvieron a cambiar una mirada penetrante, y la mujer se enjugó una lágrima con su delantal.

Yo estoy cierto de que si mi amigo Santiago hubiese tenido también un delantal, se habría enjugado con él otra lágrima.

—¿Y por qué llora tu mamá?—preguntó Santiago al chicuelo.

—Llora porque no podemos pagar todas las cuentas. Mi padre murió, y el trabajo de mi madre no alcanza para mantenernos.

Mi amigo Santiago, en un ímpetu irresistible, se inclinó para abrazar al angelito, y para levantarlo bien alto, con su pan y con todo lo que llevaba encima. Entre tanto, la panadera bajaba a los sótanos en busca de un grillo.

—Mira—dijo a su marido entregándole una pequeña caja—; hagamos algunos agujeros a este cofrecillo de cartón y encerremos en él un grillo. Hay arriba un chiquitín que daría lo imposible por tener uno de esos animalejos. ¿Sabes quién es? El hijo de la pobre Marta...

La panadera contó brevemente a su marido lo que acababa de acontecer en el despacho del pan, y el hombre, conmovido, indicó a su mujer lo que había de hacerse.

—Muy bien, muy bien—dijo ésta cuando su marido acabó de hablar—. Ahora busca por los rincones un grillo para ese angelito.

El panadero tomó la caja que le ofrecía su mujer y se dirigió hacia el sitio donde estaban amontonados los leños para el combustible del horno. Aquel lugar era un verdadero conventículo de animales que cantaban en los tonos más variados.

—Busquemos el más bonito—dijo el hombre, removiendo la madera.

En un instante, el panadero tuvo en sus manos cuatro grandes grillos que le miraban con asombro y con recelo.

—Dáselos todos—dijo a la mujer mientras los introducía cuidadosamente en la caja—. Va a quedar encantado con ellos.

La panadera tomó la caja, y subió de prisa la escalera que llevaba al despacho.

—Aquí los tienes, pequeño. Son cuatro grillos enormes, que indudablemente van a traeros la buena suerte. Llévalos con cuidado para que no se te escapen.

Dentro del cofrecillo, uno de los animalejos, el más intrépido, cantaba con todas sus fuerzas. El niño, en un éxtasis, tomó la caja y se la llevó al oído.

Una gran sonrisa iluminó su semblante, y el placer le enrojeció las mejillas.

—¡Qué alegría, qué alegría!—gritaba lleno de júbilo, apretando en una mano la caja y sosteniendo con el brazo la gran torta de pan—. Me voy corriendo para que cuanto antes entre en mi casa la buena suerte.

Y dando las gracias a la panadera, el pequeño salió de prisa con su pan y con sus grillos.

Mi amigo Santiago y la buena mujer exclamaron entonces a un tiempo:

—¡Inocente criatura!...

Y después de este grito sincero, la panadera abrió un cajón del mostrador, sacó su libro de cuentas, y buscando la página donde estaba apuntada la deuda de la madre del pequeño, marcó sobre ella algunas grandes rayas, porque la cuenta era larga, y escribió en el margen esta hermosa palabra: *Pagado*.

Entre tanto, mi amigo Santiago sacaba de su bolsillo todo el dinero que llevaba, y agregando a él los billetes de Banco que guardaba en la cartera, puso todo en un papel, lo envolvió cuidadosamente, y lo entregó a la panadera diciéndole:

—Haga usted el favor de enviar este paquete a la madre de ese chicuelo.

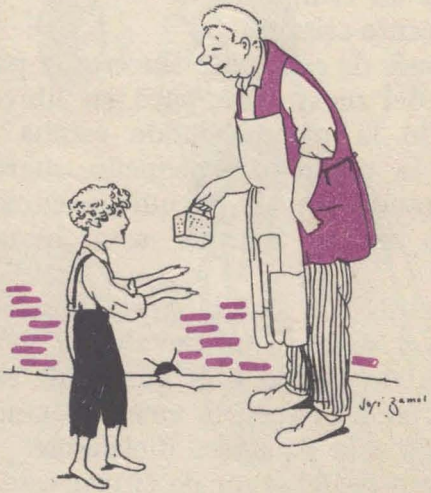
Y mientras la mujer bajaba al sótano para llamar a un muchacho que llevase todo aquello, Santiago escribió una carta para la madre del niño, exhortándola al valor, ofreciéndole su protección y augurándole que más tarde aquel chiquillo sería su sostén.

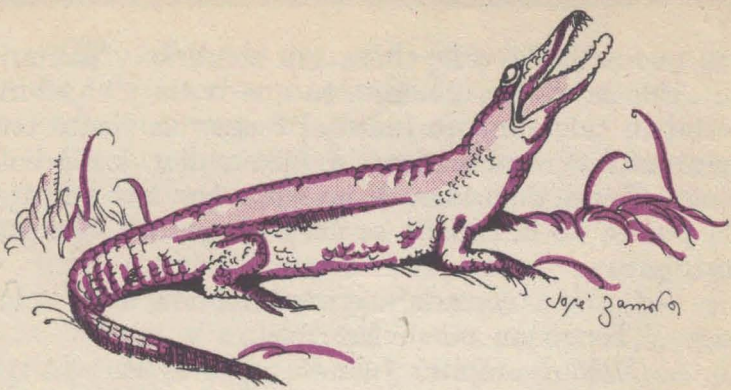
Un muchacho de largas piernas y de ademanes vivos, subió del sótano y llevó el paquete en un santiamén.

Por eso, cuando el niño llegó más tarde a su

casa, rendido con el peso del pan y de los cuatro grillos, encontró a su madre sonriente, con una hermosa carta en las manos, y un montón de monedas y billetes sobre la mesa.

Y el angelito creyó que todo aquello se debía a los grillos, cosa que es muy cierta, pues sin ellos y sin el hermoso corazón del chiquillo, ¿hubiera podido entrar la dicha en aquella casa? Pensad, y respondedme.





EN BUSCA DEL MIEDO

EN el lindero de un espeso bosque estaba la cabaña de Edelmira. Esta vivía allí desde hacía mucho tiempo, acompañada solamente por Juan, su sobrino, que contaba diez años. El sitio

en que se hallaba la choza era sombrío y solitario.

Una noche de invierno, en que la tía y el sobrino estaban calentándose junto al fuego, un viento tempestuoso se desencadenó e hizo aullar los árboles como fieras doloridas. Empujada por sus embates, la puerta de la cabaña se abrió de pronto, con gran estrépito.

—¡Corre a cerrarla!—gritó Edelmira a su sobrino—. ¡Tengo un miedo horrible!...

—¿Miedo?—repitió Juan—. ¿Qué es eso? ¿A qué se parece eso?

—El miedo... ¡vamos!, es el temor a una cosa que a veces no se sabe lo que es.

—Puesto que yo no siento el miedo aquí—se dijo entonces Juan—, mañana saldré a buscarlo por el mundo, y no me detendré sino cuando lo encuentre.

Y al día siguiente, antes de que Edelmira despertara, Juan se alejó de la casa y del bosque para ir en busca del miedo.

Toda la mañana y toda la tarde caminó sin encontrarlo.

Por la noche, al salir a un valle, vió que en el fondo de él se alzaba una colina y que en lo alto de ésta brillaba una fogata.

—Vayamos hacia allá—se dijo—. Quizá allí esté el miedo.

Apresuró la marcha, y media hora después llegaba a la cumbre. Una banda de ladrones se calentaba junto a la hoguera.

—Buenas noches, señores—dijo el mozo, yendo a sentarse a la orilla del fuego—. Verdaderamente, sólo aquí vuelve uno a la vida. El frío hiela los huesos.

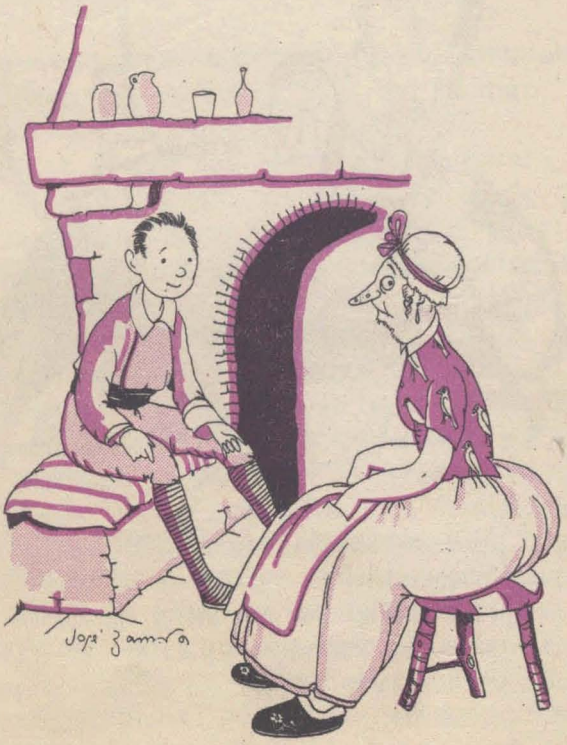
—¿Cómo te aventuraste a llegar hasta aquí?—dijo el capitán de los bandidos—. A este lugar no se acercan ni los pájaros. ¿A qué vienes?

—He salido de mi casa para ir en busca del miedo. Si vosotros sabéis dónde puedo encontrarlo, os ruego que me indiquéis el lugar.

—Nosotros somos el miedo—repuso el capitán.

—¿Vosotros?... No comprendo...—exclamó Juan, mirando hacia todos lados.

—Sí, nosotros—afirmó el capitán—; pero si aquí no lo encuentras, toma esta marmita de agua, este pan, huevos y azúcar; baja a la colina; allá, a la derecha del valle, está el camposanto del pueblo; detente allí, enciende una fogata, que desde aquí veremos, y haz en ella un buen budín, que nos traerás en seguida.



Juan tomó todo aquello, y partió con sus chismes hacia el camposanto. Una vez allí, recogió algunas ramas secas y encendió una hoguera. Después apartó a un lado un pequeño fuego y colocó sobre él la marmita con el pan, los huevos y el azúcar.

La noche estaba tranquila y el silencio era completo. Juan fué a sentarse junto a la losa de un

sepulcro; pero no hacía tres minutos que estaba allí, cuando aquella losa comenzó a moverse y una mano crispada asomó por un lado, al mismo tiempo que una voz cavernosa pronunciaba estas palabras:

—¿Es para mí ese budín?

—¿Cómo se ha de dar a los muertos lo que es para los vivos?—exclamó Juan, rechazando la

mano hacia adentro y poniendo algunas piedras sobre la losa.

Momentos después, el budín estaba concluído. Dejó que la marmita se enfriara un poco, y alzándola en sus manos, volvió con ella a la colina.

—¿Encontraste el miedo?—le dijo el capitán, recibiéndole con miradas curiosas.

—No—respondióle Juan—; nada vi, sino una mano que salió de un sepulcro y me pidió el budín; pero la empujé para hacerla entrar de nuevo en la tumba, y no supe más de ella.

—¿Persistes aún—le dijo el capitán—en seguir buscando el miedo?

—Es indudable, puesto que para eso he salido de mi casa.

—Pues entonces—añadió uno de los bandoleros—será preciso que vayas al lago del caimán; puede que allí te espere alguna sorpresa.

—¿Hacia dónde cae ese lago?—preguntó Juan.

Los ladrones dieron las señas al mozo, y éste partió inmediatamente para allá. La luna había salido, y en los caminos había una luz fantástica que alargaba las sombras de los árboles, prolongándolas indefinidamente. Después de una hora de marcha el intrépido chiquillo avistó las aguas del lago. Todo estaba silencioso. Cualquiera se habría sentido estremecer al encontrarse solo en aquellos sitios envueltos en misterio y soledad. Se hubiera dicho que iban a surgir de las ondas los más terroríficos fantasmas. Juan, sin embargo, permaneció tranquilo. Pero aun no había acabado de contemplar el paisaje, cuando salió de entre los altos juncos de la orilla un enorme caimán que comenzó a perseguirle. Ligero, pero tranquilo de ánimo, Juan corría para no ser alcanzado por el monstruo; pero éste cada vez acortaba más la distancia que le separaba de su anhe-

lada presa. Comprendiendo Juan que si las cosas seguían así muy pronto le daría caza el terrible saurio, dirigió la mirada hacia el lago para ver si por casualidad había alguna barca a la que pudiera saltar y alejarse de la orilla; pero allí no había barca alguna; en cambio, un puentecillo de madera, más angosto que la palma de la mano, cruzaba el lago de uno a otro extremo. Juan, aun comprendiendo que si avanzaba por aquel puente no daría muchos pasos sin caer al agua, decidióse, no obstante, a penetrar en él para libertarse de su perseguidor. El puentecillo, que era muy débil y cuya madera estaba carcomida, se balanceaba y crujía cada vez que el pie de Juan se posaba sobre él; pero el mozo, tranquilo siempre, y siempre sereno, iba acomodando sus pies, que apenas cabían en el estrecho tablón, con igual naturalidad que si caminara sobre tierra firme.

Durante media ahora anduvo así, con el abismo negro del agua bajo sus plantas. Si el miedo de caer le hubiera invadido, se habría ahogado, no una, sino mil veces; pero Juan no sabía lo que era el miedo. Cuando llegó a la orilla opuesta, una bellísima joven le tendió la mano para ayudarle a saltar a tierra.

—Te vi—le dijo—desde que diste los primeros pasos sobre el puente. He temblado por ti. ¿Vas a quedarte en este valle? Sería motivo de júbilo para mí, porque aquí vivo yo, y nos veríamos constantemente.

—Así lo quisiera yo también—dijo Juan—; pero he salido de mi casa para buscar el miedo, y no me detendré hasta encontrarlo.

—¿Es posible que no lo hayas sentido al cruzar este puente?—exclamó la joven, asombrada.

—¿Sentido?—repitió el muchacho—. ¿Pues qué, el miedo se siente?

—Sí, sí—dijo la joven—. Yo lo he sentido al verte atravesar ese puente. No vayas a buscarlo: es horrible. Quédate aquí, y nos casaremos.

—Volveré por ti después de que lo encuentre —respondió Juan, inflexible—. Porque he salido a eso, a buscarlo; pero volveré por ti, volveré de seguro...

Y estrechando la mano de la joven, despidióse de ella y se lanzó camino adelante.

Comenzaba a amanecer; la luna se ocultó y la aurora pintó de grana el cielo. Poco después, Juan entraba en una gran ciudad. Al llegar a la plaza principal vió que una multitud de gente, con la cabeza levantada, seguía los revuelos de un pichón.

Se detuvo, y siguió también con la vista al ave. Después de mucho volar, el pichón bajó violentamente y se detuvo en la cabeza de Juan. Entonces la multitud entera vino hacia él, gritando:

—¡Este es el Rey! ¡Este es el Rey!

Y como Juan no entendía lo que pasaba, le explicaron que el Rey había muerto, y que aquel era el modo de designar un nuevo Rey.

—Eres tú, pues, el elegido—dijo la multitud, conduciéndole hacia el trono.

Y fué entonces cuando Juan, presintiendo el peso de sus nuevas obligaciones, y comprendiendo que no podía ya casarse con la sencilla muchacha del valle, a quien él quería, porque ya era un Rey, sintió que un extraño escalofrío le subía por la espalda hasta la nuca, y se dijo, temblando:

—No me cabe duda: al fin, éste es el miedo.

EL DESTINO DE CATALINA

ESTABA la hermosa Catalina sentada en un rico sillón de plata (porque era dueña de una gran fortuna), cuando la puerta se abrió y una mujer alta y extraña entró en el salón.

—Vengo—le dijo—a dirigirte una pregunta. ¿Cuándo prefieres ser desgraciada, hoy, en tu juventud, o cuando ésta empiece a declinar?

—Yo no quiero ser desgraciada nunca—repuso bruscamente Catalina.

—Mas como tienes que serlo alguna vez—insistió la visitante—, pues eres humana, vale más que escojas tú misma la época en que prefieres sufrir.

Catalina, sin dar gran importancia al asunto, reflexionó un instante y respondió:

—En ese caso, prefiero sufrir en mi juventud, porque así al menos contaré con fuerzas para soportar las penas que me vengan.

Y no acababa de decirlo, cuando la mujer desapareció de la estancia.

—Ha sido una alucinación—dijo para sí Catalina, poniéndose en pie y yendo hacia la gran terraza de mármol que dominaba la ciudad.

Mas no hacía mucho tiempo que se reclinaba sobre la balaustrada para contemplar la perspectiva, cuando los criados le entregaron algunas cartas. En todas ellas había malas noticias. Sus haciendas se habían inundado, sus casas habían caído por tierra a causa de conmociones volcánicas... La infeliz Catalina se llevaba las manos a la cabeza para impedir que una locura violenta la atacase: tales eran su angustia y su sorpresa. Aun le quedaba la casa en que vivía, toda llena de cosas valiosísimas; pero días después, los acreedores se presentaron, y hubo que pagarles con cuanto allí quedaba. La pérdida y la caída fueron tan completas, que un mes más tarde, Catalina, con un lío pequeño de ropa en las manos se echó a la calle para buscar trabajo, aunque fuese humildísimo. Lo encontró por fin en casa de una rica señora que la tomó como criada. La faena era dura para Cata-

lina, que no estaba acostumbrada a desempeñar tales menesteres; pero al menos aquella dama tenía un hermoso corazón y parecía quererla e interesarse por ella.

—No levantes esa cuba, porque es demasiado pesada. Camilo, el cocinero, vendrá por ella.

Estas y parecidas frases decía frecuentemente el

ama de Catalina, siempre que ésta se disponía a ejecutar alguna labor superior a sus fuerzas.

—Aquí—pensaba Catalina—, en esta casa, intentaré pasar mi juventud, porque al menos mi señora tiene corazón y se apiada de mí.

Un día la dama dijo de este modo a la joven:

—Voy a pasar un mes con mi hermana, que vive

en la próxima ciudad. Tú quedarás entre tanto al cuidado de la casa.

Catalina mostró a la señora su agradecimiento por la confianza que depositaba en ella, y la dama partió.

Pocos días después, cuando Catalina estaba más tranquila sacudiendo y arreglando el salón, vió que una puerta se abría y que por ella entraba la mujer

alta y extraña que ya una vez se le había aparecido en su propia casa.

—¿Estás contenta, Catalina?—le preguntó la mujer.

—Si no contenta—respondió la joven—, al menos estoy tranquila, porque mi ama tiene corazón y me trata con caridad.

La mujer fijó largamente sus ojos en Catalina, y después, dirigiéndose hacia un extremo del salón, donde estaban colocadas unas riquísimas estatuas de mármol, las arrojó por tierra y las hizo pedazos. Luego desgarró los cortinajes y, después de romper muchos otros objetos de valor, salió a toda prisa de la estancia y dejó a Catalina sorprendida ante tanto destrozo, anonadada, sin saber qué partido tomar, envuelta en confusión y lágrimas. La pobre joven no comprendía qué significaba aquello. Unicamente sabía que el destrozo era irreparable, y que sólo un camino le quedaba: el de la huída.

No se detuvo siquiera a juntar los pedazos de tanta joya destruída; cerró nuevamente el salón, entregó la llave a Camilo el cocinero, y pretextando que salía a una compra, tomó el paquete que había preparado con lo más preciso, y abandonó la casa. Pero como la ciudad no era muy grande, temió volver a encontrarse con su ama, y para evitarlo, tuvo que decidirse a partir hacia otros lugares. Trabajo le costó encontrar de nuevo un ama tan piadosa y buena como la anterior, pero al fin, después de servir a muchas mujeres caprichosas y perversas que la hicieron sufrir lo indecible, halló lo que buscaba. Una anciana, que por lo dulce de su carácter parecía una santa, la tomó a su servicio; y hacía ya cuatro meses que estaba con ella, cuando la señora dispuso un viaje, y quiso que Catalina se quedase al cuidado de la casa. Así se hizo, en efecto; y una mañana que la joven se ocupaba en arreglar la ropa guardada en los armarios, la mujer misteriosa entró de pronto, y en menos de lo que se lanza una exclamación, desgarró cuanto de ropa había en la casa, y salió precipitadamente, dejando a Catalina anonadada y presa otra vez de angustia y desconsuelo. La pobre

joven se vió precisada a repetir la fuga y a cambiar nuevamente de ciudad. Ya no era posible sufrir aquello, que parecía irremediable; apenas encontraba una casa donde se le daba buen trato y se le dispensaba confianza, su terrible enemiga se presentaba de repente, y después de causar muchos daños, desaparecía, obligando a la joven a huir. La última vez que su perseguidora hizo su acostumbrada aparición para maltratarla, Catalina le dijo:

—¿Por qué me tratas con esa crueldad? Yo no te he hecho mal ninguno; no te conozco, ni dependo de ti...

—De mí dependes—le dijo, sonriendo, la mujer—. Sabe que soy tu Destino.

—¡Mi Destino!—exclamó Catalina, clavando sus ojos en aquella odiosa figura que tenía delante.

—Sí; tu Destino... Pero mira, ya llevas veinte años de sufrir; toma este ovillo de seda. Quizá te sirva para alguna cosa.

Y dicho esto, desapareció.

Cuando Catalina quedó sola, examinó curiosa aquel ovillo de extraño color. ¿Para qué podía servirle un objeto tan insignificante? Para nada, ciertamente.

Guardó en su bolsillo la madeja, y por la tarde, cuando contó al lacayo de la casa lo que le había acontecido, rieron los dos al ver aquel ovillo, cuyo matiz desteñido nadie podría definir.

Los días corrieron, y una mañana el lacayo se acercó a Catalina para mostrarle este aviso, encontrado en la calle:

«Por haberse agotado en la ciudad la seda con que se borda el manto del Rey, y por ser urgente que Su Majestad se presente mañana a las fiestas vistiendo el nuevo manto real, se exhorta a los habitantes para que esta misma tarde vengan a Palacio,

trayendo cuanta seda tengan. Se pagará ampliamente la que se tome.»

—¿Y este aviso, qué puede importarme a mí?—dijo Catalina.

—¿Cómo que no?—repuso el lacayo—. ¿Y ese ovillo de seda que...?

—¡Ah!, es verdad—exclamó Catalina—. Pero como mi suerte es muy mala, llegaré cuando ya la ciudad

entera haya llevado seda suficiente para alfombrar todo el palacio. Sin embargo, iré, para que no se diga que desobedezco las órdenes reales.

Y tomando el ovillo, se dirigió a la casa del Rey. La gente lo llenaba todo ya. Hasta tres horas más tarde no le llegó su turno.

—Quizá os reiréis—dijo Catalina a los sastres que recibían en el gran vestíbulo—; pero aquí tenéis la seda

que poseo. Supongo que os habrán traído ya bastante.

El jefe de los sastres, después de examinar el ovillo de Catalina, lanzó tales gritos de júbilo, que hasta el Rey en persona, se aproximó:

—Este, y sólo éste, da el color exacto. Que traigan el manto real.

Y como al traerlo se hallase que el bordado que faltaba acabar era del mismo matiz, el Rey dijo a Catalina:

—Te compraré el ovillo. Pide lo que quieras, y lo tendrás.

Mas como la respuesta tardara un poco, el Rey tuvo tiempo de admirar la belleza extraordinaria de la joven, y herido violentamente por una idea, añadió:

—Si quieres ser Reina, puedes serlo. Aquí está mi mano. Una palabra tuya bastará.

Y esa palabra subió a los labios de Catalina. Fué, pues, la más hermosa de las reinas, y la mujer más feliz.

EL HECHICERO Y SU CORNAMUSA

ERA tan hermosa la ciudad de Tomellín, que continuamente iban a visitarla viajeros de todo el mundo; pero he aquí que, de pronto, y sin saberse el motivo, una plaga de ratas cayó sobre ella,

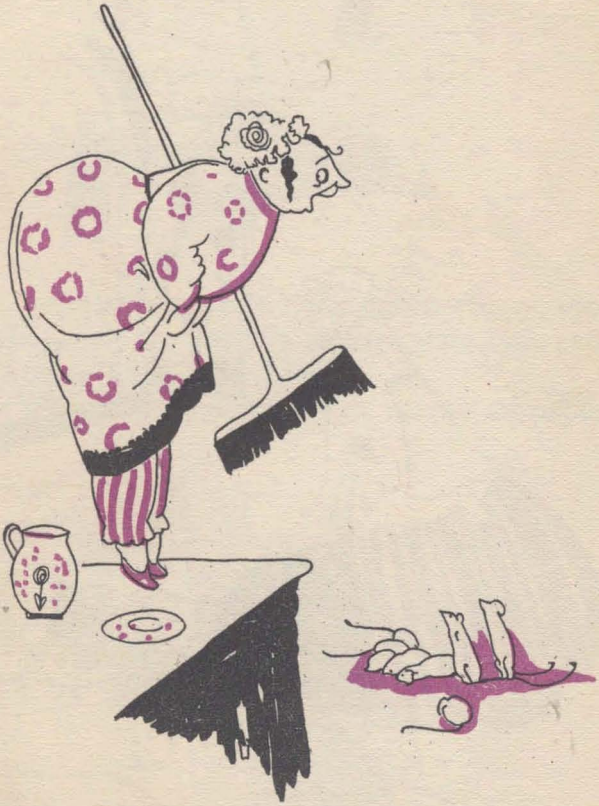
poniendo en desconcierto y en angustia a todos los habitantes de la hermosa ciudad.

Las ratas se paseaban por las calles en bandadas nunca vistas; las había en los pretiles de las fuentes, en las cornisas de las ventanas, en los muros, en los aleros. Dentro de las habitaciones no se podía dar un paso sin aplastar a uno de aquellos bichos; corrían por

el pavimento, saltaban sobre las mesas, sobre las camas, por las sillas, subían a las perchas... Era para volverse loco. Las bestezuelas no mordían ni atacaban, pero al menor movimiento de brazos, de pies, de cabeza, chocaba uno con ellas.

La vida en Tomellín iba siendo imposible. Las personas pudientes vendían sus propiedades y se

marchaban a otros países. Pero como no todos los habitantes podían hacerlo, las pobres gentes se veían forzadas a sufrir el suplicio de aquella plaga, que era como un castigo mandado por el Cielo.



Todo cuanto era posible hacer se había hecho ya. Primero se las había perseguido y matado a garrotazos; se las envenenaba, se las había hecho sucumbir lanzando sobre ellas grandes piedras, se las había per-

seguido de mil modos; pero las ratas, en vez de disminuir, aumentaban; y en vista de que las muertas infestaban el aire y acarreaban enfermedades, el alcalde de la ciudad prohibió la matanza. Al abrigo de esta orden, los bichos pasaron a ser los verdaderos dueños de Tomellín.

Así estaban las cosas en la afligida ciudad, cuando una mañana, mientras el alcalde, acompañado de algunos vecinos, despachaba sus asuntos en la Casa Consistorial, tres golpecillos sonaron en la estancia.

—¡Que pase quien sea!—dijo, interrumpiendo su trabajo.

Todos volvieron la vista hacia la puerta, y, asombrados, vieron entrar por ella al personaje más extravagante que se haya conocido.

Vestía el hombre una especie de manto amplísimo,

teñido de amarillo y rojo. Su sombrero, ancho y aplastado, era verde, y tenía por único adorno una pluma de pato. Calzaba zuecos, y en todos los dedos de las manos llevaba anillos de cobre y plata. Sus ojos eran pequeños, de mirada penetrante; su nariz, delgada y larga, hacía pensar en las cigüeñas; su boca era fina y misteriosa; vagaba en ella una sonrisa ama-

ble, aunque extraña; y los cabellos, largos y ondulados, ocultaban a veces aquella sonrisa, cuando el hombre se inclinaba para hacer una reverencia.

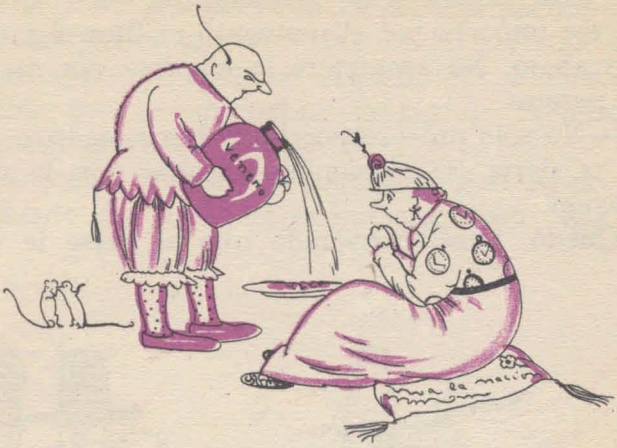
—¿Quién eres?—díjole el alcalde al verle.

—Soy Basiliso, el hechicero.

—¿Qué pretendes?

—Libraros de las ratas.

Todos se acercaron con interés, y el recién llegado



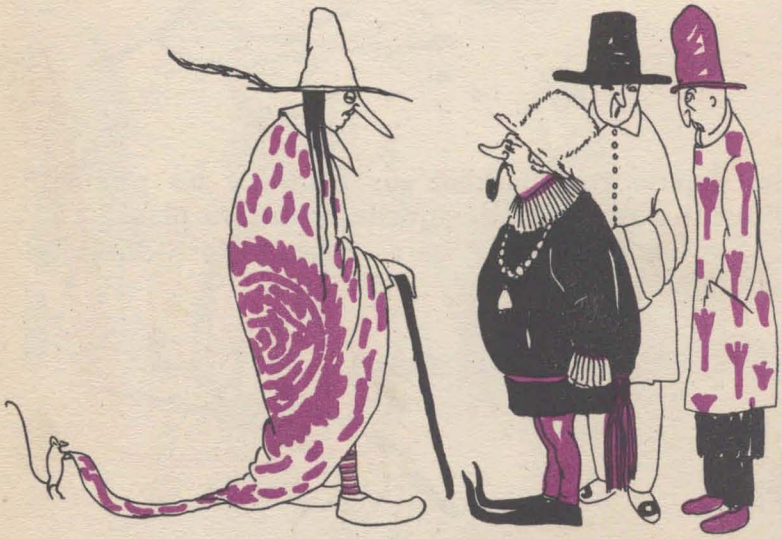
les expuso con claridad sus planes y les prometió libertar a la ciudad de aquella espantosa plaga.

—¿Cómo obrarás para conseguirlo?—díjole el alcalde.

—Eso ya lo verás—respondió el hechicero—. Lo que me importa por el momento es fijar el precio de mi trabajo. No acometeré la empresa por menos de mil pesetas.

—No sólo mil—respondió el burgomaestre—; diez mil te daría, si consiguieses acabar con la terrible invasión.

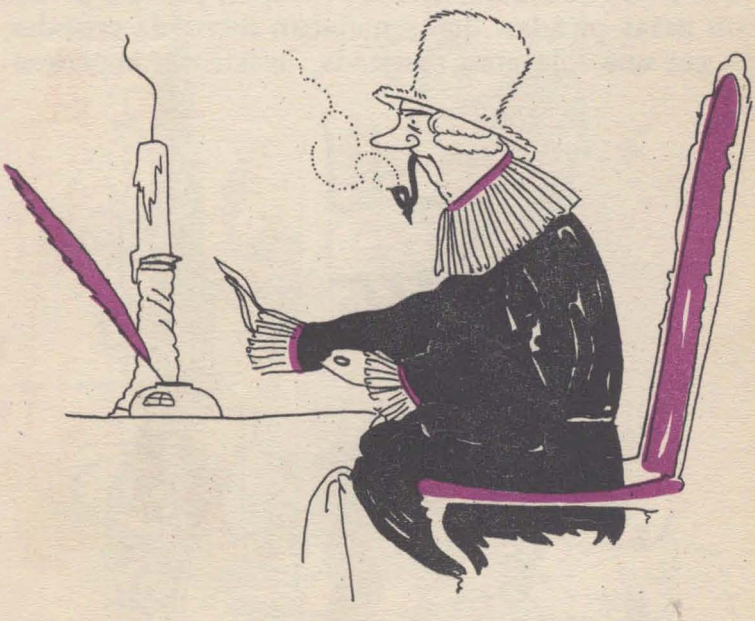
Quedó, pues, convenido que al verse la ciudad



libre de la plaga se le darían mil pesetas al hechicero. Este salió tranquilamente de la Casa Consistorial, y una vez en la calle sacó de entre el manto una cornamusa, y comenzó a tocar los aires más peregrinos y melodiosos. Inmediatamente, como si fuera cosa de milagro, todas las ratas que había a la vista quedaron suspensas y, en seguida, como guiadas por un mismo impulso, se acercaron al hechicero

y comenzaron a seguirle en su marcha por las calles. De todas partes surgían ratas; de las puertas, de las ventanas, de los agujeros. Aquello era una montaña movible que se arrastraba detrás de Basiliso con sordo rumor.

La ciudad entera presenciaba el portentoso acontecimiento. Sin verlo no se hubiera creído. Las casas



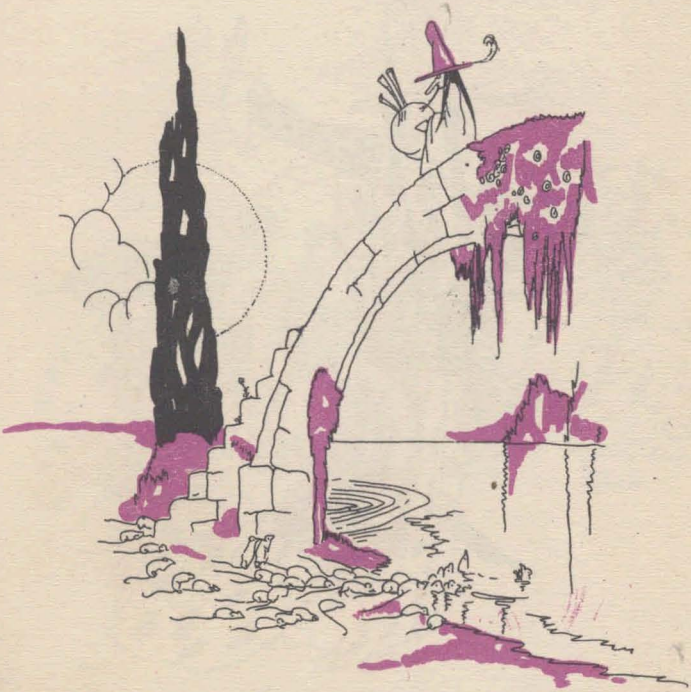
comenzaban a quedar limpias de ratas, y las calles parecían barridas; no quedaba un roedor ni para un remedio.

—¡Increíble! ¡Increíble!—gritaban por todas partes los habitantes de Tomellín—. ¡Asombroso! ¿Qué son mil pesetas para pagar un bien tan grande? Porque figuráos por un momento lo que será Tomellín sin

esta plaga. Recobraremos la tranquilidad; volverán los turistas a visitar nuestros monumentos; de nuevo la fama esparcirá por el mundo el interés por tanta cosa maravillosa... ¡Bendito hechicero, que ha vénido a reintegrarnos los bienes perdidos!

Mientras hablaban así los habitantes, Basiliso seguía su marcha hacia el extremo de la ciudad, tocando siempre la cornamusa. Los aires variaban a menudo; ya era una melodía de cuatro tiempos, ya otra de dos con notas picadas, que semejaban lluvia de cristales; ya era una sola nota sostenida, insistente, imperiosa,

como una invitación que no admite excusa. A esta demanda sin réplica parecían obedecer las ratas. Seguían, seguían el camino ciegamente, sin preguntarse adonde iban, sin temor de perder sus guaridas, sin preocuparse por nada que no fuera ir detrás de aquel hombre, de aquel mago que las tenía hechizadas con su música.



Y Basiliso avanzaba, avanzaba siempre. ¿Adónde iba? Nadie podía suponerlo. Pero la leyenda dice que al salir de la ciudad y llegar al río, el brujo, sin dejar de tocar, se metió en una barca que estaba atracada a la orilla, y como las ratas persistiesen en seguir al hechicero, se echaron de cabeza al río y todas se ahogaron.

Cuando ya en la ciudad no quedó ni la sombra de una rata, el mago se dirigió a la Casa Consistorial, para saldar su cuenta.

—Creo que he cumplido lo que ofrecí—dijo—. Vengo a reclamar las mil pesetas que me corresponden.

—Pero, ¿qué es lo que estás diciendo?—exclamó colérico el alcalde—. ¿Cómo se te ha de dar suma tan alta por lo que tan poco te ha costado? ¡De ninguna manera! Beberás con nosotros un vaso de vino, y pondremos en tus manos cincuenta pesetas; eso es bastante para lo poco que has hecho.

Basiliso, indignado, con el rostro amarillento por la bilis, respondió de este modo:

—Eso sería un engaño vil que no consentiré. No estoy dispuesto a ceder ni una peseta de la suma prometida. Si no queréis entregármela, tanto peor para vosotros. Mi cornamusa va a vengarme.

Y así diciendo, salió de nuevo a la calle, colocó en sus labios el mágico instrumento, y comenzó a

tocar nuevas melodías. Esta vez no fueron las ratas, que ya estaban bien ahogadas, sino los niños todos de la ciudad de Tomellín los que, después de asomarse ansiosos por puertas y ventanas, bajaron precipitadamente y salieron en seguimiento del mago; y tras ellos, también sus madres, para retenerlos y volverlos a sus casas. Parecía cosa de encantamiento, y lo era en verdad, porque nadie tenía poder suficiente

para evitar que los pequeños obedeciesen a los acordes de Basiliso, ajeno por completo a lo que ocurría a su alrededor. La cornamusa cantaba, la cornamusa llamaba. Era preciso ir tras ella. Y no había poder humano que impidiese a los niños su marcha. Las mujeres gritaban, pedían auxilio, rogaban al hechicero que se detuviese; pero éste, sin mirar a nadie, continuaba su camino, tocando siempre la cornamusa,

sin fijarse siquiera en la multitud de chicuelos que le seguían.

—Pronto llegará al río—gritaba la gente—y los niños de Tomellín perecerán ahogados. Avisad al alcalde. ¡Pronto, pronto, decidle lo que pasa!

Pero ya el alcalde venía corriendo como un loco, porque sus tres hijos pequeños formaban también en la comitiva del mago.

—¡Volved al instante! Os traigo vuestras mil pesetas. ¡Tomadlas, tomadlas!

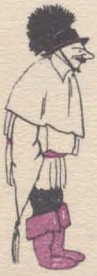
Después de estas palabras, se hizo el silencio. Calló la cornamusa, y Basiliso retrocediendo unos pasos, recibió el dinero de manos del alcalde.

Los niños, deshecho el encanto de la música, recobraron su inteligencia y volvieron a sus casas. Entonces, el hechicero dijo así al alcalde:

—No volváis a ser injusto, porque hasta una simple cornamusa puede tener poder para castigaros.

Y la lección fué tan útil, que más tarde se escribió en latín este proverbio:

«Justo como el alcalde de Tomellín».



EL PALACIO DE NIEVE

CUANDO murió el montero Ladislao, su hijo, después de enterrarlo y de verter abundantes lágrimas sobre su tumba, volvió a la pobre cabaña con intención de tomar allí lo que hubiese de

valor y partir hacia otras tierras; pero como en aquella casuca miserable nada había que valiese el trabajo de cargar con ello, tomó su halcón, púsose el gato en un hombro, indicó a su perro que le siguiera, y con estos tres compañeros se alejó por el camino.

Aun no había recorrido un gran trecho, cuando le salió al encuentro un hombre que, por su aspecto, parecía judío.

—¿Adónde vas?—le preguntó.

—Voy a buscar fortuna. Mi padre ha muerto, y yo abandono la cabaña, porque no tengo ya corazón para verla.

—Ven conmigo—le dijo el judío—. No debes desperdiciar la ocasión que se te presenta. Marchando un poco más, encontraremos un lago, y en él está lo que puede hacerte feliz. Sigamos adelante.

Ladislao no se opuso, y aunque las palabras del judío le parecieron extravagantes, siguió marchando en su compañía. Después de una hora de camino, avistóse por fin un lago que resplandecía a la luz del sol. Cuando el judío y Ladislao estuvieron en la orilla, aquél dijo a éste:

—Cierra bien los ojos, da dos pasos, y déjate hundir en el agua. Cuando llegues al fondo, una vez que te sientas en tierra firme, busca con las manos un montón de monedas de oro que debe de estar por estos sitios; llénate los bolsillos con todo el oro que puedas, y yo te subiré luego a la superficie. Aquí nos repartiremos el tesoro.

El judío ató una cuerda al cuerpo de Ladislao, y éste, después de colocar en un grupo el perro, el gato y el halcón, cerró los ojos, avanzó dos pasos, y sintió claramente que su cuerpo comenzaba a hundirse dentro del agua; minutos más tarde, sus pies tocaron el fondo. Entonces, con el mayor empeño,

tanteó en su derredor, y después de algunas pesquisas inútiles, sus dedos tropezaron con el tesoro. Inmediatamente comenzó a llenarse los bolsillos, hasta que no le cupo más oro en ellos, y ya se disponía a tirar de la cuerda para indicar al judío que le subiese, cuando su mano dió contra una piedrecita de superficie tan suave como el terciopelo.

—Tómame—dijo la piedra a Ladislao en un tono

de voz muy extraño—; llévame contigo, y te daré buena suerte. Pero escóndeme dentro de tu cinturón, porque si me ve tu compañero el judío, pasaré a su bolsillo, y no soy para él; porque has de saber que ese hombre es un criminal. Ocúltale que me posees, y apártate de él cuanto antes, pues no te conviene su amistad.

Ladislao escondió la piedra en el cinto, hizo con

la cuerda la señal convenida, y se sintió subir a la superficie.

—¿Encontraste el oro?—preguntó el judío con gran ansiedad, metiendo las manos en los bolsillos de Ladislao.

—Sí—dijo éste—. He aquí cuanto encontré.

Y vació todo lo que llevaba.

Pero el judío, sin esperar más, cogió a toda prisa lo que estaba en el suelo, se lo guardó en los bolsillos y salió corriendo.

Ladislao le vió tranquilamente alejarse, y ya solo, llamó a su perro, levantó del suelo al gato y al halcón y se internó en el bosque.

Un gran ruido llenaba aquellas soledades; el cuerno de caza resonaba estruendosamente; de cuando en cuando, se veían correr los perros entre las arboledas, y hermosos caballos montados por elegantes jinetes cruzaban por todas partes.

—¿Qué ocurre? — preguntó Ladislao a un leñador que salía del bosque, llevando el hacha al hombro.

—Es que el Rey y la Princesa su hija están cazando.

Ladislao se internó en la espesura, deseoso de ver de cerca a tan altos personajes; pero no había avanzado mucho, cuando vió un caballo negro que corría como loco, llevando encima a una bellísima joven, más graciosa que un hada, con la cabellera al viento y los brazos airosamente levantados.

—¡Qué mujer tan hermosa!—exclamó—. ¡Feliz el hombre que logre casarse con ella!

En aquel momento, el joven se acordó de que en el cinto llevaba una piedra maravillosa que podía traerle la buena suerte. Desciñóse y la sacó de su escondite.

—¡Permite—le dijo Ladislao—que en vez de estas

pobres ropas pueda lucir un rico traje, como el de todos esos caballeros que están cazando!

No acababa el mozo de pronunciar estas palabras, cuando se vió vestido como deseaba. Su perro saltaba alegremente en torno suyo, cual si quisiera celebrar tan maravilloso acontecimiento. Al ver el

éxito feliz de sus peticiones, Ladislao se dirigió rápidamente a la ciudad, tomó alojamiento en un rico hotel, y dos días más tarde enviaba al Rey una carta, solicitando la mano de su hija

—Decid a ese loco—respondió inmediatamente el Rey—, que de no dar mi hija a otro Rey como yo

tan sólo se la daré a un mago; y que si él puede hacer un palacio de nieve, donde ardan perennemente hermosas llamas que iluminen su interior, le daré a la Princesa para que vaya a vivir con ella a ese palacio.

—Nada más fácil para mí—declaró Ladislao, al

saber la respuesta del Rey—. Hoy mismo quedará satisfecho el Monarca.

Y al día siguiente pudo admirar el Rey desde su balcón la hermosura del níveo palacio, maravillosamente edificado en una altura.

—Quien hace tales cosas—dijo el Rey para sí—,

podrá serme utilísimo—. Y añadió en alta voz:
—Decidle que le doy por esposa a la Princesa.

El matrimonio se celebró al instante, y los dos jóvenes fueron a habitar el palacio de nieve, dentro del cual comenzaron a gozar una dicha sin límites. La Princesa era una verdadera joya. Su alma no tenía comparación. Todas las perfecciones estaban reunidas en ella; la bondad, la dulzura, la ternura, la piedad, la gracia. Ser dueño de aquella mujer era una dicha sin igual. Ladislao se preguntaba de continuo en dónde podría encontrarse otra felicidad que fuese tan grande como la suya.

Pero he aquí que un día, cuando el joven cruzaba de prisa por el bosque para volver a su palacio, dos bandidos le detienen, le amordazan y le roban cuanto llevaba encima. Uno de aquellos hombres era el judío, que sin que se sepa cómo, conoce el secreto de la piedra. En un instante, el maravilloso talismán pasa de los bolsillos del Príncipe a las manos del judío, y los dos bandidos desaparecen entre los árboles, dejando tendido en tierra a Ladislao, que lucha desesperadamente para romper sus ligaduras. Entre tanto, dentro del palacio ocurren cosas extraordinarias. La servidumbre, entregada a sus labores en el piso alto, baja presurosa para avisar que los muros comienzan a fundirse y que algunos han venido al suelo. Las camareras acuden también asustadas, diciendo que las alcobas se inundan y que las paredes vacilan. Todos están aterrorizados. La Princesa, pálida como una muerta, ordena que todos abandonen el palacio, y cuando ya en él no quedan ni siquiera el perro, ni el gato, ni el halcón, ella sale también, y un momento después todo el edificio se desploma. Dos horas más tarde, Ladislao, que ha logrado desligarse, llega precipitadamente; pero en lugar del hermoso edificio que había dejado, tan sólo encuen-

tra un inmenso charco de agua... La Princesa se arroja en brazos de su marido y le dice llorando:

—He ido a pedir hospitalidad a mi padre, pero no ha querido dártela a ti, diciendo que eres un embaucador que le has engañado. Pero yo no te abandono, porque sin ti no podría vivir.

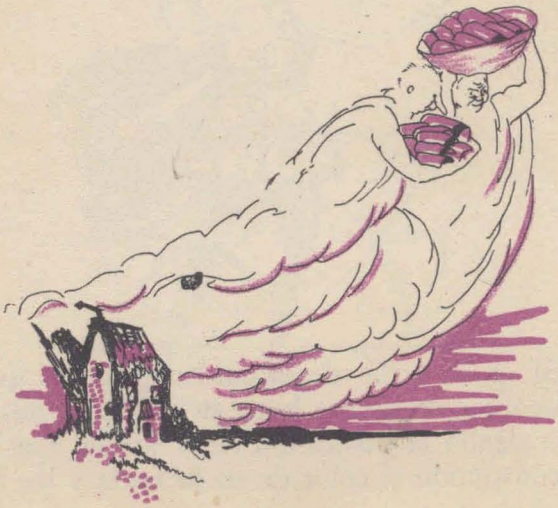
—Esposa mía—le dijo entonces Ladislao—; acaban de robarme una piedra maravillosa que me prometió la felicidad; pero ahora veo que al darme por esposa a una mujer tan perfecta, agotó su encanto, y ya de nada podría servirme. No me importa haber perdido el palacio de nieve, pues me quedas tú. Ven conmigo a mi pobre cabaña y seremos felices.

La Princesa se arrojó en los brazos de su marido y los dos se dirigieron muy contentos a la choza, donde viven aún, con el perro y el gato, que los acompañan fielmente, y con el halcón que les proporciona suficiente caza para vivir.

JUAN Y SU GATO

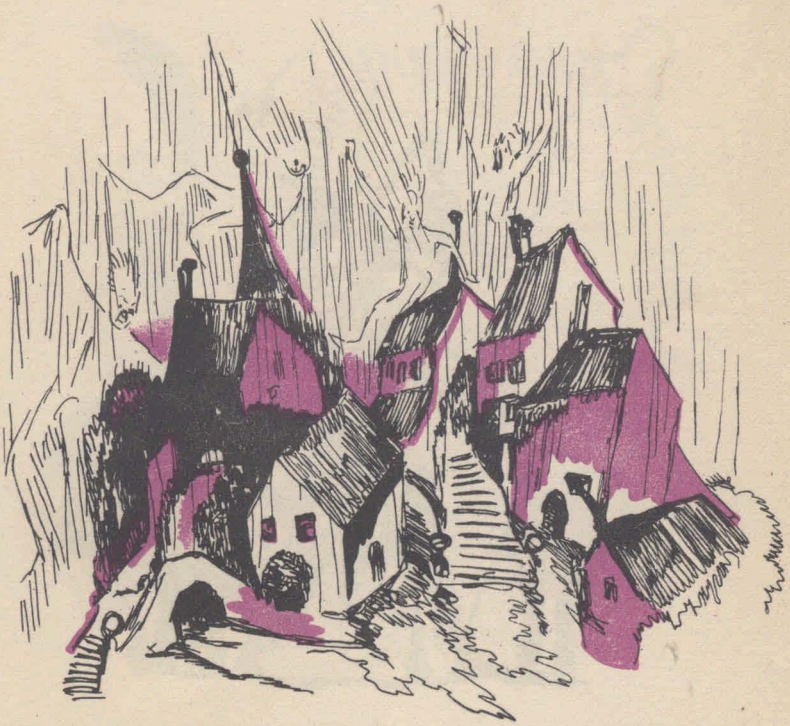
CASI en la orilla de la ciudad, y como quien se esconde avergonzado de su fealdad y desnudez, se alzaba la casuca del viejo Simón. Las lluvias habían consumido el color de su fachada y los fuertes

ventarrones se habían llevado muchas tejas; así, cuando los aguaceros se dejaban caer sobre la ciudad, penetraba el agua en los aposentos por mil goteras, imponiendo a la mujer de Simón y a su hijo Juan la penosa tarea de retirar o cambiar de sitio sillas y camastros, para que no se acabasen de arruinar bajo la lluvia.



—Manda que compongan el tejado—decía a menudo la mujer a su marido—. Porque el día menos pensado va a caérsenos encima.

Pero Simón no daba oídos a tales ruegos. Antes que gastar una peseta en el arreglo del tejado se habría dejado arrancar las entrañas.



—Hay que hacer ahorros—repetía—. Cuando menos se espera, llega la muerte y nos coge sin nada que dejar a la familia. Ya cuando yo me muera, Juan y tú los gastaréis en lo que os venga en gana. Por ahora, ¡paciencia!

Pero, como Simón lo había previsto, la muerte

tocó a su puerta cuando menos se pensaba, y echándose a la espalda el cuerpo del vejete, salió de prisa y lo metió en el hoyo.

La víspera de su muerte Juan había tenido un sueño extraño, que le causó una hondísima impresión.

Un hombre largo y seco se le apareció de pronto para decirle estas palabras:

—El dinero que tu padre deja, y que constituye una gran fortuna, ha sido mal adquirido. Con rara habilidad, digna de causa mejor, tu padre despojó a los pobres de sus bienes, y robó a los ricos. Si quieres que no te acompañe la mala estrella, vuelve a los pobres la mitad de ese dinero, y arroja al mar la otra mitad.

Dicho esto, el hombre desapareció, y Juan despertó maravillado.

—Nunca he sabido—pensó—que mi padre atesorase dinero. No conozco sino la miseria. ¡Vaya un sueño caprichoso!

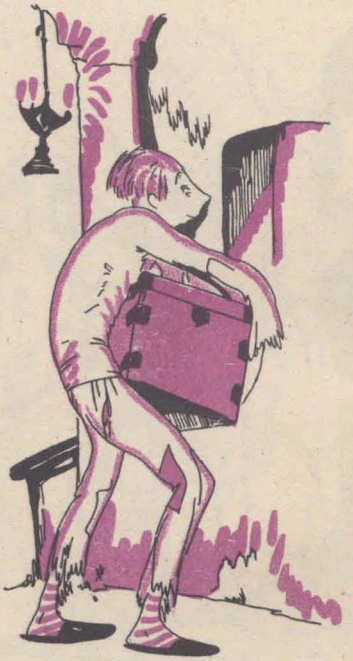
Pero cuando ya Simón estuvo enterrado, Juan, que había subido al desván para componer un venta-

nillo, advirtió en la pared una oquedad disimulada torpemente con una capa de yeso. Aplicó el martillo y, al dar el segundo golpe, se vino al suelo el panderete y apareció bien incrustado en el muro un cajoncito cuadrado, repleto hasta los bordes de monedas de oro.

Juan quedó deslumbrado. Con aquel tesoro podía

comenzar una vida muy diferente de la que hasta entonces llevaba. No sabría más de miserias, de fríos, de camastros duros, de zapatos rotos ni de largas veladas de trabajo. Aquel tesoro le hablaba de reposo, de bienestar, de ventura completa.

Iba a llamar a gritos a su madre para notificarle



el hallazgo cuando recordó el sueño y las palabras del extraño personaje:

—Es un dinero mal adquirido. Tu padre despojó a los pobres... Tu padre fué un ladrón...

—No, no—se dijo al punto Juan—. Mi madre debe ignorar todo esto. Esas noticias serían su muerte.

Y sacando el cajón de la pared, volcó su contenido en un saquito que escondió bajo su cama, esperando tomar disposiciones.

Por la noche, mientras su madre dormía, Juan hizo sus planes y pensó en el modo de llevarlos a la práctica. Apenas alboreaba, salió de su destarta-

lada casuca, llevando a la espalda el saquito de oro, y sin meter en él las manos para trasladar siquiera una al bolsillo, fué de cabaña en cabaña repartiendo a los pobres generosas limosnas.

Todos le bendecían, llorando de enternecimiento. El mismo Juan iba con los ojos húmedos.

Cuando calculó que la mitad del tesoro estaba ya devuelta a los pobres, se dirigió hacia el mar y, sin entreabrir siquiera el saco, que aún pesaba mucho, lo arrojó violentamente a las salobres ondas.

El ruido de miles de burbujas al estallar pareció decir a Juan que su labor quedaba concluída.

Alzó los ojos para dar gracias al Cielo por haberle ayudado a resistir la tentación, que le acometió muchas veces, de guardar aquel tesoro, y volvió hacia su casa donde ya le esperaba la madre intranquila.

—Mira, hijo mío—le dijo la buena señora—, temo que el tejado, por el descuido en que estuvo hasta

ahora, se nos venga abajo. Además, he sufrido tanto a causa de las goteras, que ya no deseo seguir aquí. Llévame al pueblo donde está mi hermana, y allí me quedaré con ella mientras tú buscas trabajo mejor pagado que el que ahora tienes.

Una semana después, Juan dejaba instalada a su

madre en casa de la tía, y él, con un morralillo a la espalda, siguió la carretera en busca de nueva y mejor fortuna.

No había caminado gran trecho, cuando tropezó con un pequeño paquete. Se inclinó para recogerlo y halló que era un pañuelo bien plegado, con seis pesetas atadas en una de sus puntas.

—He aquí el principio de mis ahorros—se dijo el mozo, guardando cuidadosamente aquellas monedas que la casualidad le arrojaba al paso.

Y sin pensar después en ellas, cruzó una inmensa llanura, y llegó al fin a un pueblo que desde larga distancia le parecía ya poder tocarlo con la mano.

Las sombras de la noche comenzaban a descender, y los velones y lámparas se encendían ya en las casas.

Cuando Juan estuvo delante de la primera puerta, llamó a ella discretamente. Un hombre vino a abrirle.

—¿Me podrán proporcionar en esta casa un poco de café caliente?

—De buena voluntad—repuso el hombre, indicando a Juan que pasara.

En el interior de aquella estancia humilde, un anciano y una anciana se calentaban junto al fuego del hogar. Juan pasó también a ocupar un sitio cerca de las marmitas que borbotaban, y de pronto

fijó sus ojos en un animalejo extraño que estaba inmóvil junto al hornillo. Era de color gris oscuro, con la piel muy sedosa y los ojos brillantes, casi fosforescentes, que hacían recordar las pupilas de los buhos.

—Nunca he visto un animal parecido—dijo con asombro Juan—. ¿Qué clase de bicho es éste?

—Es un gato—respondieron con sencillez los dos ancianos.

—¿Un gato?—repitió lentamente Juan—nunca había yo oído ese nombre. Pero me agrada mucho el animalejo, y si me decís cuánto vale os lo compraré.

—Vale seis pesetas—dijo la anciana levantándose y arrastrando al animalillo hasta donde estaba Juan.

El trato se cerró en un instante, y el mozo pagó su compra con las seis pesetas encontradas en la carretera.

Y cuando Juan salió de la cabaña no iba solo,

sino acompañado por su gato. Con él se le vió por todas partes. Y acaso por la simpatía del animalito le fué muy fácil encontrar trabajo bien retribuído dondequiera que se presentaba. Siempre con él bajo el brazo, llegó a una ciudad distante donde según noticias, había trabajo en abundancia. Mas su sor-

presa fué mucha, porque al entrar encontró al pueblo sumamente alborotado: una plaga de bestezuelas negras que Juan no había visto jamás, invadía por completo las casas y las calles.

—¿Pero qué bichos son éstos?—preguntaba horrorizado, dando saltos para huír de sus acometidas.

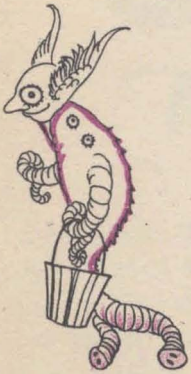
—Se llaman ratas—le dijeron unas mujeres que se habían subido al pilón de la fuente para ponerse en salvo—. No sabemos de dónde han salido, pero estamos desoladas. Las hay hasta en las ollas.

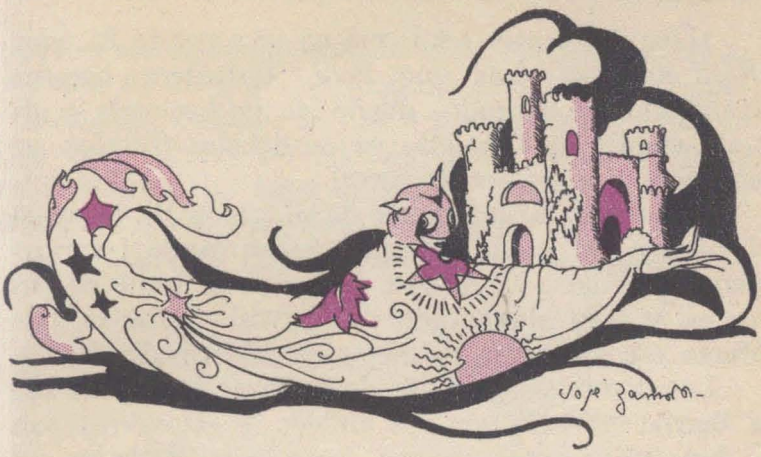
Mientras Juan y las mujeres hablaban, el gato, de un salto colosal, se había arrojado a tierra y, en

menos de unos minutos, la calle fué un campo de Agramante donde sólo se pisaba sobre ratas muertas. Cinco días duró la batalla, y, al final de ella, todas las ratas que no perecieron se batieron en retirada, y la ciudad quedó libre de aquella plaga terrorífica. La gente volvió a vivir y a ser feliz.

Así, por las proezas del gato, su dueño se convirtió de pronto en el ídolo de la ciudad; y no mucho después, el mozo se casó con la más hermosa de las hijas del Rey.

Cosas que no habrían ocurrido jamás si Juan hubiese conservado el dinero mal adquirido que heredó de su padre.





EL CASTILLO DEL DIABLO

NO hay que pasar por el camino de Guardiola, porque toparéis de manos a boca con el *Castillo del Diablo*. Y ya que os hablo de él, voy a contaros su historia.

Hace doscientos años que en una granja llamada *Rosa del Oro* vivía don Pedro Caballero, hombre trabajador y honrado, dueño de la hacienda y de todo cuanto ésta poseía, ya en árboles frutales, ya en vacas y animales de corral.

Don Pedro, acompañado de su criada Marta, vieja devota y fiel, vivía tranquilo, saboreando las ricas peras que daba su huerto, bebiendo la leche de sus vacas, y bien alimentado con pavos y gallinas, que Marta escogía entre lo mejor de los corrales.

Los domingos, después de la misa, don Pedro iba a charlar un rato con sus amigos; y éstos visitaban a don Pedro entre semana, cuando los trabajos del día quedaban terminados en sus granjas. Entonces Marta arreglaba la mesa de un modo especial, y servía los bizcochillos y las tortas que en días determinados del mes hacía para regalo de don Pedro y de sus amigos.

—¡Qué granja tan hermosa es la *Rosa de Oro!*— exclamaban cuantos conocían la casa de don Pedro—. Hay en ella cuanto se puede apetecer.

—Así es—respondía satisfecho don Pedro—. Nada falta. Si alguno de vosotros tiene un día la mala suerte de ver arder su casa, que venga aquí con sus hijos, pues la granja es grande.

Don Pedro era muy querido en aquellos contornos. Todo el mundo apreciaba su buen corazón, su conciencia honrada, su respeto al santo nombre de Dios.

No había pordiosero retrasado que no hubiese hallado asilo por una noche en la *Rosa de Oro*. Más de un arriero sorprendido por la tempestad, cenó en la mesa de don Pedro, mientras su mula reparaba las fuerzas en el pesebre de la granja.

Vamos, que don Pedro era un hombre completo, muy digno de poseer los bienes que el Cielo le había

dado. Pero he aquí que un día, como viese en la portada de un libro un elegante grabado que representaba un castillo, se dió a pensar en lo hermoso que sería poseer un edificio como aquel; y desde ese momento no tuvo otra idea que la de realizar sus bienes, venderlo todo y adquirir un castillo.

—Me parece que tu plan es una locura—le dijo

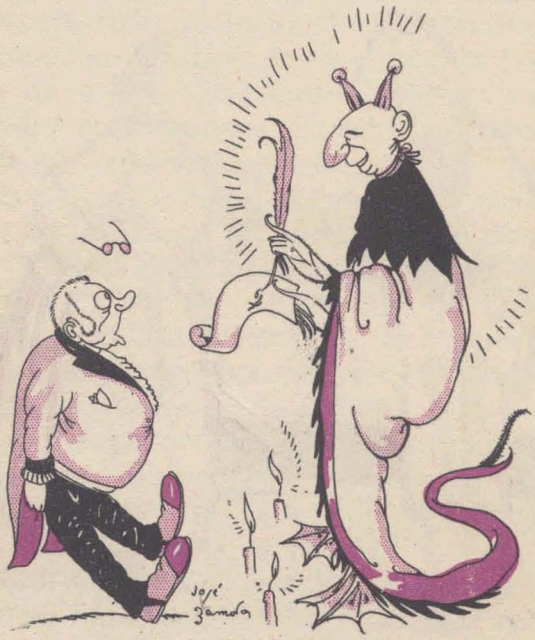
uno de sus compadres—. Así vendas hasta el gato, no podrás reunir la suma necesaria para comprar un castillo.

—Pues si no me basta con el producto de esa venta, daré mi alma al diablo por lo que falte.

—¡Ave María Purísima!—dijo el compadre de don Pedro, persignándose con terror—. ¿Cómo te

atreves a decir tales cosas, siendo como eres un hombre piadoso y bueno? ¡Guárdate de repetirlas!

Don Pedro quedó en silencio y la conversación giró sobre otros asuntos; pero en la noche, cuando el dueño de la granja se preparaba a meterse en el lecho, una figura alta y seca, bien envuelta en una capa grana, surgió de un rincón del cuarto y se acercó a don Pedro:



—Vengo—le dijo—, porque me has llamado.

—No sé quién eres—repuso el dueño de la granja.

—¿No lo sabes? Pues mírame.

Y el recién venido, desplegando la capa en que se envolvía, dejó al descubierto su horrible persona. Dos cuernos adornaban su cabeza; dos ojos de lumbre daban vida a su rostro; largas uñas prolongaban hasta lo increíble sus dedos; y un rabo negro, como

el de un ratón gigante, se le enroscaba en las piernas.

—¡El diablo!—gritó don Pedro, retrocediendo en el cuarto.

—Sí, yo soy—dijo el monstruo velludo y negro—. Pero no me t mas. Vengo para hacerte el castillo que quieres. Te lo fabricaré con piedra arrancada de las rocas; y desafiará los siglos...

La voz del monstruo parecía tener inflexiones persuasivas, y don Pedro, que había comenzado por retroceder, poco a poco volvió a irse acercando al diablo; y cuando estuvo a un palmo de sus narices, le preguntó:

—Pero ¿es verdad lo que prometes?

—La más pura verdad. No tienes sino firmarme este papel.

Y el diablo presentó a don Pedro un pliego escrito por las cuatro caras, donde podía leerse la descripción pormenorizada del castillo que el demonio prometía por el precio de un alma.

—¿Y qué alma es esa?—preguntó anhelante don Pedro.

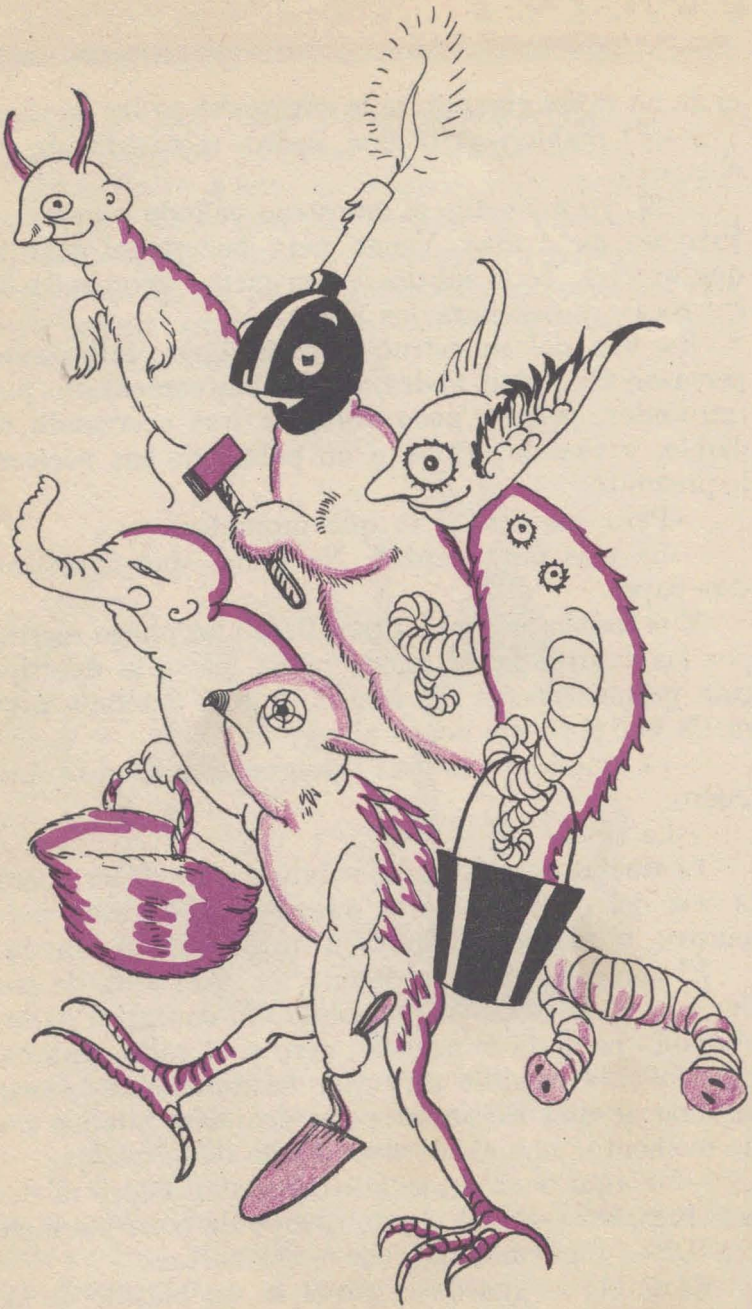
—La tuya.

El dueño de la granja volvió a retroceder; pero la voz del diablo recurrió nuevamente al tono persuasivo, y una hora después el trato quedaba sellado.

El convenio era el siguiente: si en el alba de ese día no estaba el castillo concluído al cantar el gallo, el diablo perdería el negocio; pero si el gallo cantaba cuando ya el castillo estuviese terminado, entonces; el alma de don Pedro sería del demonio, aunque no de momento, sino al morir el dueño de la granja.

—De aquí para entonces—pensó don Pedro mientras firmaba—, habré tenido tiempo de ponerme bien con Dios. Juguemos hoy con estas cartas.

El diablo se guardó el papel en un bolsillo de la capa, y salió de prisa.



Multitud de diablos iban y venían...

—¿Dónde quieres el castillo?—dijo al cruzar por la puerta.

—Allá—repuso don Pedro, señalando hacia la izquierda del valle—. Junto a esa arboleda.

Y poco después, don Pedro, asomado a la ventana de su cuarto, asistía de lejos a la construcción del castillo. Aquello era verdaderamente una batahola infernal. Multitud de diablos iban y venían, los unos con piedras, los otros con arena, éstos con palas, aquéllos con azadones o martillos, los de más allá con sacos y con cubos... El ruido era ensordecedor. A pesar de la distancia, don Pedro tenía que taparse los oídos para no aturdirse. Y el castillo, como en los cuentos de magia, comenzaba a surgir de la tierra, a levantarse más y más, a crecer portentosamente, cual si se propusiera prestar sus cornisas para nidos de las águilas.

Don Pedro, que en un principio miraba con gran alegría cómo empezaban a elevarse los cimientos del castillo, cuando vió que los muros se alzaban con rapidez nunca vista, sintió cierta inquietud dentro de su corazón. Y presa de la mayor intranquilidad, se paseaba precipitadamente por el cuarto.

Marta, que le oyó, se presentó al punto:

—¿Se siente enfermo el señor? ¿Desea tomar alguna cosa?

—No—dijo el amo—; vuelve a tu lecho, yo me encuentro bien.

Marta se recogió nuevamente en su alcoba, y don Pedro tomó asiento en un sillón. Pero su intranquilidad subía de punto. ¿Para qué había firmado ese papel? Antes de que el gallo cantase el castillo estaría concluído, y el alma de un hombre creyente sería del diablo. De la intranquilidad pasó don Pedro a la angustia, y de ésta a la desesperación. ¿Qué

hacer, Dios santo, para anular aquel horrible compromiso?

Marta, oyendo nuevamente al amo ir y venir en inquietantes paseos, volvió a presentarse en el cuarto de don Pedro, y éste, agobiado bajo el peso de su angustia, le confesó la verdad.

—Ya ves—le dijo, señalando hacia el valle—; el

castillo está ya casi terminado, y falta mucho para que el gallo cante... Estoy perdido.

Marta, sin decir palabra, se fué a la cocina, encendió la linterna y salió con ella hacia el gallinero. Llegada a éste, procuró que la luz de la linterna se filtrase por los intersticios de las tablas. Y un instante después, los gallos, despertados por la luz y

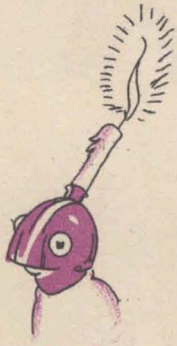
juzgando que el alba llegaba, saltaron de sus pértigas, salieron al campo y llenaron los contornos con sus vibrantes gritos.

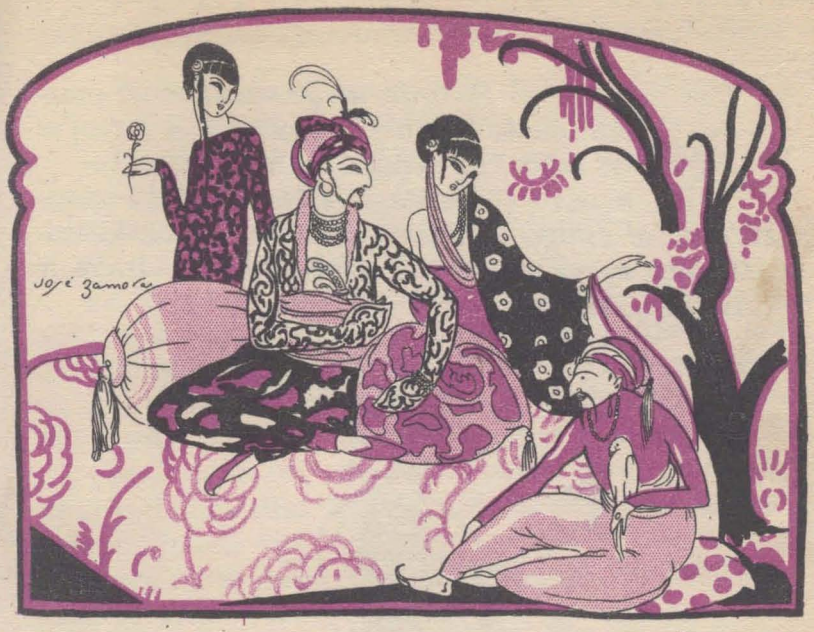
El diablo, al oirlos, lanzó un grito de rabia y huyó hacia los montes, seguido de su tropa de obreros infernales.

Y don Pedro, libre de todo compromiso, cayó de rodillas para alabar a Dios. Estaba salvado.

Allá en el valle, el castillo quedó para siempre sin concluir. Las lluvias y el tiempo lo han descascarillado y sólo las lechuzas lo habitan.

Si vais por el camino de Guardiola tened cuidado de no pasar cerca de él. Es el *Castillo del Diablo*. Haced de lejos la señal de la cruz, y seguid adelante.





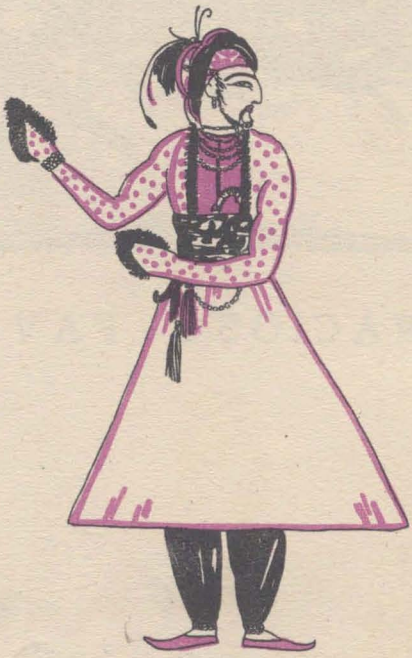
EL GRACIOSO FAVORITO

ABUL Novas era el favorito del Sultán, y éste no podía pasarse un solo día sin ver a su lado a Abul Novas, que tenía el genio muy divertido y siempre estaba tramando bromas.

Una mañana, el favorito se presentó en el palacio del Sultán, diciendo entre lágrimas:

—Querido señor, mi esposa ha muerto.

—¿Ha muerto tu esposa?—dijo el Sultán abrazando a su amigo—. Pues que se te dé inmediatamente una nueva mujer—. Y llamando a la Sultana, le refirió lo acontecido.



La Sultana deploró la muerte de la esposa de Abul Novas; pero, lo mismo que su marido, opinó que era preciso dar nueva esposa al favorito.

—Yo tengo una ahijada muy bonita—agregó, dirigiéndose a Novas—. Seguramente que te convendrá.

En ese momento, una linda joven se presentó bailando en la estancia, mientras sonreía al favorito.

—Hela aquí—exclamó la Sultana; y llamando a la joven, la acercó a Abul Novas y le dijo:

—Querida mía, te destino a este caballero por esposo. ¿Quieres casarte con él?

—De todo corazón—respondió la joven tendiendo su blanca mano a Abul Novas.

El favorito aceptó aquella mano que se le tendía, y el matrimonio se llevó a efecto al instante. Así, cuando Abul Novas volvió a su casa, llevaba ya consigo una nueva esposa. Momentos después, los enviados del Sultán y de la Sultana llegaron con los regalos de boda, joyas en su mayor parte, y un cofrecillo repleto de monedas de oro. Después de estos emisarios llegaron otros, que traían por presente ricos trajes, y luego otros más, con tapices muy exquisitos y mantos muy vistosos.

Por algún tiempo Abul Novas y su mujer fueron muy dichosos. Se dedicaron a pasear, a divertirse

y a gastar dinero. Mas como los regalos del Sultán no eran inacabables, ni mucho, menos, cuando los dos esposos volvieron en sí de su embriaguez de diversiones se encontraron con que de su fortuna sólo quedaban unas cuantas monedas.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—dijo la mujer, llena de sorpresa y de angustia.

—Sólo una cosa—respondió Abul Novas—. Ve a arrojarte a los pies de la Sultana y exponle nuestra situación. De seguro tu madrina volverá a protegerte.

—Francamente, no quisiera presentarme—dijo la esposa—. Ve tú, mejor. El Sultán te recibirá inmediatamente.

—Sí—dijo Abul Novas—. Quédate en casa, y yo

caeré a los pies del Sultán, diciendo que has muerto y que no tengo con qué enterrarte.

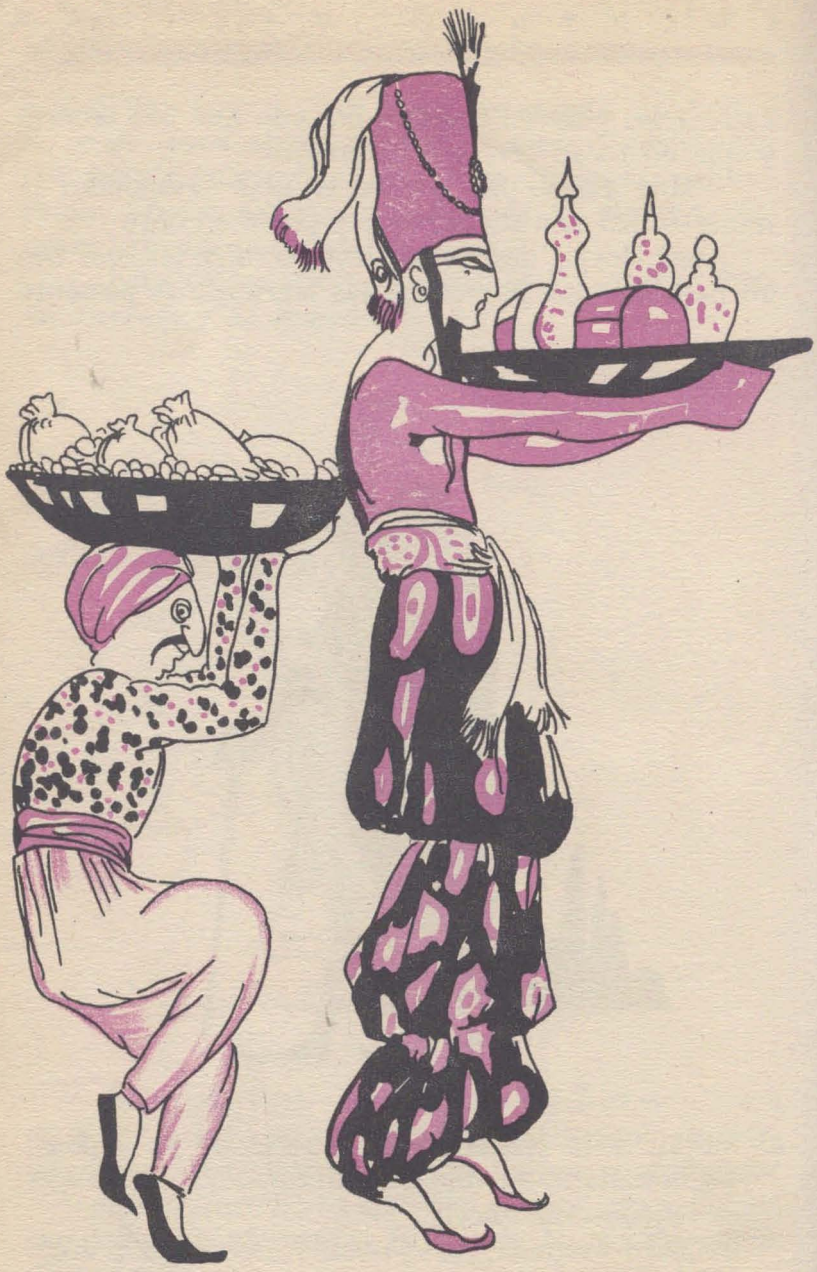
—Muy bueno me parece el plan—respondió la mujer—. Sal inmediatamente y ponlo en obra.

Abul Novas, después de frotarse bien los ojos con un papelillo que provocaba las lágrimas, se presentó

al Sultán y le comunicó la muerte de su esposa.

—Consuélate—le dijo el Sultán—. Ya sabes que todos tenemos que morir.

—Cierto—repuso Abul Novas—. Pero aquí lo doloroso del caso es que no tengo con qué enterrar a mi mujer, ni siquiera con qué amortajarla.



Y ordenó al primer ministro que entregara a su favorito cien monedas de oro.

—¡Ah!—dijo el Sultán—. Eso es otra cosa.

Y ordenó al primer ministro que entregara a su favorito cien monedas de oro.

Abul Novas, llorando aún, salió del palacio, y cuando llegó a su casa, dió a su mujer las cien monedas, y le dijo:

—Como bien comprendes, este dinero no nos basta. Vístete de negro, y corre a decir a la Sultana que yo he muerto y que tú no tienes con qué enterrarme.

La esposa se vistió de luto, echó sobre su cabeza un manto de crespón, y se presentó a la Sultana llorosa y abatida.

—Mi marido ha muerto—le dijo—, y no tengo con qué enterrarlo.

La Sultana se dirigió hacia un gran mueble que había en la estancia, abrió un cajón y, sacando de él un saquillo de seda, lo entregó a la joven. Esta besó los pies de la Sultana y corrió en busca de

Abul Novas. Entre los dos abrieron el bolsillo y encontraron en él trescientas monedas de oro y otras tantas de plata.

—Ahora—dijo Abul Novas—, cuando esta noche visite el Sultán el palacio de la Sultana, como tiene por costumbre, le referirá que has muerto tú, y ella

le dirá que no es así, porque el muerto soy yo. Esto va a traer una disputa por extremo divertida. ¡Quién pudiera escucharla tras los cortinajes!

Abul Novas y su mujer rieron con regocijo; y por la noche, cuando el Sultán contó a la Sultana que la mujer de Abul Novas había muerto, la Sultana exclamó:

—¡Pero si es Abul Novas el que ha fallecido! Mi ahijada en persona ha venido llorando a avisármelo.

—Y Abul Novas en persona—dijo el Sultán—vino hoy mismo a comunicarme la muerte de su esposa. Le he visto llorar copiosamente.

—¡No puede ser!—gritaba la Sultana.

—¡Le he visto yo con mis propios ojos!—gritaba el Sultán.

Los dos estuvieron un buen rato discutiendo y riñendo, hasta que por fin el Sultán dijo a la Sultana:

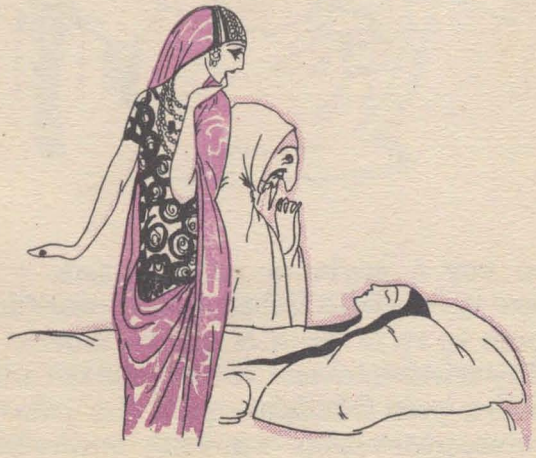
—Para probarte que soy yo quien tiene razón, voy a enviar a mi secretario a casa de Abul Novas. El atestiguará que es su esposa la muerta.

Y el secretario partió inmediatamente a desempeñar su comisión; pero Abul Novas le vió venir desde

la ventana, y tuvo tiempo de correr a avisarlo a su mujer.

—¡De prisa!—le dijo—súbete a la cama y fíngete muerta, porque se dirige hacia acá el secretario del Sultán, y es indudable que viene sólo a saber quién de nosotros es el muerto. Esto ya es el resultado de la disputa entre el Sultán y su mujer.

La esposa de Abul Novas corrió a la cama, y cuando el secretario entró la vió tendida y a su marido llorando a los pies del lecho. Convencido, el enviado volvió al palacio a comunicar la verdad al Sultán.



—Señor—le dijo inclinándose—, es la esposa de Abul Novas quien ha muerto.

—¿Te convences de que soy yo el que tiene razón?—dijo el Sultán a la Sultana—. No es Abul Novas el muerto, sino su mujer.

—Es que el secretario está de tu parte—dijo la Sultana—, y por eso trae la noticia que te conviene;

pero yo voy a enviar a mi secretaria, y entonces sabremos la verdad. Debías estar tristísimo—agregó—, pues es tu favorito el que ha muerto.

—Muy triste estuviera si esa fuese la verdad—dijo el Sultán—; pero felizmente para él y para mí, Abul Novas vive, pues te repito que hoy mismo le he visto.

La secretaria de la Sultana salió inmediatamente

con la misión de ir a casa del favorito y averiguar la verdad.

Abul Novas y su esposa estaban en el balcón cuando vieron venir a la enviada de la Sultana.

—¡De prisa!—dijo el marido a la mujer—. ¡Ayúdame en el acto! Voy a tenderme en la cama y a

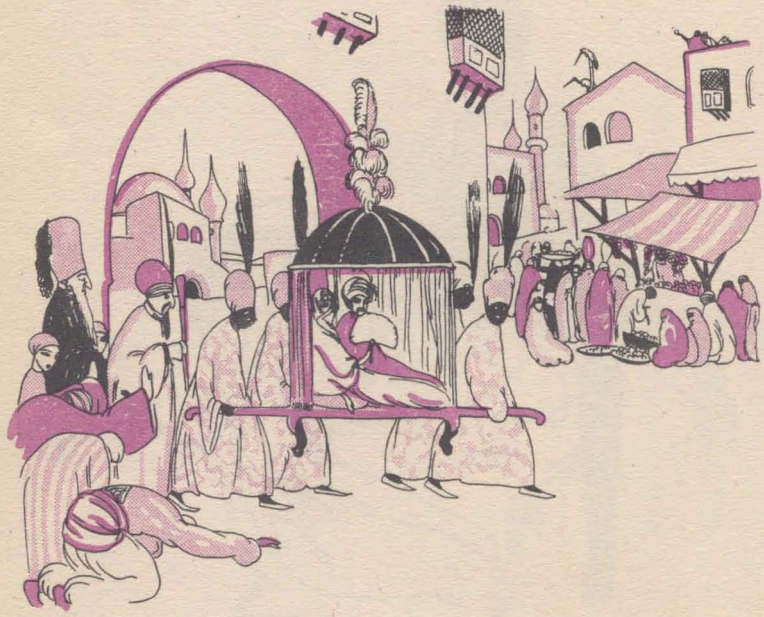
fingirme muerto Colócate tú a mis pies y ponte a llorar.

Cuando entró la secretaria, el cuadro era patético. La esposa de Abul Novas se deshacía en sollozos. La nueva enviada no tuvo que preguntar una palabra, pues estaba a la vista quién era el muerto. Volvió

de prisa a palacio y comunicó a su señora la muerte de Abul Novas.

—¿No te convences?—dijo la Sultana a su marido—. Es él, tu favorito, quien está en el lecho de muerte.

El Sultán, seguro de haber hablado pocas horas

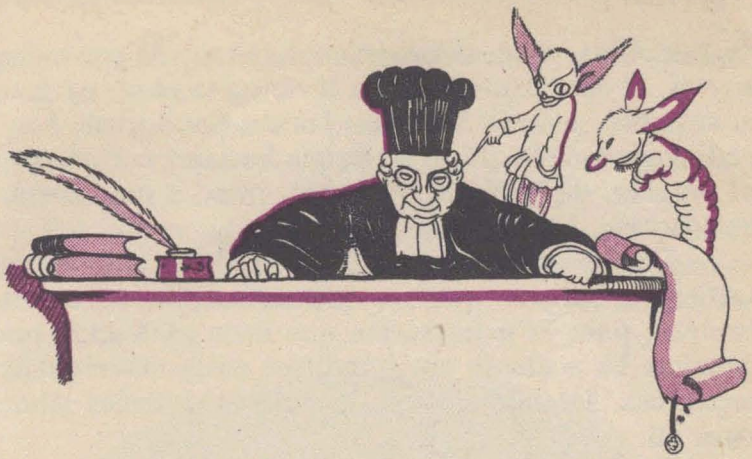


antes con Abul Novas, pero temiendo que le hubiese acontecido algún repentino mal, salió con su mujer hacia la casa de su predilecto. Y éste, que les vió venir, llevó a su esposa hacia el lecho, donde se tendieron los dos, fingiéndose muertos. Al entrar el Sultán en la estancia y ver el cuadro, gritó entre sollozos:

—Mil piezas de oro daría a quien me aclarase este misterio.

—¡Dádmelas a mí!—gritó Abul Novas levantándose y tendiendo la mano—. Yo os explicaré el secreto mejor que nadie.

El Sultán lanzó una carcajada, abrazó a su favorito, y después de oír su confesión se lo llevó a palacio, donde él y su mujer vivieron muy felices.



UN SUEÑO EXTRAÑO

HACE muchos años que, al caer de una hermosa tarde de Septiembre, Pedro Pinar se hallaba sentado en el límite de su posesión. Los trabajos del día habían concluído; todos los labradores estaban

ya recogidos, y un silencio completo reinaba por todas partes. Preparábase Pedro a levantarse para regresar a su casa, cuando vió que Tomás Candil, un honrado vecino de la aldea, se dirigía hacia él, con objeto, al parecer, de hablarle. Aguardó, pues, a que Tomás se acercase.

—Vengo—dijo éste, después de darle las buenas tardes—a rogarte que me procures trabajo en tus campos, pues la mala suerte que hace ya tiempo me persigue ha acabado por hundirme en la miseria más espantosa. De manera que me salvas si tienes labor para mí.

—Desgraciadamente—replicó Pedro—ayer mismo tomé un nuevo jornalero, porque me hacía mucha falta, y ahora me sería ya imposible contratar uno más; pero yo te recomendaré a mis amigos, y, tan pronto como sepa que hay algún trabajo, te lo diré.

—En ese caso—repuso Tomás Candil—tendrás que avisármelo por escrito, pues, desesperado ya de no encontrar aquí ninguna ocupación, he resuelto marcharme del pueblo mañana mismo. Pero si algo hallaras para mí, no vaciles en decírmelo al momento, pues bien comprenderás que me gusta más vivir en este lugar que en otro alguno.

—Ten la seguridad—dijo Pedro—de que te avisaré en el acto. Pero dame tus señas para dirigirte la carta.

Pedro sacó del bolsillo un pequeño libro de anotaciones y apuntó cuidadosamente la nueva dirección de Tomás Candil.

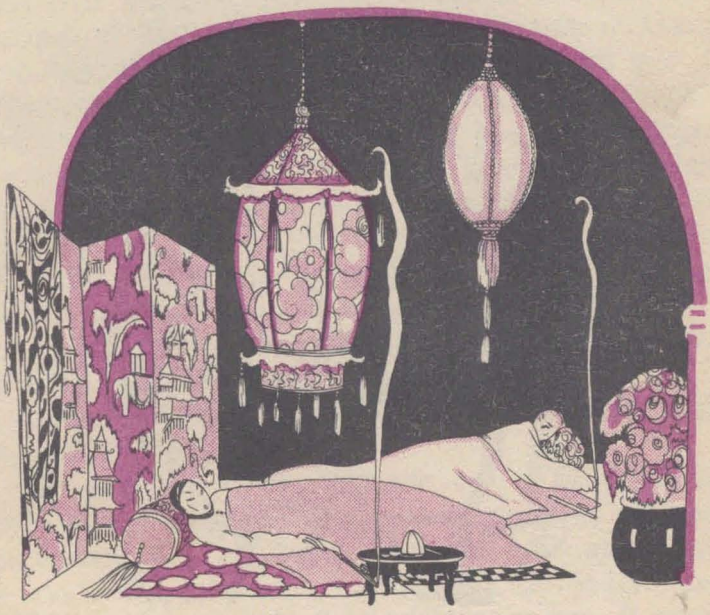
Los dos amigos se despidieron, y Pedro volvió a su casa para cenar y recogerse.

Al día siguiente, robando algún tiempo a sus quehaceres, visitó a algunas personas conocidas, para informarse de si tenían trabajo que ofrecer a Tomás;

pero, por el momento, ningún trabajo pudo hallar para su amigo.

—¡Pobre hombre!—pensó—. Parece que todo se confabula contra él. Quizá más tarde se presente alguna cosa.

Por algún tiempo buscó con empeño en todas partes; pero, decepcionado al fin, dejó de ocuparse del asunto, y acabó por olvidar el encargo de su amigo ausente.



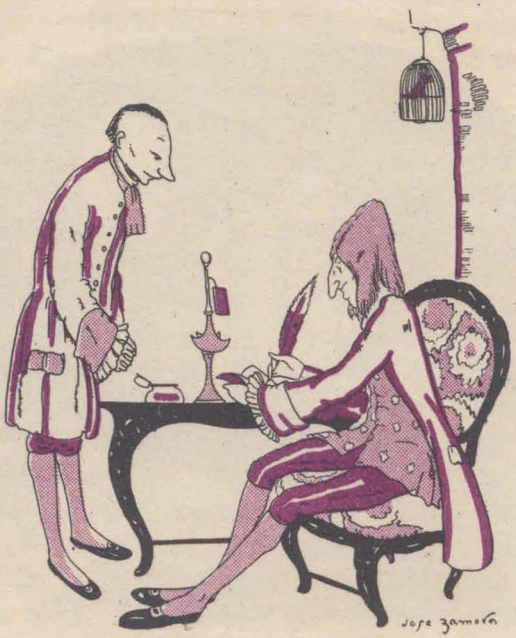
Habían pasado ya siete meses desde la partida de Tomás Candil, cuando una noche Pedro despertó a su mujer para decirle que había tenido un sueño muy extraño. En tres ocasiones durante la misma noche le atormentó la misma pesadilla, pero, al despertar, nada recordaba, sino que al abrir los ojos, las tres veces, oyó con gran claridad una voz apremiante, que decía:

—¡Levántate, y sal inmediatamente para Vistabuena!

Vistabuena era una pequeña ciudad que se hallaba a treinta leguas del pueblo donde Pedro vivía, y que éste no había visitado jamás.

—Al punto salgo para allá—dijo Pedro—. Es necesario que me vaya en seguida.

—¿Pero qué puedes ir a hacer allí?—le dijo su



mujer—. Ningún negocio tienes en esa ciudad ni menos conoces a persona alguna. Eso da risa.

—Te la dará a ti, y no me sorprende; pero yo, que he escuchado la voz que me incita a partir, no tengo el menor deseo de reirme, sino el de salir cuanto antes.

Y así diciendo, Pedro Pinar saltó del lecho, se vistió a toda prisa, tomó su libro de apuntaciones,

del que nunca se apartaba; se despidió de su mujer y dirigióse hacia el río para cruzarlo en la barca. Cuando llegó a la orilla, el viejo Leoncio, el barquero, le dijo:

—Iba ya a partir con estos pasajeros, pero oí tu voz que me gritaba, y me he detenido para esperarte.

Pedro no había abierto los labios; dió, pues, gracias a Dios por haberle permitido llegar a tiempo, y sin decir palabra entró en la barca. Larguísimo le pareció el paso del río, y más largo aún el tiempo que después tardó en llegar el tren; pero por fin vióse en la ciudad de Vistabuena. Allí se encontró con un gran número de personas que habían llegado de otras ciudades para asistir al juicio de un célebre asesino, que había matado a un caballero anciano para robarle. Hospedóse en una posada, y después de tomar algún alimento, se dirigió al Tribunal, donde la vista había dado ya comienzo.

El juez, antes de formular la sentencia de muerte, dijo así, dirigiéndose al preso:

—Si el acusado tiene algo que decir en su defensa, que lo diga.

El preso dijo lo de siempre: que él no había matado a aquel caballero, y que si tenía en su poder la cartera del asesinado, era tan sólo que, trabajando el día del suceso en la corta de madera, se la había encontrado en el bosque; pero que él no era capaz de robar ni de matar, porque había sido siempre un hombre honrado que vivía en el temor de Dios.

El juez preguntó a la concurrencia que llenaba la sala si alguno de los presentes conocía al acusado; pero nadie se levantó.

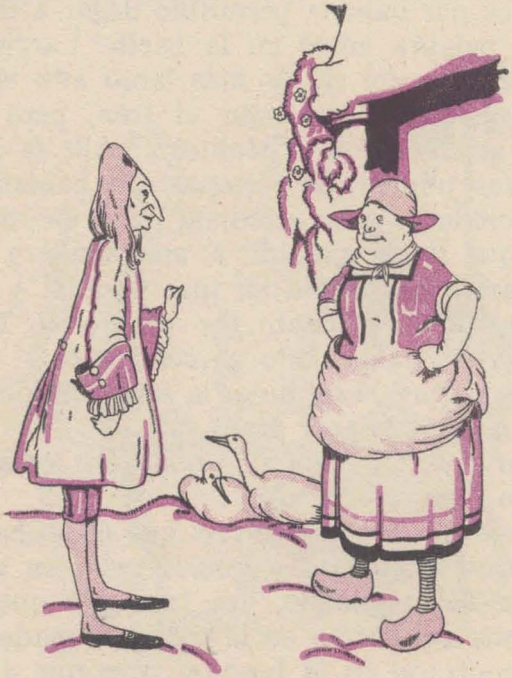
La consternación del preso era visible; un sudor abundante le bañaba el rostro, y sus manos temblaban. De pronto, cuando el silencio era más profundo

el acusado dejó escapar un grito y exclamó, señalando hacia un punto de la sala:

—Allí, en aquel banco, hay una persona que me conoce: es Pedro Pinar, vecino de mi pueblo.

Al oír esto, el nombrado se puso en pie, fijó sus ojos en el preso, y exclamó:

—En efecto, conozco a ese hombre, que es hon-



radísimo y a quien desgraciadamente no he reconocido hasta ahora. Se llama Tomás Candil, y es incapaz de matar a nadie. En mi pueblo se le estima muchísimo.

—Veamos—dijo el juez—. ¿Cuándo os habéis encontrado la última vez?

—Fué en el último otoño, el año pasado—repuso

Pedro—, cuando Tomás fué a buscarme para que le diese trabajo; pero, si mal no recuerdo—añadió—, debo de tener aquí apuntada la fecha exacta.

Pedro sacó su librito de apuntaciones y, al cabo de unos momentos de hojearlo, exclamó:

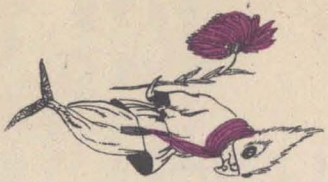
—Aquí está ya: 9 de Septiembre: *Buscar trabajo para Tomás Candil, que se va a Vistabuena, calle de la Paz.*

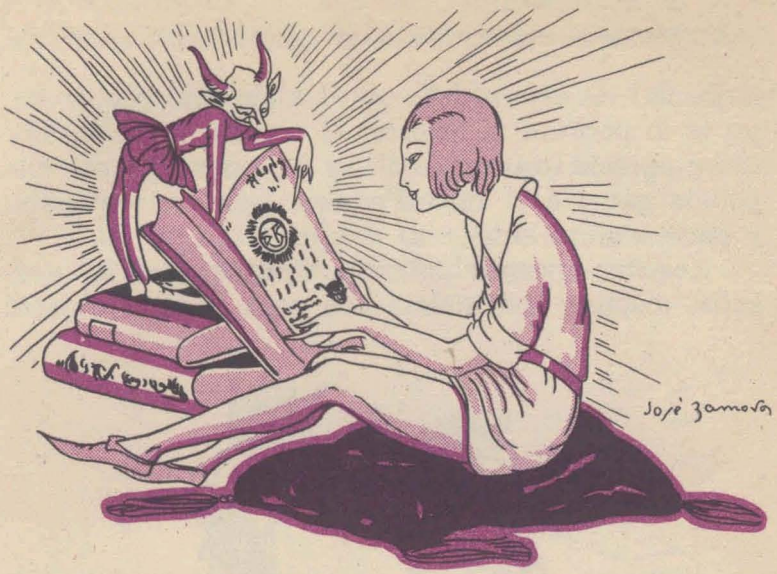
—¿Nueve de Septiembre?—dijo el juez—. Conviene precisar esa fecha, porque el mismo día se cometió el asesinato.

—Pues he ahí una prueba contundente—dijo Pedro—de que Tomás no es el asesino, ya que esa noche estuvo hablando conmigo en mi pueblo, que está a treinta leguas de aquí.

El hecho fué fácilmente comprobado, y Tomás Candil quedó absuelto.

Ya veis si era misterioso el sueño en que una voz—la de la Justicia quizá—ordenó a Pedro que fuera a salvar a un inocente.





LA TRAICIÓN DE ROGELÍN

ROGELIN era tan inteligente y tan listo, que, al cumplir quince años, su padre le llamó y le dijo:

—Puedes ya, como un hombre, ganarte la vida donde te sea fácil obtener mayor provecho de tu tra-

bajo. Sal de esta aldea, que semeja un pozo, y ve, yo te lo permito, a recorrer el mundo. Aquí no hay quien aprecie tu inteligencia, y yo espero que con ella podrás ganarte el pan. Prepara, pues, tu equipaje, y parte cuanto antes.

Rogelín, encantado del permiso que se le otorgaba, dispuso una maleta con ropa y otros objetos

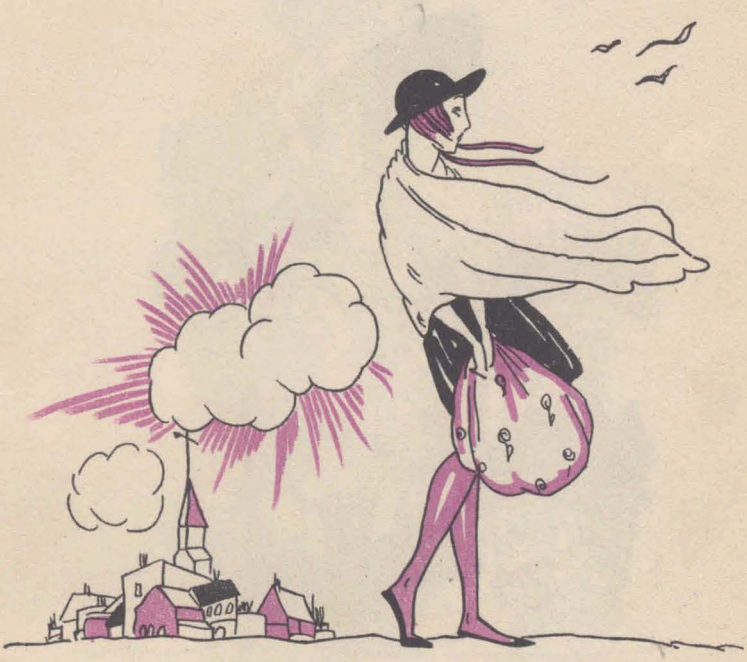
de uso, y, llegado el momento de partir, abrazó a sus padres y dejó su casa.

Después de dos días de marcha, llegó a una gran ciudad llena de espléndidos jardines y anchurosas plazas. Al cruzar por una de las calles más hermosas un caballero, vestido caprichosamente, le detuvo y le habló de este modo:

—Me agradaría saber quién eres y hacia dónde te encaminas.

—Soy Rogelín, y no llevo rumbo fijo, pues voy buscando un amo a quien servir.

—En ese caso—dijo el caballero, amablemente—, me agradaría tomarte a mi servicio.



—Dios os lo premie, señor. Mandad lo que queráis—replicó Rogelín contentísimo.

—¿Has estado ya en otras casas?—preguntó el caballero, fijando una mirada interrogadora en el rostro del muchacho—. Si así fuese—continuó—dime por qué causa has dejado tus anteriores empleos.

—No he desempeñado ninguno hasta hoy—respondió Rogelio con mucha satisfacción—. Vos seréis mi primer amo, porque acabo de abandonar la casa de mis padres para comenzar a ganarme la vida.

—¡Magnífico!—exclamó el caballero—. Entonces, sólo una pregunta de mucha importancia tengo que hacerte: ¿Sabes leer?

—¡Ah, sí, señor!

—¡Diantre!—repuso entonces el caballero—. Pues no me convienes, porque precisamente busco un muchacho que no sepa ni una sílaba. El trabajo que hay que desempeñar se limita a sacudir mis viejos libros. Pero si sabes leer... No, no me convienes, chiquillo. ¡Que la suerte vaya contigo!

... un caballero, vestido caprichosamente, le detuvo...

Rogelio se quedó silencioso y entristecido, pensando en lo mucho que le habría agradado aquel empleo. ¡Sacudir libros viejos! ¡Qué trabajo más halagüeño y delicioso!... Pero no le quedaba otro remedio que conformarse. Hizo un ademán resignado y continuó su marcha en busca de amo. Mas, conforme avanzaba, la tristeza de haber perdido aquel empleo que

tanto cuadraba con sus gustos, le ponía más y más meditabundo. Entonces, a fuerza de pensar y pensar, resolvió cortarse los cabellos, disfrazarse bien, y volver a cruzar la calle por donde había encontrado al caballero.

Vestido, pues, de otra manera, y cambiado todo su aspecto, volvió a pasear por los sitios ya conoci-

dos, esperando encontrar a quien deseaba. En efecto, no tardó mucho en aparecer y en preguntarle:

—Dime, chiquillo, ¿adónde vas?

—Ando en busca de un amo a quien servir.

—Pues yo necesito de un muchacho que me sirva;

de modo que, si quieres, ven conmigo. Pero, ante todo, dime: ¿Sabes leer?

—Desgraciadamente—respondió Rogelín—, no conozco ni una letra.

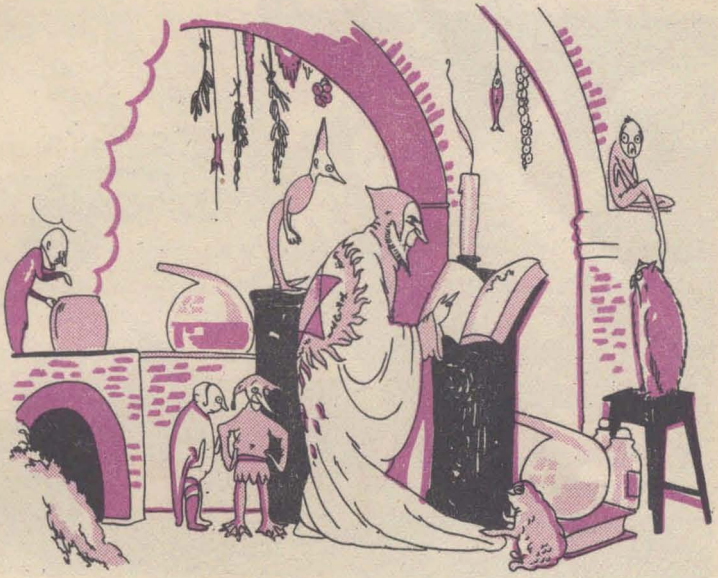
—Pues es precisamente lo que deseo. Te tomo entonces. El trabajo no es duro: se trata sólo de sacudir mis viejos libros. Vamos a casa.

Rogelín sirvió al caballero durante mucho tiempo. Pasaba casi todo el día hecho el rey del plumero en aquella inmensa biblioteca; pero cuando los libros quedaban limpios y el patrón se iba a la calle, sentábase en un escabel forrado de terciopelo, y leía, leía hasta que ya le bailaban las letras. Aquellos libros le enseñaban mil cosas extraordinarias. En ellos

aprendió la magia blanca, y la negra también. Por ellos supo que el amo a quien servía era nada menos que un hechicero. Sí; ésta era la verdad: un hechicero. Lo cual no dió pizca de miedo a Rogelín, sino que le entusiasmó grandemente y le puso en la fantasía el deseo de imitarle. Decidido a ello, dió en estudiar sin reposo aquellos libros que tan clara y

ampliamente trataban los asuntos de la hechicería, y cuando creyóse competente, y en estado de sacar magnífico provecho de aquella nueva ciencia, salió sin despedirse de su señor, y volvió a casa de sus padres.

—Aquí estoy de nuevo—les dijo.

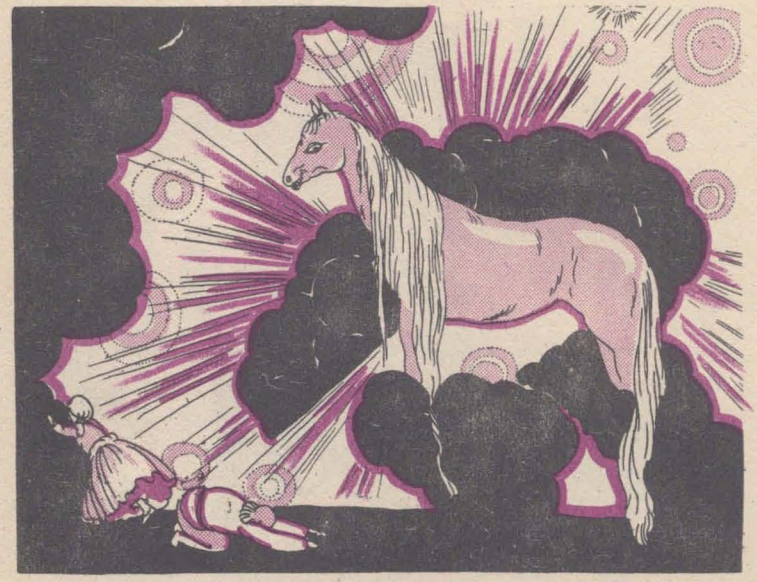


—¡Cómo!—gritó la madre, quejosa—. ¿No has podido permanecer con ese caballero que tan bien te trataba?

—Es que...—repuso Rogelín—sé ya mucho más que él, y ahora voy a sacar partido de todo cuanto aprendí en su casa.

Y, a renglón seguido, explicó a sus interesados padres lo que era aquel nuevo conocimiento que poseía.

—Gracias a él—concluyó—, si quiero convertirme en perro, puedo hacerlo, y si quiero volverme caballo, también.

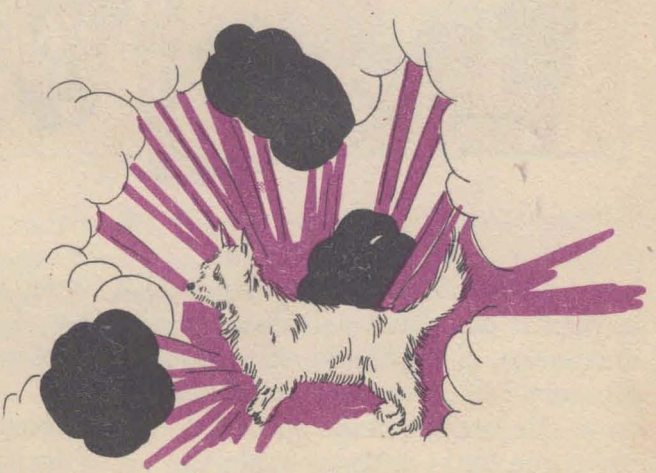


—¡Jesús, Jesús!—exclamó aterrada la madre—. ¡Líbreme Dios de perder a mi Rogelín, o de verle trocado en caballo o en perro!

—Pero, ¡vamos, mamá! No has comprendido. Es que si puedo cambiar de aspecto, puedo también recobrar el primitivo. De otro modo, mi ciencia no

tendría la menor ventaja. ¿Qué ganaría yo con ser animal, en vez de hombre? Y para que lo veáis claro, fijáos bien.

Y Rogelín, después de hacer algunos signos con las manos, se dió un gran golpe en la cabeza, y ¡paf!, todos vieron surgir en el sitio justo que el muchacho ocupaba un hermoso caballo blanco, de cuello arqueado y elegante, y ojos llenos de dulzura.



—No os asustéis—dijo el caballo con la voz de Rogelín—, soy yo, vuestro hijo.

—¡Basta, basta!—gritaron a dúo los padres—. Cámbiate nuevamente en Rogelín. No queremos verte sino de ese modo.

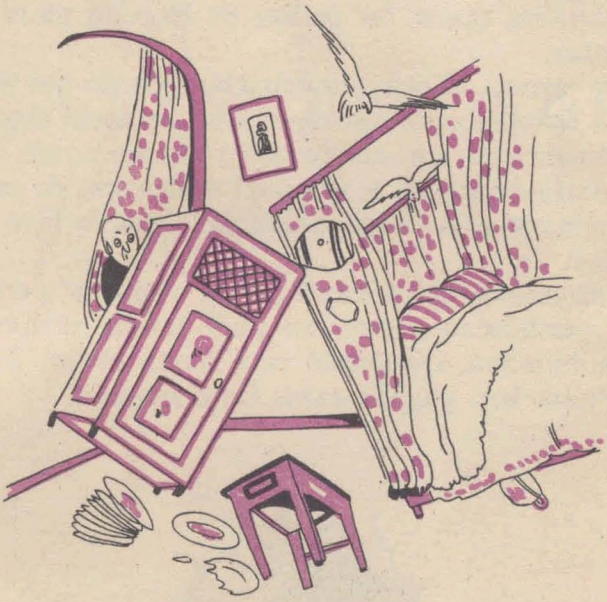
Y el muchacho volvió a su forma natural; pero

luego se tornó en un perro gris. En aquel instante, la puerta que daba a la calle se abrió, y el amo del muchacho, el hechicero en persona, se presentó en la estancia con ademanes coléricos.

—¡Me has engañado granuja!—gritó acercándose al perro que tenía delante—. Me has hecho traición. Has

leído uno a uno mis libros para robarme mi ciencia, y luego te has escapado, burlándome. Me las pagarás.

Y se lanzó contra el perro. Este, por salvar la piel, se cambió en paloma; entonces el hechicero tomó la forma de milano, y comenzó en la estancia la caza más espantosa. Caían los cuadros, las mesas, los cachivaches... Aquello era el fin del mundo. La casa entera rodaba por tierra.



Los padres de Rogelín iban y venían también como locos, tratando de salvar a su hijo, y sintiéndose morir de angustia.

—Hay que matar a este milano—dijo el hombre—. Arrojémosle de la casa.

—¡No, no!—respondió la mujer—. Acuérdate de que es el hechicero. No hay que maltratarle, para que él a su vez no haga mal a nuestro hijo.

—Tenéis razón—dijo el milano, sin dejar de perseguir a la paloma—. Cuidad de no tocarme ni una pluma, porque lo pagaréis muy caro.

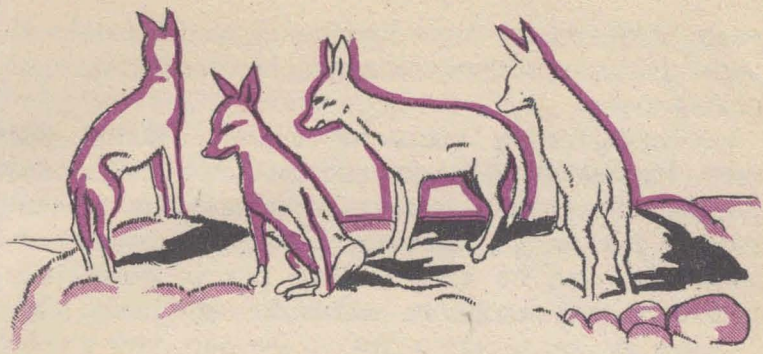
Mientras tanto la paloma, viéndose perdida, se transformó en rata, y comenzó a correr por el suelo; pero el milano, a su vez, se convirtió en gato negro.

La persecución era cada vez más furiosa y encarnizada; a veces, la rata hacía frente a su enemigo, y menudeaban los mordiscos y los zarpazos.

Mientras tanto, los padres de Rogelín no cesaban de llorar.

De pronto, el pobre muchacho recordó que en uno de los libracos de su antiguo amo se decía algo muy conveniente para casos de peligro como aquél. Según el tratado de magia, le era fácil deshacerse de su rival renunciando a la bruja sabiduría. Y así lo hizo en su interior.

Entonces el gato huyó por la ventana; pero Rogelín, perdida su ciencia, no pudo jamás recuperar la forma humana, quedando rata hasta el fin. Porque siempre se han pagado caras las traiciones.

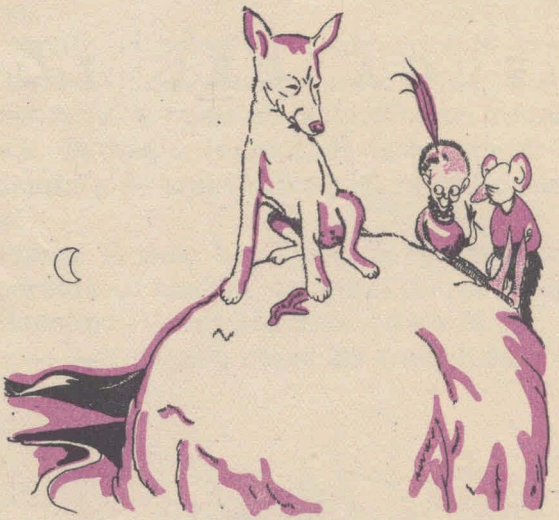


LA FUGA DEL LOBO

LA epidemia lo había asolado todo, y hasta los lobos del monte se murieron; pero quedó un lobeznillo que, al verse solo, huyó de aquellos terribles sitios para buscar la salvación en otra

parte. Llevaba ya tres días de camino, cuando al pasar por una pradera vió a una hermosa oveja que pastaba.

—Buenos días, amiga—le dijo—. ¿Habrá por estos lugares algún campo de maíz que cultivemos juntos? Me gustaría tenerte por compañera de trabajo y por amiga también. Yo vengo de un país miserable, que ha sido asolado por la peste. Mis padres y mis hermanos murieron. Me hallo solo.



Si tú quieres, seremos camaradas. Viviremos en la misma casa y nos ayudaremos en las tareas.

La oveja, que era más buena y mansa que todas sus hermanas juntas, compadecida inmediatamente de la historia trágica del lobezno, le dijo de este modo:

—Siento mucho cuanto me cuentas, y aunque tu raza ha hecho muchos daños a la mía, perdono en ti a todos los tuyos, fío en tus promesas de hacer buena amistad conmigo, y acepto tus proposiciones.

Del otro lado de este monte que está a la vista, hay unos grandes campos sembrados de maíz; su dueño, que era un hombre muy anciano, murió hace poco, y como los campos están tan alejados del resto de la gente, nadie ha querido habitarlos. Si te parece, nosotros podemos tomar posesión inmediatamente de ellos, para cultivarlos y vivir allí tranquilamente.

El lobo quedó encantado al oír los planes de la oveja, y ésta, después de echar una ojeada en derredor, señaló hacia el fondo del valle, donde se veía un rebaño pastando, y dijo:

—He ahí a mis compañeras; yo pertenezco a ese rebaño. Un hermoso mastín nos cuida con cariño de padre. Su nombre es Rolando. Siento dejarlos a todos; pero puesto que se trata de una obra buena, yo no vacilo en hacerla, y me voy contigo. Lo mejor sería que te vinieras a vivir con nosotras, pero temo que si Rolando te viese te mataría. Alejémonos, pues.

La oveja y el lobo empezaron a caminar. Cruzaron el monte y salieron después a la planicie, donde, tal como había dicho la oveja, se extendían ampliamente campos sembrados de maíz. Cierto que apenas comenzaban a brotar las plantas, y que, por falta de riego, casi estaban secas; pero el lobo y la oveja comprendieron que empezando inmediatamente a regarlas, revivirían muy pronto.

El día entero lo invirtieron la oveja y el lobo en instalarse; y la mañana siguiente se aprestaron a comenzar el trabajo.

—Nos dividiremos la cosecha de maíz por la mitad—dijo el lobo—. La venderemos, y cada uno, de nosotros guardará el dinero de su parte. ¿No es así?

La oveja aprobó, y los trabajos comenzaron.

Hay que decir que en la mitad del campo estaba

la casa del antiguo dueño, bien provista de todo lo necesario. Dentro de ella había cuanto se podía desear.

—Lo primero que hay que hacer—dijo el lobo—, es regar el maíz. Toma de la cocina un cántaro, y acarrea tú el agua mientras yo voy arreglando la tierra de los surcos.

Muy duro era ese trabajo para la oveja; pero, una vez que se había decidido a poner en planta una buena obra, pensó que lo mejor sería continuarla.

Ciertamente que no estaba obligada a tomar para sí la mayor tarea; pero ya hemos dicho que la oveja era muy bondadosa; así, sin agregar palabra, entró en la cocina, tomó uno de los cántaros, y se fué

por agua a la fuente, que estaba muy lejos. Los viajes fueron infinitos, pero el campo quedó muy bien regado.

Después la oveja hizo la comida, acompañó al lobezno a la mesa, lavó los cacharros y puso un orden perfecto en todas las cosas.

Y como ese día fueron todos los que le siguieron. La oveja caía rendida por las noches; pero un profundo sueño la reparaba de tantas fatigas, y a la mañana siguiente volvía a sentirse ligera y bien dispuesta para el trabajo. Pasado el tiempo necesario, el maíz, que se dió en abundancia, fué segado para ponerlo a la venta. Era ya muy justo recoger el fruto de tantas fatigas. Cuando todo estuvo listo, el lobo dijo así a la oveja:

—Ha llegado el momento de dividirnos el grano para que cada uno de nosotros disponga de su parte como guste. Creo que lo merecemos.

—Muy bien—respondió la oveja—; aquí está el cajón de medir, para que la división sea equitativa.

El lobo tomó el cajón y comenzó a hacer las particiones, diciendo en voz alta:

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete partes para el lobo, y una para la ovejita. Si ella no la quiere, el lobo la tomará.

La oveja dirigió una profunda mirada al gran montón de maíz que guardaba el lobo para sí, y luego vió con ojos tristes la pequeña parte que se le asignaba. Guardó silencio por un instante, y dijo:

—Espérame unos momentos. Voy en busca de un saco en que recoger mi parte.

Pero no era un saco lo que pretendía buscar la oveja, sino otra cosa más importante. Cuando estuvo fuera de la vista del lobo, echó a correr hacia su antiguo aprisco, y yendo en busca de Rolando, el protector de las ovejas, le dijo con premura:

—Querido Rolando, vengo en demanda de tu ayuda. Abandoné el aprisco por hacer una obra buena, que ya te contaré despacio. He trabajado hasta dejar el alma, ayudando a cultivar unos campos de maíz; los trabajos más rudos me han tocado a mí, entre ellos acarrear el agua desde un lugar muy lejano para regar la plantación; y ahora que

se hace la división del maíz cosechado, mi socio toma siete partes, y a mí me asigna una sola. Ya ves que la injusticia salta a la vista. Te pido, pues, que me defiendas, como siempre lo hiciste.

—Eres una ingrata—le dijo Rolando—, pues abandonaste el aprisco; pero, en fin, ya que aseguras que fué tan sólo para hacer una obra buena, te perdono.

Vamos al asunto inmediatamente. Toma ese saco vacío que está en el rincón y tráelo aquí.

La oveja volvió al instante con el saco.

—Abrelo bien—dijo Rolando—, porque voy a entrar en él.

La oveja hizo lo que se le mandaba, y el gran mastín se introdujo en el saco.

—Ahora—añadió—condúceme a casa de tu socio y díme quién es.

—Es un lobo—dijo tímidamente la oveja.

—¡Ah!—exclamó Rolando con indignación—. ¡Un lobo! Vamos a ver quién puede más; somos enemigos viejos. Apresúrate.

La oveja echó a correr, y, en menos de lo que se hubiese creído, llegó a la plantación. El lobo, recostado, fingió que se disponía a dormir, pero la oveja le dijo:

—Trabajo me ha costado hallar el saco, mas aquí está ya. Puedes comenzar a medir.

El lobo se levantó con negligencia, tomó el cajón, y después de llenarlo de maíz, dijo en voz alta, como antes:

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete partes para el lobo, y una parte para la ovejita.

—¡Alto ahí!—gritó la oveja indignada—. Sabes bien que yo hice el mayor trabajo, pues no fué poca cosa acarrear el agua con que se ha regado la plantación; y si ahora, como pago, recibo una ínfima parte del grano, quiere decirse que tratas de robarme. Te advierto, pues, que no lo permito. Hay que dividir la cosecha en dos partes iguales, y ya es mucho que no pida yo la mayor.

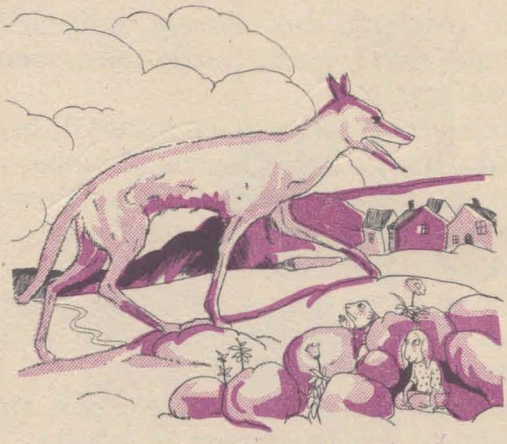
—¿Te has vuelto loca?—dijo el lobo, sonriendo con gran descaro.

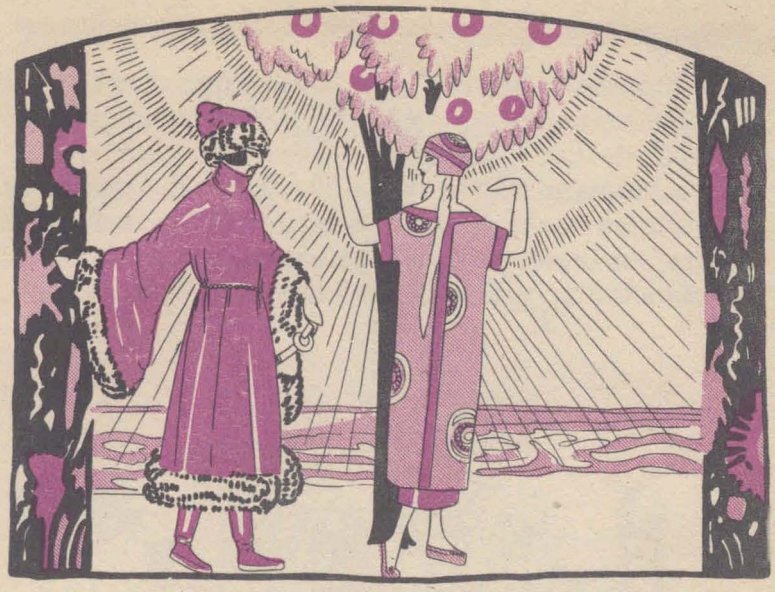
—No—respondió la oveja—; muy en mi juicio estoy, y tanto, que al volver con ese saco me detuve en el camino para llenarlo de dátiles.

—¿Dátiles?—dijo el lobo, relamiéndose el hocico—. ¿Me permites que coja unos cuantos?

Y, sin esperar la respuesta, se lanzó sobre el saco y le abrió, pero allí no vió tales dátiles ni cosa que se le pareciera, sino dos ojos, dos pupilas profundas y amenazadoras, que le obligaron a dar un salto violento y a emprender una fuga loca y precipitada.

Todavía está corriendo.



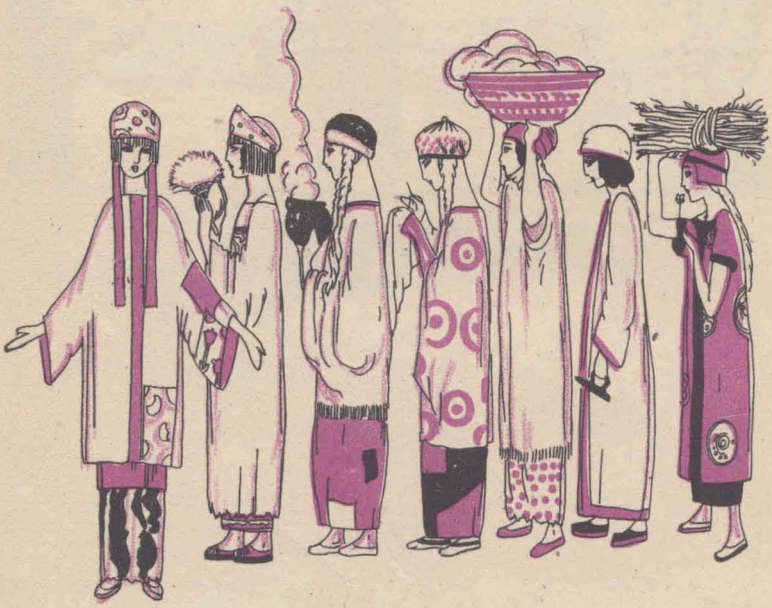


EL ARBOLILLO MÁGICO

ERA aquella una isla encantadora y pequeñita, no atacada por grandes calores ni grandes fríos, donde todas las estaciones transcurrían dulcemente, sin tempestades, nieves, ni vientos arrebatados.

Habitaba la isla una sola familia, que se componía de siete hermanas; y esta familia vivía tranquila en la falda de una montaña.

La hermana mayor hacía de cabeza; la segunda se ocupaba en asear la casa; la siguiente, en cocinar; la cuarta, en coser; la quinta, en lavar la ropa; la sexta, en plancharla, y la séptima, que tenía quince años,



iba por leña para encender el fuego. Esta labor era muy ruda, porque el bosque estaba lejos de la casa, y la leña pesaba mucho. Pero Alina, que así se llamaba la menor de las hermanas, no podía rebelarse contra las disposiciones de la mayor; por tanto, aceptaba su trabajo con resignación, y seguía adelante sin decir palabra.

Una mañana, al volver del bosque, se detuvo ante un riachuelo cristalino que reflejaba el paisaje con la fidelidad de un espejo; y como el día fuese tibio y sereno, Alina sintió el deseo de tomar un baño.

Colocó, pues, su carga de leña en la orilla y gozó

a su albedrío de las delicias que aquel arroyo le brindaba. Un buen rato llevaba ya dentro de su linfa transparente, cuando se fijó en un pececillo de plata que parecía acurrucado entre unas piedras grises,

amontonadas cerca de la orilla. Verlo y alargar hacia él la mano, fué obra de un momento. ¡Qué sorpresa para Alina ver que el pececillo plateado no trataba de huir! Mansamente se detuvo y dejó que las manos suaves de la joven lo apresaran.

Alina, encantada de la mansedumbre del animalillo, no quiso ya apartarse de él. Púsolo, mientras se vestía, en un charquito formado al borde mismo del arroyo, y una vez ya lista y con su carga de leña a la espalda, hizo con grandes hojas una espe-

cie de vasija, la llenó después con agua, y poniendo en ella el pececillo, emprendió el camino hacia el hogar. Poco antes de llegar, se desvió hacia la izquierda, y, apartando un poco las ramas de un frondoso matorral que había en el valle, se llegó a un pequeño

remanso, y allí depositó la simpática pesca, su pececillo de plata.

—Hasta luego, monín—le dijo con gran cariño—. Ya volveré para traerte algún alimento distinto del que tú conoces.

Y así fué. Después que terminó la comida de las hermanas, Alina, que había separado sigilosamente la mitad del arroz que a ella le tocaba, con pretexto de salir por la leña, se dirigió hacia el remanso, y pasó junto a él momentos muy agradables, dando arroz al pececillo, que se le acercaba con toda confianza, como si de tiempo atrás la conociera.

En la vida de la joven, monótona, triste, sin aliciente, el pececillo de plata fué una nota alegre, que le llevó regocijo, distracción y ternura. *Pizquita*, como le llamaba su dueña, sabía ya la hora en que Alina se presentaba, para obsequiarle con alimentos y caricias. Impaciente, junto a la orilla, casi fuera del agua, esperábala con ansiedad, agitaba su cola en

cuanto la veía y devoraba el arroz en un santiamén.

—Veo que te gusta mucho lo que yo te traigo—decíale la niña cariñosamente—. Muy pronto estarás tan gordo, que no cabrás en este remanso.

En efecto, *Pizquita* engordaba rápidamente, mientras que Alina, por el contrario, enflaquecía.

—¿Qué te pasa que estás tan delgada?—decíale la hermana mayor.

Alina guardaba silencio, temerosa de descubrir su querido pez.

A veces, el hambre hacía desfallecer a la niña, pero ella no podía privarse del gusto que le proporcionaba dar la mitad de su arroz a *Pizquita*.

Al cabo, su delgadez llegó a ser extremada.

—Algo hace que ignoramos nosotras—decían sus hermanas—. Será preciso vigilarla.

Y como esto no era difícil, pronto advirtieron que sólo comía una parte de su arroz, y que la otra mitad la apartaba en un cestito.

—Habrá que espiar adonde lleva esa comida—dijeron a coro las seis hermanas.

Y cuando Alina salió para ir al bosque por leña, la siguieron a distancia, y pudieron ver cómo se acercaba al remanso, se inclinaba hacia él e iba arro-

jando poco a poco en el agua una fina lluvia de arroz, que hacía pensar en las nevadas de que hablan los libros de cuentos.

Cuando Alina reanudó la marcha, después de alimentar a *Pizquita*, las seis hermanas se lanzaron hacia el remanso, y como viesen, casi a flor del agua, un pececillo que devoraba aún algunos granos de arroz:

—Este es—dijeron—el causante de todo. Mirad

cuán gordo está. Hay que matarlo inmediatamente, porque de lo contrario, Alina acabará por morirse de hambre.

Y así diciendo, las doce manos apresaron el pececito, le sacaron del agua, y le dieron muerte, a pesar de los esfuerzos que el animalillo hizo por escabullirse.

Cuando al día siguiente Alina se dirigió, como de

costumbre, hacia el remanso, halló sobre las hierbas de la orilla el cadáver rígido y frío de su querido *Pizquita*. Grande fué su llanto al contemplar inerte a su único amigo, sola distracción de su triste vida. Y con los ojos húmedos y las manos trémulas, se alejó de aquel lugar, llevando consigo el cadáver de su favorito.

—Será preciso enterrarlo en alguna parte—se

dijo—. Busquemos un sitio que esté muy lejos de mi casa.

Y dirigiéndose hacia el extremo de la isla, llegó a la orilla del mar, cavó una pequeña fosa, y enterró el minúsculo cuerpecillo.

Bien comprendió Alina que la muerte del animalito se debía a sus hermanas. Pero la niña, resignada siempre y siempre buena, no abrió los labios a palabra alguna de queja.

Ocho días después de aquel silencioso y triste entierro, Alina encontró, en el sitio donde había cavado la fosa, un arbolillo brillante, cuyas hojas semejaban escamas de plata. Con gran admiración estuvo contemplándolo. Hubiérase dicho que *Pizquita* renacía en aquel arbusto para distraer nuevamente a su dueña tan amada. Alina se sintió en el acto atraída por la planta, y pensando que acaso el arbolillo tuviera sed, hizo una copa con algunas

hojas de laurel, y regó amorosamente el tronco.

Desde aquel momento, la niña encontró de nuevo una dulce ocupación: cuidar, regar y limpiar la planta. No temió que manos pérfidas se la arrancasen, porque estaba muy lejos de la casa y nadie podría descubrirla. Día tras día, gracias a sus cuidados, vióla cre-

cer y desarrollarse. Durante las primeras semanas fué pequeñita como un rosal; pero a los pocos meses se convirtió en un árbol gigante y frondoso, cuyas hojas plateadas brillaban al sol con reflejos maravillosos.

Y sucedió una vez, que paseando el Rey de Como-

cún por la orilla de su isla, que no estaba muy lejos de la isla de las siete hermanas, los vientos del Sur arrojaron a sus pies un puñado de hojas brillantes y nunca vistas.

—¿De dónde pueden venir estas hermosas hojas? —se dijo el Rey, inclinándose y observándolas—. Deben de ser de la isla más cercana. ¡Quiero ir allá en el acto!

Así lo hizo. Y como mandara buscar a los habitantes de la isla para que le explicasen dónde estaba el árbol prodigioso, sus guardias trajeron a las seis hermanas. Pero ninguna de ellas pudo dar explicaciones. Sólo Alina, le informó satisfactoriamente cuando se presentó con su carga de leña a la espalda.

—Ese árbol es mío—dijo con modestia—. Yo lo he cuidado siempre. Nació en la fosa donde enterré a un pececillo que yo amaba.

—Pues condúceme allá—le dijo el Rey.

La niña le llevó directamente hacia la orilla del mar.

Y cuando los dos estuvieron bajo el árbol, éste desapareció rápidamente, y a sus ojos apareció una hermosísima Hada, cubierta con un manto de finísimas escamas de plata, cuyo fulgor deslumbraba.

—Yo fuí ese pececillo que cuidaste—dijo a la niña—; yo fuí después el árbol frondoso, y ahora

vuelvo a ser el Hada protectora de estas islas. Fuiste buena, compasiva y resignada, y he querido premiarte. Di al viento algunas hojas para atraer hacia ti al Rey de Comocún, y aquí le tienes. Tu hermosura y las virtudes que te adornan te hacen digna de compartir su trono.

—Esta es mi mano—se apresuró a decir el Rey—. Ven conmigo y serás mi esposa.

Y Alina, siempre feliz, reinó cien años en la isla de Comocún.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CUENTOS DE CALLEJA

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

CALLEJA SAN BERNINO